

LOS CONGRESOS CATÓLICOS.

I.

El 18 de Agosto de 1863 se abría en Malinas la primera Asamblea general de los católicos. Una agitación extraordinaria reinaba en esta pacífica ciudad, donde la yerba matiza de verde frecuentemente el piso de las calles. Desde por la mañana, numerosos convoyes habían conducido de Bruselas y de todos los puntos de Bélgica las 2.000 ó 3.000 personas que se habían adherido al Congreso; y á las once se reunían en la imponente catedral de Saint-Rombau, para oír una misa solemne, celebrada por monseñor Engelbert Sterckx, cardenal-arzobispo. Entre la concurrencia, compuesta de las tres cuartas partes del clero secular ó regular, se notaba á monseñor Ledochowski, nuncio del Papa; al cardenal Wiseman; á los obispos de Namur, de Tournay y de Gante; á muchos obispos ingleses, y al obispo de Jerusalem (del rito armenio), cuyo sombrero de forma elevada y cubierto de un velo color de violeta, así como su larga barba blanca, atraían todas las miradas. Dicha la misa, los miembros del Congreso se formaron en comitiva para encaminarse á la sala del pequeño seminario, donde la Asamblea había de reunirse, marchando á la cabeza los dos cardenales con ropaje encarnado y escoltados por una seccion de jóvenes comisarios revestidos de una banda con los colores pontificios,—blanco y oro,—y á quienes estaba confiada la mision, fácil por otra parte, de mantener el órden. La sala de sesiones de una arquitectura muy sencilla, pero vasta y cómoda, estaba adornada con guirnaldas y banderas con los colores nacionales belgas. Sobre el estrado reservado á la mesa se elevaba un dosel de terciopelo rojo con un Cristo de marfil, y debajo un retrato de Pio IX: un mero atril servía de tribuna. A la una el cardenal-arzobispo de Malinas abría la sesion del Congreso con un discurso, en el que recordaba los servicios que el espíritu de asociacion había prestado al catolicismo. En medio de esta alocucion, escuchada con un silencio religioso, un incidente introdujo el desórden en la Asamblea, de lo que los espíritus supersticiosos habrían podido deducir un mal presagio: un estrado elevado en el fondo de la sala cedió bajo el peso de los espectadores, siguiéndose un pánico que se apaciguó

TOMO VI.

con gran trabajo. Restablecida la calma, terminó su discurso el cardenal-arzobispo anunciando que se celebraría una misa todos los dias por la intencion de los miembros del Congreso, y echándoles, con la fórmula sacramental, la bendicion, que recibieron de rodillas: *Benedictio Dei omnipotentis et filii et spiritus sancti descendat super vos et maneat.* M. de Gerlache, uno de los fundadores de la independencia de Bélgica y la persona más distinguida del partido católico, que había aceptado la presidencia del Congreso, se encargó en seguida de desenvolver el programa de los trabajos de la Asamblea, despues de lo cual se separó ésta para marchar á los locales preparados para las secciones. Había cinco de estas, entre las cuales los miembros eran libres de elegir, y comprendían las obras religiosas, las de caridad, la instruccion y la educacion cristianas, el arte cristiano y la música religiosa, la libertad religiosa, publicaciones, asociaciones, etc.; pero los trabajos de las secciones no debían tener sino una importancia secundaria. Todo el interes había de concentrarse en las sesiones públicas: en efecto, la reunion contaba en su seno muchos oradores ilustres, como el cardenal Wiseman, M. Cochin, M. Adolfo Deschamps, y el más ilustre de todos, M. de Montalembert, quien, rompiendo por la vez primera, despues de doce años, el silencio á que le habían condenado los acontecimientos, se proponía desenvolver la máxima famosa: «la Iglesia libre en el Estado libre.» Su discurso, ó más bien, sus discursos, porque hubo dos, que llenaron las dos sesiones públicas del 21 y del 22, fueron el acontecimiento del Congreso. Pronunciados en presencia de un auditorio laico, hubieran tenido, sin duda, una gran trascendencia; pero dirigiéndose á una Asamblea compuesta casi exclusivamente de miembros del clero, en medio de un aparato solemne, adquirieron una importancia y una significacion excepcionales, que la actitud de la Asamblea debía acentuar todavía más.

Saludado á su entrada con entusiastas aplausos, que resonaron sobre todo en el fondo de la sala, ocupado por simples sacerdotes y los alumnos del seminario, M. de Montalembert se inclinó, excusándose de no llevar más que un discurso escrito y pidiendo permiso para hablar sentado. Desarrolló un manuscrito voluminoso, y comenzó la lectura en medio de un silencio absoluto. Su voz, al principio balbuciente, se elevó por grados; su acento se apasionó, y, si no se hubieran visto las hojas que

movía su mano con ademán febril, se hubiera podido suponer que improvisaba; pero era todavía más interesante observar al auditorio que al orador: mientras que una ardiente y simpática curiosidad se pintaba en los semblantes de la multitud de sacerdotes y seglares, podía observarse cierta preocupación y cierta incomodidad en la actitud de los altos dignatarios del clero, y á medida que el orador avanzaba en su lectura, se hacía más notable esta diferencia entre la expresión de los sentimientos de estas dos categorías del auditorio. Desde las primeras páginas entraba el antiguo colaborador de Lamennais, con una áspera vehemencia, en el fondo del asunto:

«Los católicos son en todas partes, decía, excepto en Bélgica, inferiores á sus adversarios en la vida pública, porque no han tomado todavía su partido en la gran revolución que ha producido la nueva sociedad, la vida moderna de los pueblos: experimentan una invencible mezcla de embarazo y de timidez enfrente de la sociedad moderna que les intimida; no han aprendido todavía á conocerla, ni á amarla, ni á practicarla. Muchos de ellos pertenecen todavía por el corazón, por el espíritu, y sin darse bastante cuenta de ello, al antiguo régimen, es decir, al régimen que no admitía la igualdad civil, ni la libertad política, ni la libertad de conciencia. Este antiguo régimen tenía un lado grande y magnífico: no pretendo juzgarle aquí, y todavía ménos condenarle. Me basta con reconocerle un defecto, pero capital: está muerto y no resucitará nunca ni en ninguna parte.»

Una verdadera sensación recorrió la Asamblea en este comienzo, y, á pesar de la actitud reservada de los dignatarios de la Iglesia, pudo comprender el orador que estaba en plena comunión de ideas y de sentimientos con la inmensa mayoría de su auditorio. Insistiendo aún en su pensamiento, como un cirujano que sondea á fondo una llaga, el orador invitó á los católicos á renunciar á la vana esperanza de ver renacer un régimen de privilegio, y les movió á volverse resueltamente del lado de la democracia y de la libertad.

«Sin duda no es preciso, les decía, ser idólatra del espíritu moderno. Yo no tengo más confianza en el sufragio universal que en la infalibilidad real. Nada es infalible en los poderes de aquí abajo, nada es absoluto, nada es perfecto; pero lo esencial es reconocer entre las fuerzas sociales y los principios políticos lo que está ya fuera de tiempo y fuera de servicio, por más que siempre sea digno de nuestros respetos y de nuestros sentimientos. Lo esencial en todas las artes, y sobre todo en la política, que es la primera de todas, es distinguir lo posible de lo imposible, la fecundidad de la esterilidad, la vida de la muerte.»

Lo imposible es la resurrección del viejo sistema de la protección de la Iglesia católica por el Estado, con exclusión de toda otra Iglesia. Es preciso renunciar á este régimen del privilegio; es preciso renunciar á él sincera y absolutamente.

«Y no basta que esta renuncia sea tácita y sincera; es preciso que venga á ser un lugar común de la publicidad; es preciso protestar á todo propósito clara, resuelta y públicamente contra todo pensamiento de volver á lo que irrita ó inquieta á la sociedad moderna... Desaprobemos, pues, sin descanso todo sueño teocrático, á fin de no ser estérilmente víctimas de las desconfianzas de la democracia; y para poner á cubierto de las tempestades del tiempo esta independencia del poder espiritual, que es más que nunca el supremo interés de nuestras almas y de nuestras conciencias, proclamemos en toda ocasión la independencia del poder civil...»

Nuevas aclamaciones interrumpieron aquí al orador, las cuales redoblaron cuando éste declaró con nueva insistencia que la Iglesia no podría ser libre en adelante sino en el seno de la libertad general, y que, por lo que personalmente le concernía, él veía en esta solidaridad de la libertad del catolicismo con la libertad pública un inmenso progreso.

«Comprendo muy bien, continuó con acento medio reverencioso y medio irónico, que se juzgue de otro modo y que se lamente lo que no es más que una respetuosa simpatía. Yo me inclino ante esas quejas; pero me levanto y me resisto desde el momento en que se pretende erigir esas quejas en regla de conciencia, dirigir la acción católica en el sentido de ese pasado desvanecido, desconocer y condenar á los que rechazan esta utopía.»

Además de esto, añadía con un acrecentamiento de ardor vehemente, no hay lugar á lamentar ese pasado para siempre eclipsado, pues la Iglesia ha sufrido siempre más, á despecho de las apariencias, que ha aprovechado, con la protección del brazo secular. Siempre que ha debido vivir y luchar sola contra sus adversarios, ha vuelto con maravillosa rapidez á los hermosos días de su fuerza y de su juventud. Como ejemplo en apoyo de esto, no titubeó en citar la época que sigue á la concesión del edicto de Nantes.

«Al punto resplandeció esta magnífica florecencia del genio, de la disciplina, de la elocuencia, de la piedad y de la caridad católicas, que coloca al siglo XVII en el primer rango de los siglos de la Iglesia.»

Luis XIV revoca el edicto de Nantes.

«Todo el mundo vió en ello el triunfo de la Iglesia. Se creyó garantida para siempre la ortodoxia y extirpada la herejía. Pero precisamente sucedió lo contrario. La Iglesia católica, después de un siglo completo de decadencia, se vió amenazada de ser

extirpada del suelo de Francia. La revocación del edicto de Nantes no fué solamente la señal de una odiosa persecución, sino que con el cortejo de hipocresías y de inhumanidades que arrastraba en pos de sí, fué una de las principales causas de la relajación del clero, de los desbordamientos y de las profanaciones del siglo XVIII. La fe y las costumbres desaparecían gradualmente cuando la revolución vino á proscribir á la Iglesia: ésta no se restableció más que por la sangre.»

Prosiguiendo hasta el fin esta tesis, el orador recordaba que, bajo la restauración, la Iglesia estaba en el poder, el ministro de Instrucción pública era un obispo, los maestros de todas las parroquias se nombraban por los obispos, y los profesores de todos los colegios estaban purificados por monseñor Frayssinous. Pero, ¿á qué vino á parar toda esta protección dispensada á la religión? No tendió á otra cosa que á hacerle alcanzar los últimos límites de la impopularidad, hasta el punto que en 1830 los sacerdotes, el abate Lacordaire entre ellos, estuviesen reducidos á no salir á la calle con traje talar. Por el contrario, bajo el gobierno escéptico é indiferente de Luis Felipe se vió al clero recobrar una parte de la legítima influencia que los favores de la restauración le habían hecho perder. Después del 2 de Diciembre, católicos imprevisores se precipitaron á los pies del poder absoluto, diciéndole: «Estad con nosotros; nosotros estamos con vos.» Al punto volvió á sospecharse del clero; la situación de la Iglesia se hizo peligrosa: y el orador concluye con estas palabras cruelmente proféticas:

«Si estallase hoy una nueva revolución, se temblaría ante la idea del rescate que tendría que pagar el clero por la solidaridad ilusoria que ha parecido reinar durante algunos años entre la Iglesia y el Imperio.»

Así, pues, ¡basta de protección, basta de privilegios para la Iglesia; esta sólo necesita libertad! Una y otra, la Iglesia y la libertad, han de ganar igualmente en esta alianza bajo el inevitable reinado de la democracia. El escollo de ésta es la demagogia, que conduce al cesarismo. La religión impedirá á la democracia caer en los abismos de la demagogia y del socialismo, y en caso de necesidad, resistirá al cesarismo. ¿No ha hecho frente el Papa solo á Napoleon? Rechazar las invasiones del Estado, consagrar el derecho de propiedad, respetar la libertad individual, restablecer y mantener el derecho de asociación; hé aquí lo que exigen los progresos y la consolidación de la democracia, hé aquí también lo que debe querer la Iglesia, pues á nadie aprovechará tanto como á ella. Es preciso aceptar sin rodeos y sin temor los principios y las instituciones de la sociedad moderna, incluso el mismo sufragio universal.

«Aunque no hubiera de encontrar en ella más que un continuo desengaño, manifestarse allí con buena fe y con confianza en su derecho, sería mil veces menos humillante que alcanzarlo todo, ya del favor de un príncipe, lo que es el más grosero de los ardides, ó ya de la reconstrucción de una aristocracia, lo que es la más quimérica de las utopías.»
(¡Muy bien! ¡Muy bien!)

En fin, el orador hacía aclamar por aquella Asamblea clerical un elogio, un poco antiguo ya en verdad, de los «principios del 89» por un hombre «que se ha hecho, decía, el más ilustre de nuestros obispos.»

«Las libertades, tan caras á los que nos acusan de no amarlas, nosotros las proclamamos, las invocamos para nosotros como para los demás... Nosotros aceptamos, nosotros invocamos los principios y las libertades proclamadas en 1789. Vosotros habéis hecho la revolución de 1789 sin nosotros y contra nosotros, pero *para nosotros*. Dios lo quiere así, á pesar vuestro» (1). (*Aplausos prolongados.*)

M. de Montalembert terminaba su primer discurso trasportando su auditorio al pie de la columna conmemorativa elevada por la Bélgica en honor del Congreso al que debe su Constitución liberal. Cuatro estatuas, colocadas al pie de ese monumento, representan las libertades esenciales: la libertad de enseñanza, la libertad de asociación, la libertad de la prensa y la libertad de cultos. Después de una apasionada apología de las tres primeras, se remitió el orador á la sesión siguiente para tratar de la última, que consideraba como la más importante y la más necesaria.

¿Tendremos necesidad de decir cuán grande fué la emoción causada por este discurso, que excedió á todo cuanto se podía esperar del ilustre campeón de la alianza del catolicismo con la libertad? Allí no hubo protesta alguna; pero mientras que al día siguiente se había aumentado la afluencia de la multitud de oyentes pertenecientes á las clases inferiores del clero, se observaban algunos vacíos en los asientos reservados á los dignatarios de la Iglesia. Una aclamación inmensa acogió, á su entrada, al orador que había traducido en un lenguaje magnífico las aspiraciones secretas de la masa del bajo clero, entre el cual permanecían vivas las tradiciones liberales de 1830. Sabíase que iba á abordar cuestiones árdidas y sembradas de escollos, y una ansiedad apasionada y curiosa se pintaba en las miradas. ¿Se estrellaría el orador contra estos formidables escollos, ó lograría salir bien de ellos? En todo caso no temía afrontarlos. Como hizo la víspera, se fué derecho al fondo de la cuestión, declarando que pedía la libertad entera, absoluta,

(1) Dupanloup, *De la purificación religiosa*, 1844.

no sólo para los católicos, sino también para todos los cultos y todas las opiniones; no sólo para la verdad, sino aún para el error. Que la libertad moral me da, decía, la facultad de elegir entre el bien y el mal, y no el derecho de escoger el mal, es una verdad de fe y de razón; pero para ilustrar y determinar mi elección, yo no quiero escuchar más que á la Iglesia y no al Estado. No quiero ser obligado por el Estado á creer lo que él crea verdad, porque el Estado no es juez de la verdad, porque el Estado, el poder civil y el laico, es soberanamente incompetente en materia religiosa. Su competencia se limita á lo que importa á la paz pública y á las costumbres públicas: no va más allá. El Estado no tiene, pues, para qué intervenir en las cuestiones que interesan á la libertad de conciencia, ni tiene otra misión que la de garantizar sus manifestaciones. Después de haber citado esta noble máxima de M. Guizot: «El principio de la libertad religiosa consiste únicamente en reconocer el derecho de la conciencia humana á no ser gobernada en sus relaciones con Dios por decretos y castigos humanos,» añadió esta glosa: «La fuerza pública debe protegerme contra el que me impida ir á la iglesia; pero la fuerza pública que quisiera conducirme á la iglesia á despecho mio, sería evidentemente tan ridícula como insostenible.» Así, pues, basta de recurrir al Estado para proteger la verdad contra el error; basta de intervención del brazo secular; basta de ley de protección en materia de cultos: lo repito, deseo la libertad para todos, ¡nada más que la libertad!

«¿Se puede hoy día pedir la libertad para la verdad, esto es, para sí (pues cada uno, si camina de buena fe, se cree en lo verdadero), y rehusarla al error, es decir, á los que no piensan como nosotros? Yo respondo claramente: ¡no! Aquí, lo comprendo bien, *incedo per ignes*. También me apresuro á añadir todavía una vez más que no tengo otra pretensión que la de expresar una opinión individual; me inclino ante todos los textos, todos los cánones que se me quieran citar. Ni contestaré ni discutiré ninguno; pero no puedo rechazar hoy la convicción que reina en mi conciencia y en mi corazón, y que puedo exponer después de haber leído desde hace doce años esos ensayos de rehabilitación de hombres y de cosas que nadie en mi juventud, nadie entre los católicos pensaba en defender. Lo declaro, pues; siento invencible horror por todos los suplicios y todas las violencias hechas á la humanidad so pretexto de servir y de defender á la religión. Las hogueras encendidas por una mano católica me causan tanto horror como los patibulos en que los protestantes han inmolado tantos mártires. (*Movimiento y aplausos*.) La mordaza puesta en la boca de quien habla con un corazón puro para

predicar su fe, la siento entre mis propios labios, y me estremezco de dolor... (*Nuevos aplausos*.) El inquisidor español diciendo al hereje: *La verdad, ó la muerte*, me es tan odioso como el terrorista francés diciendo á mi abuelo: *La libertad, la fraternidad, ó la muerte*. (*Aclamaciones*.) La conciencia humana tiene el derecho de exigir que jamás se le ponga en esas horribles alternativas.» (*Nuevas é inmensas aclamaciones*.)

Así, pues, como quiera que se haga y cualesquiera que sea el sentimiento que inspire el pasado, el pasado no puede renacer. La Iglesia católica no puede aspirar más que á la libertad. Pueden sostener los unos que esto es un infortunio, y los otros que es una felicidad y un inmenso progreso; ni éstos ni aquellos podrán negar que sea «un hecho,» que el orador no deplora. Piensa que el monopolio es mortal para la Iglesia, y en su apoyo hace una pintura ardientemente colorida de la decadencia del catolicismo en los países donde ha gozado por más largo tiempo y más completamente de los beneficios ilusorios de la protección exclusiva del Estado.

«Italia, España y Portugal están ahí para probarnos la impotencia radical del sistema represivo, de la antigua alianza del altar y del trono para la defensa del catolicismo. En ninguna parte, además, ha recibido la religión heridas más crueles; en parte alguna han sido sus derechos más desconocidos. Los gobiernos de ambas penínsulas habían pretendido establecer en ellas un bloqueo hermético contra el espíritu moderno, y en ninguna parte ha hecho este espíritu más estragos. Como no somos muy jóvenes, hemos conocido antes de su caída esos gobiernos absolutistas y católicos; hemos conocido el despotismo, más ó menos ilustrado, pero esencialmente *clerical* de Fernando VII en España, de Fernando I y II en Nápoles, y de Carlos Alberto en el Piamonte. ¿Qué ha resultado en sus reinados? Un entumecimiento universal de las almas y de las inteligencias entre las gentes honradas; una cólera impotente entre un corto número de celosos, y entre los demás la pasión fanática del mal. Se había aprisionado y sofocado el espíritu público, que no se ha despertado más que para entregarse al enemigo. La tempestad no ha encontrado sino corazones atrofiados por la supresión de la vida pública é incapaces de proveer á circunstancias nuevas. El falso liberalismo, la incredulidad, el odio á la Iglesia lo habían invadido todo. Bajo la corteza superficial de la unión de la Iglesia y del Estado, ó aún de la subordinación de éste á aquella, la lava revolucionaria había cavado su lecho y consumía en silencio las almas que había hecho presa suya. (*Sensación*.) Al primer choque todo se ha hundido, todo, y para no levantarse jamás. Esos paraísos

del absolutismo religioso están convertidos en el escándalo y la desesperación de todos los corazones católicos.» (*Movimiento general de adhesión. Aplausos.*)

Enfrente de este cuadro, el orador muestra los progresos que realiza el catolicismo diariamente en los países donde no puede invocar más beneficio que el del derecho común, donde se halla expuesto, sin protección, sin privilegio de ninguna suerte, á la concurrencia de otros cultos, como en Bélgica, en Inglaterra y en los Estados-Unidos. Hace resaltar la superioridad moral de los triunfos de la religión católica en los países «donde todo es permitido contra ella» sobre el imperio «equivoco y efímero» que ha debido en otras partes al empleo de la fuerza; después conjura á los católicos á renunciar á ese sistema de protección falaz y funesto y á entrar en la sociedad moderna sin segunda intención, sin ánimo de arrepentimiento, y á conducirse de tal suerte que nadie tenga derecho á dudar de su sinceridad.

«No manifestemos querer introducir en la sociedad moderna enarbolando sus colores, invocando sus principios, reclamando tantas más garantías cuanto somos los más débiles, á fin de podernos revolver en un día dado contra los derechos de nuestros adversarios, so pretexto de que *el error no tiene derechos*. Después de haber dicho en otros tiempos: «La Iglesia no pide más que la libertad, la libertad de todo el mundo» (*Univers*, Marzo de 1848), nunca nos dejemos arrastrar hasta decir bajo el imperio de una protección ilusoria: *Sólo la Iglesia debe ser libre...* ¿Cómo no se ve que obrar así, hablar así, es suministrar precisamente al enemigo, á los falsos liberales, el pretexto de que tienen necesidad contra nosotros?

«Esto es cohonestar, mejor dicho, es autorizar, es justificar todas las exclusiones, todas las opresiones, todas las iniquidades que ellos no dejarán de poner en práctica para impedirnos adquirir plena y pacíficamente la libertad de que se les anuncia anticipadamente que se les privará en cuanto seamos más fuertes que ellos. (*Movimiento general de adhesión.*)

«Sí, católicos, entendedlo bien; si quereis la libertad para vosotros, necesitáis quererla para todos los hombres y bajo todos los climas. Si sólo la pedís para vosotros, nunca se nos concederá; dadla donde sois dueños, á fin de que se os la dé allí donde sois esclavos.» (*Aplausos unánimes y muy prolongados.*)

M. de Montalembert terminó esta ardiente apología de la alianza del catolicismo con la libertad, declarando que sometía todas sus expresiones, como todas sus opiniones, á la infalible autoridad de la Iglesia; pero no sin añadir estas nobles palabras to-

madás del conde de Maistre: «Aun cuando mi respetuosa voz se elevara hasta esas altas regiones *donde los errores prolongados pueden tener tan funestas consecuencias*, no por esto sería allí presa de la audacia ó de la imprudencia. Dios da á la franqueza, á la fidelidad, á la rectitud, un acento que no puede ser falsificado ni desconocido.» Las aclamaciones que saludaron al orador en el momento en que se levantó después de haber pronunciado estas últimas palabras, resuenan todavía en nuestros oídos. La Asamblea toda se levantó presa de una indecible emoción, y las voces mil veces repetidas de ¡viva Montalembert! retumbaron en la sala y hasta en el estrado. Esta extraordinaria manifestación pareció en aquel día, y aún en los que siguieron, haber conquistado hasta á los cardenales. Monseñor Wiseman pronunció un discurso, que fué un eco de las palabras del ilustre apóstol del catolicismo liberal. Comprobando los progresos del catolicismo en Inglaterra, hizo la apología de la libertad de que gozan los católicos en el suelo británico. Después de él, trató M. Cochin, en una viva y espiritual alocución, de reconciliar á los católicos con la ciencia y el progreso material. Habló en excelentes términos de los ferro-carriles, que habían permitido reunirse á los miembros de la Asamblea; de la telegrafía, que les daba los medios de comunicarse á cada hora del día con sus familias: tampoco olvidó la fotografía, gracias á la cual iban á poder hacer un cambio fraternal de sus retratos. Los progresos materiales, decía, son la redención terrestre de la humanidad. Dios ménos severo, y el hombre ménos débil, hé aquí el resultado del cristianismo. Jesucristo, que ha borrado la distancia que separaba al hombre de Dios, no puede encontrar malo que nosotros borremos las distancias que nos separan á los unos de los otros. Las votaciones del Congreso revelaron la influencia liberal. Se adoptó una serie de resoluciones que tenían por objeto la observancia del domingo, multiplicar los diarios y las asociaciones católicas, pero por la sola virtud de la libertad: la resolución relativa á las asociaciones estaba redactada de esta manera, particularmente significativa:

«Interesa á los católicos, como á todos los ciudadanos que quieren sinceramente la libertad, sustituir cuanto sea posible á la intervención y á la omnipotencia del Estado la energía creadora y el principio de expansión del espíritu de asociación.»

Estos discursos y estas resoluciones no tuvieron, sin embargo, todo el eco que merecían. Los liberales, que por interés de partido temían los progresos del catolicismo liberal; afectaron no ver en el Congreso de Malinas más que una demostración excéntrica sin importancia y aún sin sinceridad; los dignatarios del clero, que se habían lanzado á esta aventura sin prever tal vez las consecuen-

cias, se preguntaban, no sin inquietud, lo que se pensaría en Roma. Sus temores no tardaron en verse justificados. El 21 de Diciembre de 1863 escribía el Papa al arzobispo de Munich una carta en la que, expresando su opinion acerca de los Congresos en general, manifestaba la sorpresa «extraordinaria» que le había causado la convocacion de estas Asambleas y las aprensiones de todo género que había experimentado. Condenaba con una reprobacion formal y absoluta la audacia de los católicos que, «confiados en desdichadas ilusiones,» osan querer para la ciencia «una libertad engañosa y muy poco sincera;» é insistía, en fin, sobre la necesidad de no limitar á los artículos de fe la obediencia debida al jefe de la Iglesia. Esta carta causó naturalmente viva emocion entre los adheridos al Congreso de Malinas. Sin embargo, no les impidió reunirse de nuevo en sesion en el mes de Agosto de 1864; pero M. de Montalembert no asistió á este segundo Congreso, cuyo tono continuó ménos liberal. Monseñor Dupanloup pronunció en él un elocuente discurso acerca de la cuestion de la enseñanza, y no titubeó en declarar, con el aplauso entusiasta de 3.000 ó 4.000 oyentes, que *el peor de los maestros es la ignorancia*. En fin, entre las resoluciones del Congreso se encontraba una recomendando muy especialmente la introduccion ó el desenvolvimiento de la enseñanza de la economía política en los establecimientos católicos. A pesar de la abstencion de M. de Montalembert, parece que no quedó Roma más contenta de este segundo Congreso que lo quedó del primero; y no es emitir una simple conjetura anticipar que estas dos reuniones del catolicismo liberal precipitaron, si no la determinaron, la publicacion de la encíclica *Quanta cura* y del *Syllabus*. Estos dos documentos, en los que se condenaban todas las proposiciones que habían servido de fundamento á M. de Montalembert y cuyo espíritu había inspirado las deliberaciones y las resoluciones de las Asambleas de los católicos liberales, aparecieron el 8 de Diciembre, tres meses despues del segundo Congreso de Malinas. No tenemos necesidad de recordar el efecto que produjeron en el mundo católico y la consternacion en que sumieron á la multitud de miembros del bajo clero que había aclamado las doctrinas liberales del gran orador del Congreso de Malinas. Algunos católicos liberales, pertinaces y sutiles, no perdieron sin embargo toda la esperanza. ¿No llegaron hasta lisonjearse de conciliar con las doctrinas tan formalmente reprobadas la encíclica y el *Syllabus*? Bajo el imperio de esta ilusion, los promovedores de la Asamblea general de los católicos, convocaron en Malinas el tercer Congreso en Setiembre de 1867. Monseñor Dupanloup, M. de Fallona y el P. Jacinto asistieron á él; pero desde el principio se compren-

día que la situacion había cambiado completamente. Un mensaje al Papa puso el fuego á la pólvora. La encíclica no se nombraba en él, y esta omision provocó ágras reclamaciones por parte de la minoría partidaria del *Syllabus*; en vano el presidente de la Asamblea, M. Dellafaille, declaró que «nadie podía dudar de la adhesion absoluta y sin reserva de todos los miembros del Congreso á la encíclica de Pío IX y á la encíclica interpretada en el sentido de Pío IX;» era visible que el Congreso no podía, sin renegar de sí mismo, adherirse á un documento que condenaba ideas y principios que ántes había aclamado con un entusiasmo tan ardiente y tan sincero. Por otra parte, ¿cómo protestar sin caer en el cisma? ¿Qué hacer, pues? Disolverse, dejar de reunirse; no había otro partido que tomar. En este partido, en efecto, se fijó la Asamblea general de los católicos. El catolicismo liberal había vivido; la encíclica y el *Syllabus* le habían matado y con él al Congreso de Malinas.

II.

Habiendo tenido el catolicismo liberal sus Congresos, ha querido tener los suyos el catolicismo partidario del *Syllabus*, y puede añadirse que ha calcado su organizacion sobre la de la «Asamblea general de los católicos de Malinas,» cuyos tristes destinos acabamos de recordar. Como en Malinas, los Congresos católicos que acaban de celebrar sus sesiones en Poitiers y en Reims, precisamente en la misma época en que la Asamblea de Malinas celebraba la suya, estaban divididos en secciones, teniendo cada cual una serie particular de trabajos y cuestiones que estudiar. Las secciones nombraban comisiones, redactaban informes ó presentaban resoluciones que se discutían y votaban en sesion pública; pero aquí se detenía la analogía, pues en Poitiers ó en Reims no se habría podido oír ponderar los méritos de la libertad religiosa, ni aún de la libertad de enseñanza. Es muy difícil de explicarse por qué han tenido lugar al mismo tiempo estos dos Congresos; pues, en rigor, uno sólo hubiera bastado, puesto que sus programas no diferían de una manera sensible. Sin embargo, á despecho de los programas, y aunque el principio moderno de la division del trabajo pudo parecer contaminado de herejía á gentes que querían volver á la sociedad y aún á la industria de la Edad Media, cada una de dichas Asambleas tenía un fin especial: en Poitiers se ocupaban principalmente de la cuestion de la enseñanza y de los medios prácticos de sacar partido de la nueva ley relativa á la enseñanza superior; en Reims se ocupaban casi exclusivamente de las instituciones de obreros católicos. Poco tenemos que decir del Congreso de Poitiers, del que, por otra parte, sólo conocemos los trabajos por las relacio-

nes muy incompletas de los periódicos religiosos. Sabemos que monseñor Cartuyrels, vice-rector de la Universidad libre de Lovaina, expuso en él, en un discurso sustancial, la historia de la fundación y de los progresos de esta institución; sabemos también que monseñor Nardi, auditor de la Rota romana, juzgó á propósito protestar contra la enseñanza libre, que «le causaba estremecimiento» y que asimiló al emponzoñamiento de los ríos. Cualquiera se admiraría de esta protesta, de discutible oportunidad. ¿No venía, en efecto, en apoyo este argumento, por otra parte poco liberal, de aquellos liberales doctrinarios que rehúsan el beneficio de la libertad á los enemigos de la misma? Pero ¿podía monseñor Nardi dejar pasar sin protesta una herejía formalmente condenada por la encíclica y el *Syllabus*? ¿No ha calificado Pío IX, en este segundo documento, de «libertad de perdición» el pretendido derecho que poseen los ciudadanos «de difundir pública y exteriormente sus pensamientos, ya mediante la palabra, ya por la prensa, ó bien por cualquiera otro medio?» Monseñor Nardi se limitó á recordar, en materia de enseñanza, la pura doctrina de la Iglesia. ¿No era su protesta en algún modo obligada? En cambio, el R. P. Sambin, de la Compañía de Jesús, ¿no fué más allá de lo necesario haciendo, en un informe sobre la importancia y la necesidad, bajo el punto de vista católico, de las nuevas facultades de derecho, la apología del derecho divino? Se ha visto más arriba que M. Montalembert había excitado á los católicos á no retroceder ante el sufragio universal, sin mostrarse, por otra parte, más prendado de la soberanía del pueblo que del derecho divino. Según el P. Sambin, por el contrario, todo el mal social que sufrimos proviene únicamente de ese falso principio, en virtud del cual «el poder no desciende ya de Dios, su fuente primera, sino del pueblo que lo delega.» ¿Dónde estaba la necesidad de esta profesión de fe, no habiendo nadie, que sepamos, defendido el sufragio universal y la soberanía del pueblo en el Congreso de Poitiers? ¿Con qué objeto señalar también anticipadamente las facultades de derecho católicas como focos de propaganda de la causa del derecho divino? ¿No era esto un exceso de celo?

Pero no nos detengamos en el Congreso de Poitiers. Puede ser que en él se hayan dicho muchas cosas interesantes acerca de los medios de aprovecharse de esta «libertad de enseñanza,» que no debe confundirse con la «enseñanza libre,» á ménos de causar estremecimiento á monseñor Nardi; pero nada ha trascendido á las columnas de la prensa religiosa, por lo que acerca de este punto estamos reducidos á meras conjeturas. Es preciso creer, no obstante, que después de maduras deliberaciones, «la obra de las Universidades católicas» no ha

parecido tan fácil como se creyó al principio, y que en vez de cubrir la Francia de Universidades católicas, se contentarán con fundar una ó dos á lo más. No encontramos en esto nada que decir, y pasamos al *Congreso de los trabajos de obreros católicos* de Reims.

Aquí nos encontramos en presencia de un hecho nuevo y que merece ser estudiado, aunque se haya exagerado su importancia. Queremos hablar del trabajo de los *comités* y de los *círculos de obreros*, de que el capitán M. de Mun se ha hecho apóstol, y nacieron en 1871, al día siguiente de la Commune. El objeto de los *comités* es fundar *círculos de obreros*, así como otras instituciones de enseñanza, de previsión ó de caridad. Un comité central, establecido en París, está encargado de la dirección general de la institución. Ha dividido la Francia en siete zonas, en cada una de las que se han instituido sucesivamente *comités* locales. Cada uno de éstos se halla dividido en cuatro secciones que comprenden: 1.º, la propaganda; 2.º, la fundación y entretenimiento de los *círculos*; 3.º, los fondos, la creación y la administración de los recursos; 4.º, la enseñanza. El presidente del comité y los jefes de las secciones constituyen la *secretaría*, que gobierna la institución de una manera completamente autoritaria, y aún podemos decir enteramente militar, pues el ejército ha suministrado una buena parte del personal activo de los *comités*. Los *comités* son, como se ve, la rueda motora que da impulso y vida á todas las otras instituciones; existen al presente cerca de cincuenta, que han fundado un centenar de *círculos*. En cuanto á los *comités* de todas clases que actualmente funcionan, una relación del conde Gaston Ivert nos da la cifra, que se eleva á 1.127, con un total de 136.000 miembros próximamente. Entre estas instituciones, las más importantes son los *círculos* y las fundaciones de conferencias ó de *Jesus obrero*, consagradas á la enseñanza. Los *círculos* ofrecen algunos puntos de semejanza con las *Mechanics institutions* de Inglaterra: son lugares de reunión donde los obreros afiliados encuentran distracciones destinadas á reemplazar para ellos las del club ó de la taberna; sin embargo, fuera de la familia, las mujeres y los niños no son admitidos á las reuniones de los *círculos*. Además les ofrecen diversas ventajas materiales: se les dan diplomas que les sirven de recomendación cerca de los industriales católicos que se encargan de buscar trabajo á los que están sin ocupación, de distribuirles recursos en caso de enfermedad y de huelga, etc., etc. La fundación de *Jesus obrero* no se limita sólo á organizar conferencias en el seno de los *círculos*, sino que reparte también por centenares miles de pequeños folletos ó *tracts* sobre toda clase de asuntos religiosos, morales ó económicos.

Tal es la organizacion en la que se trata de englobar sucesivamente á la clase obrera, colocándola bajo una tutela á la vez militar y clerical; pero las cifras que acabamos de citar atestiguan que, á pesar de esfuerzos dignos de elogio, los resultados son hasta el presente muy insignificantes. Notemos además á este propósito que los círculos no han reunido más de una decena de millares de adheridos: en Paris, donde son en número de siete, no cuentan más de 1.100 á 1.200; en Lion, no hay más que cinco con 700 ú 800 adheridos. Se convendrá en que esto es poco, y los secretarios de la institucion no disimulan las dificultades que experimentan para vencer las desconfianzas y la malquerencia manifiesta de las masas obreras. Sin embargo, las relaciones presentadas al Congreso tienen impreso el sello del optimismo más confiado, y las imaginaciones, calentadas por los resultados obtenidos, producen los proyectos más vastos. No se trata ya sólo de fundar círculos de obreros; se trata de crear talleres católicos, mejor todavía, de resucitar los gremios con las cofradías, tales como florecieron en la Edad Media. «¿No veis,—decía no hace mucho el promovedor de los comités católicos, M. de Mun, en una asamblea general de la fundacion,—no veis que todo esto es la reconstitucion del viejo edificio, que todo esto es el pasado que va á revivir? Cuando escuchéis á los retóricos del dia exclamar que la Francia antigua está muerta y que no puede renacer de sus cenizas, les conduciréis á uno de nuestros círculos y despues les preguntareis á esos retóricos si cuando han bastado diez y ocho meses para producir tales resultados, no es verosímil que en ochenta años hayamos levantado, el edificio que se ha tardado ochenta años en destruir.» En el congreso de Reims, el R. P. Marquigny se encargó de dar cuerpo á estas esperanzas apasionadas, formulando una serie de conclusiones que tendían al restablecimiento de las corporaciones y de las cofradías.

No queremos, ciertamente, desanimar á M. de Mun y al R. P. Marquigny; pero ¿se han dado ellos bien cuenta de lo que era ese antiguo régimen industrial que se proponen restablecer? ¿Tienen alguna idea de las condiciones en que ese régimen tomó nacimiento y se desenvolvió, y desde el principio en qué consistía el gremio? Era éste una asociacion, ó más bien una coalicion de artesanos ó de comerciantes que se habían atribuido ó habían obtenido á precio de dinero el privilegio, ó como diríamos hoy, la propiedad de una rama del trabajo. El gremio de los maestros panaderos poseía la industria de la panadería; el de los pañeros era propietario de la industria de paños; y nadie, excepto los maestros que formaban parte del gremio, podía amasar pan, ó fabricar paño en el recinto de la ciu-

dad. Pero ¿qué habría valido ese privilegio, si no hubiera sido corroborado por la imposibilidad de introducir en ese mercado apropiado pan ó paño fabricado fuera? Precisaba, pues, no sólo que cada industria incorporada se protegiese contra las usurpaciones de sus vecinos, sino que los panaderos impidiesen á los pasteleros hacer pan, y que los pasteleros á su vez prohibiesen á los panaderos la confeccion de bollos; que los zapateros vigilasen las usurpaciones de los alpargateros, etc.: más todavía, que todos se reuniesen para rodear su mercado de una muralla bastante alta para que ni panes ni bollos ni zapatos pudiesen pasar por encima. Es verdad que en ese buen tiempo antiguo, las calles no eran muy cómodas ni estaban muy seguras, y tambien que los señores feudales, emboscados en sus castillos, hacían veces de aduaneros, haciendo pagar á los comerciantes muy aventureros derechos y foros de que á su sabor fijaban la tasa. Hé aquí las condiciones principales, sin hablar de muchas otras en que sería menester reponer á la sociedad ántes de pensar en restablecer los gremios. ¿Sería preciso demoler los ferro-carriles y reedificar los castillos! Ni M. de Mun ni el R. P. Marquigny retrocederían, sin duda alguna, ante estos trabajos preparatorios; pero ¿qué dirían los accionistas del ferro-carril? ¿qué los comerciantes y los gendarmes? ¡Ah! no es tan fácil como se cree rehacer la sociedad, siquiera fuese con las intenciones más piadosas; tememos mucho que los ochenta años de que hablaba M. de Mun no fuesen suficientes para ello.

No nos admiramos, sin embargo, de que M. de Mun y el R. P. Marquigny acometan semejante tarea. Ya que la Iglesia no puede acomodarse á la sociedad moderna, ¿no es natural que piense en rehacer la sociedad antigua y en resucitar la Edad Media, que siempre «fué, al decir de M. Mun, el tiempo de mayor gloria de la Francia?» Sólo puede preguntarse si hay en este punto alguna diferencia sustancial entre los utopistas de los clubs y los corifeos de los trabajos de obreros católicos. ¿No se proponen unos y otros rehacer la sociedad segun su capricho, y son espíritus más razonables y más prácticos los que quieren reconstruir el pasado que los que quieren construir el porvenir? No dudamos de las buenas intenciones de los promovedores de las instituciones de obreros católicos; pero en verdad no vemos en qué se distinguen de los socialistas, y si el Congreso de Reims, como el de Poitiers, nada tienen de comun con el Congreso de Malinas, ¿no podrían, en cambio, tener cierto grado de parentesco económico con los muy famosos Congresos internacionalistas de La Haya, de Lausana y de Ginebra?

III.

Hemos observado que el Congreso de Malinas fué instituido por la iniciativa de un pequeño grupo de católicos, que por sus opiniones y por sus antecedentes políticos estaban ligados á esa *Union de los católicos y de los liberales* de que salió la independencia de Bélgica. A despecho de la encíclica de Gregorio XVI, condenando todas las libertades que había consagrado bajo sus auspicios la Constitución del nuevo reino, permanecían fieles á sus convicciones liberales, y no esperaban para manifestarlas más que circunstancias oportunas. En 1863 comenzaba á ser obligatoria la encíclica de Gregorio XVI, que contaba más de treinta años de fecha, y no se habían perdido aún todas las ilusiones que hicieron despuntar los primeros años del pontificado de Pio IX. Además, la libertad de asociacion y de reunion, despues de haber permanecido durante veinticinco años casi estéril, acababa de dar nacimiento á una asociacion en favor de la libertad de comercio, que se esforzaba por popularizar en Bélgica los *meetings* y los demas medios de propaganda empleados en Inglaterra. Un Congreso celebrado en Bruselas en 1856, había inaugurado una brillante campaña libre-cambista. Estos nuevos procedimientos, cuya eficacia había comprobado de una manera tan brillante el éxito de la *Liga contra las leyes sobre los cereales*, se los quisieron apropiarse los católicos liberales, á su vez, empleándolos en batir en brecha el sistema de la proteccion aplicado á la religion. Yendo al fondo de las cosas, ¿no había una analogía singular entre las doctrinas y los propósitos de los promovedores de la libertad comercial y las de los partidarios de la libertad religiosa? Lo que querían los unos y los otros, ¿no era la sustitucion del monopolio por la concurrencia? El sistema que atacaban, ¿no había sido aplicado por los mismos procedimientos groseros y bárbaros cuando se trataba, ora de la industria, ora del culto? ¿Era otra cosa la Inquisicion, por ejemplo, qué una aduana? Los autos de fe que servían para proteger el culto privilegiado, ¿no fueron imitados más tarde en provecho de la proteccion de la industria? A los autos de fe con los herejes, ¿no se vieron suceder autos de fe de mercancías inglesas? Si la prohibicion religiosa y la prohibicion industrial empleaban los mismos medios, se hallaban tambien los mismos argumentos en boca de sus adversarios. ¿Cuál fué el principal argumento de Cobden y de sus asociados en la campaña del *free-trade*? ¿No era el interes bien entendido de la industria misma? ¿No habían demostrado aquellos que el pretendido favor de la proteccion entorpecía y debilitaba la industria? ¿No citaban en su apoyo el ejemplo de España, que M. de Montalembert debía invocar, casi en los mismos términos, contra el sistema de la pro-

teccion religiosa? ¿No era la analogía muy evidente? Lo era hasta el punto de que al siguiente dia del Congreso de Malinas, el órgano oficial del libre-cambio felicitaba al ilustre orador por su valerosa iniciativa, calificándole de «Cobden de la libertad religiosa.»

Mas si las dos causas procedían de un mismo principio, sus destinos debían ser muy diferentes. La causa de la libertad comercial ha concluido por triunfar en compañía de la de los industriales; la de la libertad religiosa ha fracasado ante la Iglesia. El Papa Pio IX ha confirmado la condenacion lanzada por Gregorio XVI contra las doctrinas que tienden á separar la Iglesia del Estado y á someterla á la ley comun. La encíclica y el *Syllabus* han puesto fin á la agitacion del liberalismo católico. Los católicos liberales han debido renunciar á ella, so pena de caer en el cisma; y como si esta prueba no fuera suficiente, les ha sido preciso, despues de haber sufrido la encíclica y el *Syllabus*, aceptar el dogma de la infalibilidad del Papa. Algunos se han rebelado, como el Padre Jacinto, y otros se han sometido, como M. de Montalembert, resignándose á un doloroso silencio; pero ¿han cesado de alentar en las almas las doctrinas liberales del Congreso de Malinas? Aquellos 3.000 oyentes del bajo clero que las aclamaron con un entusiasmo tan ingenuo y sincero en los labios de M. Montalembert, ¿han dejado de tener fe en ellas? Ellos están sometidos exteriormente; pero aquellas ardientes palabras de libertad, ¿no han dejado ninguna huella en sus conciencias? ¿No hay ya más católicos liberales? Los había todavía despues de la encíclica de 1832; es permitido creer que han quedado despues de la encíclica de 1864, y puede asegurarse aún que la fuerza de las cosas les dará tarde ó temprano el triunfo de su causa.

No tendrían razon, sin embargo, en acariciar la ilusion de un triunfo próximo. Sus predecesores esperaron prudentemente, para comenzar su campaña liberal, á que la prescripcion treintenaria hubiese cobijado á la encíclica de Gregorio XVI; y apenas hace más de diez años que apareció la encíclica de Pio IX con el *Syllabus*, y la proclamacion del dogma de la infalibilidad del Papa no tiene más que cinco años de fecha. Estas declaraciones y este acto dogmático nada han perdido todavía de su virtud. Estamos en plena reaccion clerical, y quien osara hablar hoy como se hablaba en el primer Congreso de Malinas, sería considerado cismático. Méenos que nunca, las doctrinas liberales están ahora en olor de santidad cerca del gobierno de la Iglesia. Despues de la proclamacion del dogma de la infalibilidad, ¿no se ha convertido ese gobierno en una pura dictadura, en una especie de cesarismo religioso? ¿No sería fácil encontrar tambien en su políti-

ca los procedimientos y las tendencias de la política del cesarismo, los golpes de sorpresa destinados á ofuscar y á arrastrar las imaginaciones, las seducciones ejercidas sobre las masas necesitadas por el atractivo de un acrecentamiento del bienestar material? ¿Se han multiplicado tanto alguna vez los milagros? Las vírgenes aparecen en las grutas, las imágenes milagrosas se indican á porfía por curanderos que amenazan con una concurrencia seria á la medicina laica, y de todas partes acuden los peregrinos llamados por esas manifestaciones sobrenaturales. Esas legiones devotas no desdeñan, sin embargo, tomar á la sociedad moderna sus invenciones y sus comodidades. Ninguno de los que las componen se pone ya en camino, con los piés desnudos, con la escudilla á la cintura y la alforja á la espalda. Viajan por ferro-carril, no sin haber pedido ántes á las compañías la gracia del precio reducido; la distincion de los rangos y de las fortunas se mantienen en esos trenes piadosos, pues se encuentran en ellos carruajes de primera, de segunda y de tercera clase como en los trenes ordinarios. Mejor todavía: gracias á un ingenioso perfeccionamiento, uno puede hacerse reemplazar en esas excursiones piadosas y ganar indulgencias por poder.

A las manifestaciones sobrenaturales vienen á juntarse las «obras populares», que nos han hecho conocer las Memorias anuales de los *comités* y las relaciones del Congreso de Reims. El patronato de *Jesus obrero* ha sucedido al del príncipe imperial; y del mismo modo que el autor de las *Ideas napoleónicas* había soñado una vasta regimentacion de las clases obreras bajo la tutela del Estado cesáreo, se sueña en las secretarías de los comités y en las comisiones de los Congresos católicos en la reconstitucion de la industria y en el restablecimiento de los gremios y de las cofradías, bajo la enseña de la Iglesia. Hé aquí por qué procedimientos se trata de volver la fe á las almas y de restituir á la Iglesia católica la direccion suprema de la sociedad. Que esta empresa esté destinada á una desgracia inevitable; que el cesarismo religioso no consiga mejor que el cesarismo político imponer á la sociedad sus delirios retrógrados, no ofrece duda alguna; puede extrañarse aún que semejante tentativa sea verdaderamente tomada en serio, y el temor de una vuelta á la Edad Media no hace más honor á las luces, y añadiremos también á la sinceridad de los que lo sienten, que á la inteligencia de los que con ella nos amenazan. Pero, por quimérica que sea, no dejará esta empresa de seguir su curso; se completará, según todas las apariencias, en los futuros Congresos la obra bosquejada en Poitiers y en Reims; se enseñará en las universidades católicas un programa de derecho conforme á las doctrinas del P. Sambin; se redactarán los estatutos de los

gremios reconstruidos según las miras del R. Padre Marquigny; piadosas damas bordarán los estandartes de las cofradías, y se cantará más que nunca en las sesiones de los círculos colocados bajo el patronato de *Jesus obrero*:

*Salvemos á Roma y la Francia
A nombre del Sagrado Corazon.*

Entre tanto, lo mejor que pueden hacer los católicos liberales, convertidos en cismáticos en estado latente, es tener paciencia. Su hora llegará. Como decía M. de Montalembert en el Congreso de Malinas, el antiguo régimen está muerto y jamás resucitará en parte alguna. El día en que el gobierno de la Iglesia se aperciba al fin que uniéndose á ese cadáver expone su propia existencia, se volverá del lado de los vivos, y la alianza del catolicismo con la libertad, que ha sido la generosa utopia de Montalembert, será entonces una fecunda realidad.

G. DE MOLINARI.

(*Revue des Deux Mondes.*)

LA CONDESA DE ALBANY

VII.

Sin pérdida de tiempo se dirigieron los viajeros á la frontera del Norte, no perdonando fatiga hasta verse en territorio belga. La hermana de la condesa vivía en aquel país, y cerca del pueblecito de Ath, situado entre Mons y Tournay, no lejos del lugar donde nació ella. Allí pasaron un mes, reponiéndose de las molestias y sobresaltos del viaje; pero el odio que ambos fugitivos habían concebido contra la Francia, en vez de mitigarse, tomó mayores proporciones al saber que, dos días después de su salida de Paris, el comisario de policía que los proveyó de pasaportes, se presentó con gente armada en su domicilio de la calle de Borgoña para prender á la condesa de Albany, *Reina de Inglaterra*, y que no hallándola cerraron y sellaron su habitacion, confiscando cuanto en ella se contenía, sin exceptuar los caballos ingleses de Alfieri y su librería, tan rica en obras griegas, latinas é italianas, y que á costa de tan grandes dispendios había reunido. Si hubieran permanecido en Paris dos días más, es muy posible que hubiesen sido sacrificados en las matanzas de Setiembre. Por eso, cuando se recuerdan todos los incidentes de esta historia, no es tan fácil condenar en absoluto las acusaciones

* Véanse los números 100 y 101, páginas 444 y 490.



del *Misogallo*, porque se contiene en sus páginas, llenas de terribles invectivas, un gran fondo de verdad, si el autor las hubiese aplicado solamente á un período de la revolución. Los sonetos violentos, los epigramas y discursos más fuertes los escribió Alfieri en Bélgica, bajo la impresión de los atropellos y ultrajes de que había sido objeto, y, por decirlo así, en el umbral de la cárcel, donde Luisa de Stolberg hubiera podido hallar á la princesa de Lamballe.

Al cabo de un mes salieron los dos amantes de Bélgica, en dirección á Italia, por las orillas del Rin, Baviera y el Tirol. Apenas hubieron pasado los Alpes y dado vista á la Península, pareció regenerarse Alfieri, y que comenzaba para él otra vida nueva, si bien en su lenguaje acre y punzante cuando trataba de los hombres y de las cosas de Francia, se notaba que la herida hecha por ellos era incurable en él. Por eso la primera obra que salió de su pluma, tan luego hubo llegado á Florencia, fué la carta al *presidente del populacho frances*, reclamándole sus libros, papeles y cuanto le había sido secuestrado por los revolucionarios.

Es muy digno de notarse este documento, entre otras cosas, porque descubre desde las primeras líneas el secreto de su gran desconsuelo, la causa del tormento que tanto le hacía sufrir. «Me llamo Víctor Alfieri; nací en Italia; patria, no la tengo,» dice al empezar. En efecto, al renegar del Piamonte, Alfieri no se había hecho romano ni florentino, si bien aspiraba á ser lo último, merced al culto que rendía al melodioso lenguaje de los naturales del país. «Mi pasión dominante, añade luego, es el odio á la tiranía; el único fin de todos mis pensamientos, palabras y escritos es combatirla siempre, bajo cualquier forma que se revele ó se oculte: pacífica, frenética ó estúpida.» Por eso, aun cuando había buscado refugio en Italia, la pacífica tiranía de sus gobiernos no le inspiraba más simpatías que que el despótico frenesí de los demagogos. Lo propio le hubiera sucedido en Inglaterra ó los Estados Unidos; porque para un hombre sin fe en lo presente y sin esperanza en lo porvenir, ni hay patria, ni bienestar; ni sosiego posible en el mundo. M. Quinet, en sus *Revoluciones de Italia*, ha descrito magistralmente la trágica situación de Alfieri con estas palabras: «Enemigo del catolicismo, de la razón, de la aristocracia y de los pueblos; desterrado de Italia y de Europa; precipitado de abismo en abismo en los círculos vacíos del infierno del Dante, no podía detenerse sino en el lugar donde las imprecaciones eternas tienen su asiento.» Debe añadirse, sin embargo, que para llenar ese inmenso vacío recurrió á dos cosas: al estudio y al amor; al estudio constante, fijo, de la antigüedad homérica, y al amor profundo, sin límites, á la reina de Ingla-

terra: ambas cosas inseparablemente unidas, absorbiendo y dominando todo lo demás.

¿Quién no conoce su afán de estudiar? M. Villemain dice que componía *con furia*. En cuanto á su afición á la condesa, entraba por mucho en ella el orgullo; así que, cuando, al referirse á su *amata donna*, emplea en sus *Memorias* los más tiernos y dulces calificativos, para comprender cuánto hay de ficticio y forzado en sus palabras, sólo se necesita recordar ciertas circunstancias de su vida. No decimos con esto que Alfieri fuese hipócrita, sino que ponía cuanto estaba de su parte para engañarse á sí propio: violencia y esfuerzo en todo y para todo; tal era el fondo de su carácter y de su temperamento: esfuerzo apasionado y sincero, sin duda, pero no inspiración natural y sencilla. Por eso le agradaba tanto el carácter, hasta cierto punto teatral, de sus amores, y de ahí proviene la exageración con que habla siempre de la condesa, el culto, en apariencia, misterioso que le rinde, el afectado esmero con que procura no pronunciar su nombre, conocido de todos, y el calificar de *santa compañera* á una mujer que por él había roto y estaba en lucha con todas las leyes de la moral y del decoro. En Alfieri se ve mezclada y confundida la altivez del antiguo patricio y la vanidad del artista moderno. Para él era más agradable ser amante de la reina de Inglaterra que llamarla su esposa y darla su nombre. Es cierto también que ella tenía mucho apego á su título, que no dejaba pasar ninguna ocasión de reivindicarlo que no lo hiciese, y que las damas francesas, inglesas ó italianas que la visitaban en Florencia la trataban como tal; pero si su amante no se hubiera pagado, tal vez más que ella misma, de su *soberanía*, y hubiese querido sustituirla con el nombre más modesto de condesa de Alfieri, Luisa de Stolberg no habría opuesto ya la menor resistencia, pues se hallaba completa y absolutamente dominada y obligada por el célebre poeta, que la había presentado á la posteridad en la dedicatoria de *Mirra* y en cada página de sus *Memorias*. Si por él se negó á reconciliarse con Carlos Estuardo, y se expuso á una humillante comparación con la duquesa Carlota, cuando nada le debía, ¿qué le hubiera negado debiéndole la inmortalidad?

No se crea por lo que dejamos dicho que los amores de la reina de Inglaterra con Alfieri estuviesen exentos de la ley común, y que los homenajes del poeta, su ternura, su efusión entusiasta, su ostensible ciega idolatría fuesen bastante á librarlos de tempestades: atendiendo sólo á la superficie de las cosas, Luisa fué feliz según el mundo; y á pesar de hallarse en condiciones que hacen inevitable el desencanto, y expuesta á sus remordimientos y al desprecio de su amigo, supo conservar hasta el fin el culto público del ilus-

tre poeta que había llegado á ser para ella una necesidad de la vida. Pero si profundizamos un poco y penetramos en las interioridades de la vida de entrambos, pasando por alto las *Memorias* de Alfieri y las cartas de la condesa, prescindiendo de la tradicion que tuvo su origen en tales documentos y que los hace aparecer como séres ideales, rodeados de la más pura felicidad y disfrutando de ella tranquilos y seguros en medio del desorden y perturbacion universal, hallaremos que la realidad estaba muy distante de las *Memorias*, de las cartas y de las tradiciones. Punto es este acerca del cual hasta su harto complaciente biógrafo M. de Reumont se ve obligado á convenir en que no fué siempre un santuario lleno de armonía el hogar de la incensada real condesa. En Pisa, en Siena, en Florencia mismo tuvo más de una rival indigna. No descorreremos el velo que cubre estas miserias, y si las hacemos constar es únicamente para dar á conocer el verdadero carácter de las demostraciones de Alfieri, ardientes y declamatorias, sinceras y artificiales á un tiempo. Su pasión por la condesa era como su entusiasmo por Homero: quería ser y parecer su amante, y ser y parecer fervoroso discípulo de la primitiva poesía. Ya lo hemos dicho ántes: todo en él era forzado, así en el corazón como en la inteligencia; por eso no repetiremos con M. de Lamartine que la condesa fué «la nueva Laura del nuevo Petrarca; la nueva Beatriz del nuevo Dante; la nueva Vittoria Colonna del nuevo Miguel Angel»; que la verdadera y acendrada ternura, tan sincera y candorosamente inconsolable del autor del *Canzoniere*, los místicos éxtasis del poeta de la *Divina Commedia* y la tranquilidad sublime del pintor de la capilla Sixtina, fueron cosas que nunca sintió Alfieri.

Tal vez se diga que el Petrarca y el Dante mismo cometieron también infidelidades á Laura y á Beatriz; pero ambos se arrepintieron en toda ocasion de sus flaquezas é imploraron perdon del objeto de su culto. En Alfieri no se descubren estos impulsos, ni la menor peripecia que demuestre la pasión. Sólo una vez, á propósito de sus relaciones con no sabemos qué sociedad, nada escogida por cierto, «academia sin nombre y que no hace falta ponérselo,» como él mismo dice, se disculpó en un soneto de haberla frecuentado; y dando por excusa que el amor lo llevó á aquel sitio tan poco digno de su persona, se comparó con Hércules á los piés de Onfala. Como se ve, el poeta y no el amante es quien trata de justificarse, sobreponiendo el orgullo poético al amoroso: el escritor explica su conducta á los censores que pudieran afearla, é intenta desarmarlos por medio de un soneto jocosos; el amante olvida sus pretensiones y las promesas que se ha hecho á sí mismo, olvida que en su autobiografía, en sus sonetos, en sus dedicatorias y en cuantas

composiciones suyas existen, relativas á la condesa, siempre habla de su amor puro, tranquilo, constante, inalterable, parecido á esos dias privilegiados de la primavera en que la serenidad de la noche difiere tan poco de la dulzura de la mañana como del suave calor del medio dia.

¿Ignoró siempre la condesa los extravíos de su amante? ¿Cómo los sobrellevó, si tuvo noticia de ellos? ¿Se forjó ilusiones acerca de sí misma? ¿Fué celosa? ¿Trató alguna vez de dominar el altivo carácter de su amante? Advertida quizás del estrago que en ella iban haciendo los años, ¿recurrió, para contener los extravíos de Alfieri y borrar sus huellas, á ser en cierto modo indulgente? Nos faltan datos para poder decirlo de una manera positiva; pero dado su carácter á las veces altivo en sus relaciones con la sociedad, y tranquilo, bondadoso y pacífico en el interior del hogar, su talento, su afición á las artes, su sincero entusiasmo por el genio poético de Alfieri y su sangre flamenca, nos parece que no serían ni muchas, ni grandes, ni duraderas las borrascas que en su corazón moviesen las veleidades del autor de *María Estuardo*, por lo demás, hombre de nobles y generosos sentimientos.

Sin las explicaciones psicológicas y morales que preceden, sin el exámen de conciencia á que hemos sometido á los dos amantes, no sería tan fácil comprender y explicarse este episodio. La vida de la princesa de Stolberg ha sido idealizada de tal modo, primero por Alfieri, y luego, merced á sus escritos, sublimizada por la tradicion, que el mismo autor de su más concienzuda y exacta biografía (1) no se atreve, á veces, sino con gran timidez, á dar crédito á aquello de que está más convencido, si es contrario á la opinion generalmente admitida. Después de haber hecho las salvedades arriba consignadas, y de fijar la situacion respectiva de los personajes, utilizaremos de nuevo para proseguir nuestra narracion los datos recogidos por el diplomático alemán acerca de su estancia en la corte florentina.

Apénas llegados á la capital de Toscana, la condesa y Alfieri se instalaron en un pequeño; pero elegante y cómodo palacio situado á orillas del Arno, cerca del puente de la Trinidad, entre el actual Casino de Nobles y el palacio que, andando el tiempo, debía servir de residencia á Luis Bonaparte. Este edificio conserva, á pesar de haber trascurrido más de medio siglo desde la muerte del poeta, el nombre de *Casa de Alfieri*, y no hace mucho se colocó en su fachada una inscripcion conmemorativa. Durante los diez años que habitó en él con la condesa (de 1793 á 1803) los salones de la *Reina de Inglaterra*, si Alfieri hubiera puesto algo de su parte, se

(1) A. de Reumont. *Die Gräfin von Albany*.

habrían convertido en centro de la buena sociedad y santuario de la literatura italiana; pero él prefería el trato de aquellos hombres entre quienes no encontraba rival su genio ambicioso al de los grandes personajes, artistas y escritores de reconocido mérito.

Así que estuvo instalado en su nueva residencia, hizo construir un teatro, donde puso en escena, en la primavera de 94, auxiliado de Giovanni Carmignani, después profesor de la Universidad de Pisa, del caballero francés, barón de Baillou, y de otras personas, sus dos tragedias tituladas: *Saul* y *Bruto*, á cuyo desempeño siguió el de *Felipe II*. Y tan agradable se le hizo representar sus propias obras, que en 1795, y con motivo de la fiesta conocida bajo el nombre de *La Luminara*, hizo su *Saul* en Pisa, en casa de la familia de Rancioni. Era su papel predilecto, y una de las obras que, según la opinión de Corina, constituye, con la *Mélope* de Maffei, el *Aristodemo* de Monti, y algunos episodios del Dante, el bello ideal de la verdadera tragedia italiana, es decir, la muestra de lo que hubiera podido llegar á ser con el tiempo el teatro nacional de la península. «Me tiene muy disgustado, escribía en Abril de 1795 á su amigo Angelo Fabroni, rector de la Universidad de Pisa, la noticia de lo impacientemente que se me aguarda en esa ciudad y de lo mucho que de mí espera el público, porque no hay cosa más perjudicial á un mediano talento que el anunciarlo como una notabilidad. Así pues, le ruego, lo mismo que á Pignotti y á cuantos me han visto en escena en Florencia, que no ponderen mis dotes artísticas, limitándose á decir únicamente que sé mi papel y que lo hago con inteligencia» (1). ¡Modestia interesada, y hábil medio de prepararse un triunfo! Por lo demás, se creía consumado en el arte, no siendo sino exagerado, enfático y muy declamador, con cuyos defectos hacía resaltar más los de sus obras, que pecaban de lo mismo. El biógrafo de la condesa de Albany opina del propio modo, después de hacerse cargo del parecer de todos ó de la mayor parte de sus contemporáneos.

Mientras Alfieri se ocupaba con tanto afán de representaciones teatrales y de Homero, la condesa iba extendiendo y ensanchando el círculo de sus relaciones, ganando partidarios y admiradores á su amigo, y preparando el camino de la dictadura que contaba ejercer algún día; pero graves é importantes sucesos vinieron á trastornarlo todo. Conocidos son de las personas un poco versadas en la historia moderna los resultados de la prodigiosa campaña de Bonaparte en Italia, y las modificaciones y cambios que produjo en su manera de ser,

así el tratado de Tolentino como la paz de Campo-Fórmio. El 15 de Febrero de 1798, se proclamó en Roma la República por el partido democrático, auxiliado del ejército francés, y el papa Pío VI, al cabo de trece años de ocupar el sólio pontificio, se vió en el caso de salir de la Ciudad Eterna para morir en el destierro. El 9 de Diciembre, el rey de Cerdeña, Carlos Manuel, cayó á su vez del trono, lanzado por el directorio, y tuvo que refugiarse en Florencia. «Era mi rey, dice con nobleza el poeta, y desgraciado además; tenía, pues, dos motivos que me obligaban á rendirle homenaje.» En efecto, Alfieri pidió audiencia á su rey, quien al recibirlo, dándole un afectuoso abrazo, exclamó: *Ecco il tiranno!* Fácil es comprender que, predispuesto como se hallaba contra la Francia el irritable poeta, estos incidentes debían aumentar su enemiga y hacerla cada vez más profunda. Pero cuando ya no conoció límites su cólera, fué al tener noticia de la invasión *tanto aspettata ed abhorrita* del territorio toscano por sus ejércitos.

Pocas horas antes de la llegada de los franceses, el 25 de Marzo de 1779, la condesa y Alfieri salieron de la ciudad con propósito de retirarse á una preciosa quinta de las inmediaciones de Florencia, y allí pasaron tres meses en la más completa soledad, visitados alguna vez por muy contadas personas de la mayor confianza, y evitando cuidadosamente rozarse con los ministros de *«la militare e avvocatesca tiranide*, la más monstruosa, ridícula é intolerable de las mixturas políticas,» que se ofrecía á su acalorada imaginación «bajo la forma de un tigre conducido por una liebre.» ¿Debería clasificarse entre los tigres al buen Guinguiné, ministro de la república en Turin, que le ofreció en los términos más lisonjeros y respetuosos la devolución de sus libros, injustamente secuestrados, ó al general Miollis, que se apresuró á honrar en su persona al representante más ilustre de la poesía italiana, ó á los partidarios de la revolución en Cerdeña, que quisieron darle asiento en el Instituto nacional de su patria? No es posible; pero Alfieri, si bien contestó cual debía, esto es, agradecido, á Guinguiné, le insultó después en sus *Memorias*, rechazó con rudeza á Miollis, y se negó, por último, empleando para ello las frases más injuriosas, á tener ningún género de relaciones con los individuos del Instituto piomontés. Estos tres incidentes, que se produjeron en corto espacio de tiempo, dicen bastante por sí solos para comprender el estado de su ánimo en la temporada que pasó, contra su voluntad, en la solitaria *villa* de Montughi.

Fuertemente impresionada la condesa con el recuerdo de las escenas que presenció en Paris y de lo que pasaba en Italia, lejos de combatir el odio que á la Francia tenía su amante, participó de él,

(1) En la Biblioteca de Montpellier se conservan algunas esquelas de convite, todas de mano de Alfieri.

asociándose á todos sus juicios por extraviados que fueran; y llevó á tal extremo su encono, que confundió en el mismo anatema, sin distinción alguna, á amigos y adversarios. Una de las primeras personas que sufrieron por esta causa fué Mad. de Stael, á quien había conocido en París; su libro titulado *De la influencia de las pasiones*, dió pie ó pretexto para la agresión. En los papeles de la condesa, que se conservan en la biblioteca del museo de Fabre, en Montpellier, existen algunas notas de su mano relativas á las obras que leía, y entre ellas la siguiente que se refiere á la ya citada: «Este libro es un conjunto de ideas cogidas al vuelo en otros autores, y su estilo descuidado y oscuro, al gusto de la época. Adviértese en él que la señora que lo escribió está muy empapada en las ideas de la revolución, que piensa mucho en ella, que adula sin tasa ni medida á los hombres que ocupan el gobierno de la nación para volver á París, y que su alejamiento de la capital es la pasión que la devora y consume. En el capítulo titulado *El amor á la gloria*, pinta á su padre, por considerarlo el mayor hombre de su siglo... Cree conocer el amor, cuando sólo conoce los extravíos de la imaginación... Sólo hallo interesante el capítulo *Del espíritu de partido*, porque como vivió en el seno de las intrigas de la revolución, conoce prácticamente sus manejos. En fin, es libro que está destinado á morir como tantos otros, nacidos en momentos de turbación y que desaparecen para siempre con ella.» Difícil sería emitir con ménos palabras un juicio más incierto, puesto que, por asociarse á las exaltadas ideas de su amante y adularlo, sacrifica en él la justicia y la amistad.

Es más interesante la condesa cuando sólo atiende á distraer á su amigo, rodeándolo de un círculo de admiradores. Si bien no había podido realizar aún el deseo de ver alrededor suyo una corte de literatos y de notabilidades, cosa que no consiguió hasta muchos años después, á los últimos de su vida; si por una parte las graves preocupaciones que absorbían la atención pública, y por otra la esquividad de Alfieri no le dejaron alcanzar este bello ideal tan pronto como lo hubiera deseado, al ménos logró reunir en sus salones cierto número de personas distinguidas en las artes y las letras, tales como Lorenzo Pignotti, médico, poeta, historiador y catedrático de la Universidad de Pisa; Angelo María Bandini, sabio bibliotecario de la Laurentina, é historiador tan erudito como concienzudo del renacimiento florentino; Juan de Alessandri, presidente de la Academia de Artes; Tomás Puccini, director de los Museos; Juan Bautista Baldelli, filólogo é historiador literario, autor, con el tiempo, de la *Biografía de Boccaccio*, y de un comentario sobre los viajes de Marco Polo; Onofrio Boni, arquitecto y

anticuario, autor de notables estudios acerca de algunos artistas del siglo XVIII, y Juan Fantoni, llamado el Horacio toscano, á quien Alfieri dijo en una ocasión: «Todos los amigos de la verdadera poesía quisieran ver tus odas escritas en láminas de oro;» elogio tanto más imparcial en su boca, cuanto que con él enaltecía á un partidario de los franceses, que había figurado en las turbulencias de la Italia del Norte, no sólo como poeta republicano, sino como jefe popular. Cuando los soldados de la república dejaron á Florencia, en Julio de 1795, y Alfieri y la condesa pudieron regresar pacífica y tranquilamente á la capital y volver á las antiguas costumbres, todas las personas referidas frecuentaron su casa y fueron sus amigos, algunas veces sus confidentes, y no pocas sus compañeros de estudio.

Entre los que no vivían en Florencia, pero cuya activa simpatía, sostenida cuidadosamente por las cartas de la condesa, siempre estuvo de parte de Alfieri, merecen ser citados monseñor Angelo Fabroni, rector de la Universidad de Pisa, y Ansaño Luti, que desempeñaba el propio cargo en Siena. A veces acudían de puntos más lejanos otras celebridades á enriquecer con nuevos elementos aquella colonia literaria, por ejemplo: la hermosa y entusiasta Isabel Teotochi Albrizzi, joven griega de las islas Jónicas, hija adoptiva de Venecia, y dotada de tan exquisito gusto por las artes, que adivinó el talento de Cánova mucho antes de que los demás llegasen á comprenderlo, ó la brillante improvisadora de Luca, Teresa Bandettini, conocida en la Academia bajo el nombre de Amarilis Etrusca.

Tipo era éste del improvisador en que no pensó ciertamente Mad. de Stael al componer su libro, y que hacía entonces mucho papel en Italia. Napoleón nombró *Improvisador Imperial* á Francesco Gianni. Monti y otros jueces muy entendidos en la materia censuran con la mayor dureza la profesión de improvisador, por considerarla ocasionada á corromper el lenguaje y el ingenio; pero de tal modo logró seducir á cuantos tuvieron el placer de oír á Teresa Bandettini, que Monti mismo no hablaba de ella sin entusiasmo, y Alfieri confiesa, entre celoso y sorprendido, que «sus tan meditados versos no podían agradar tanto como las improvisaciones de *Amarilis*, nacidas de lo más recóndito del alma tan naturalmente como brota el agua de un manantial.»

Tales eran las distracciones de Alfieri, y tales los amigos de que la condesa lo rodeaba, ganosa de inspirarle afición á la sociedad, y de sugerirle al propio tiempo la idea de ser una especie de dictador de la república literaria. Mas él no había nacido para representar ese papel, oponiéndose á ello su carácter altivo, tan contrario á las supercherías á que necesariamente ha de recurrir quien trate de

alzarse con semejante poder. Bastábale el amor de la condesa, y era esta suficiente satisfaccion para su vanidad, y aún más grata que cuantos homenajes y acatamientos pudieran rendirle los hombres. Sin embargo, había un grupo de personas con quienes gustaba departir, así de política como de literatura, y era el de sus íntimos amigos. En este grupo, que constituía su verdadera corte, donde todos se trataban con la mayor llaneza y confianza, figuraban en primera línea el buen abate Caluso, que tan nobles y generosos consejos le dió siempre, y el poeta veronés Hipólito Pindemonte, á quien trató mucho en Paris durante la época revolucionaria, y á quien debió tantas correcciones de estilo en sus tragedias y demas obras. A estos siempre los recibió afable y trató cariñosamente; á los admiradores que le fué proporcionando la condesa, más de una vez, dejándose arrastrar de su carácter veleidoso y altivo, debió hacerles sentir su aspereza y brusquedad natural, cosa que jamás supo disimular.

Entre los extranjeros que acudían diariamente á rendir homenaje á la condesa de Albany y al autor de *María Estuardo*, llegó un jóven artista, natural del Mediodía de Francia. Llamábase Francisco Javier Favre, había nacido en Montpellier el 4.º de Abril de 1766, y era bastante buen pintor. Despues de haber terminado sus estudios, bajo la direccion de su padre, se trasladó á Paris y entró en la famosa escuela de David. A los veintiun años ganó el premio de Roma, y partió en direccion á Italia. Apénas había concluido sus estudios en la Academia francesa, cuando vió invadidos los Estados pontificios por las tropas de la república, y brutalmente lanzado de su capital al Papa Pio VI. Aquellos atentados hubieron, sin duda, de indignarle, y no quiso prestar juramento de fidelidad al poder que los había cometido; tratósele, pues, como á emigrado. Ninguna mejor recomendacion á los ojos de Alfieri. La condesa, que era aficionadísima al dibujo, quiso que Favre le diese algunas lecciones; y entónces empezó entre la discípula y el jóven, pero ya célebre maestro, una correspondencia de amores que no debía descubrirse completamente hasta la muerte de Alfieri. ¡Por segunda vez hallamos en el curso de nuestra historia las huellas de la misma invisible mano, castigando misteriosa, pero justamente! No decimos esto porque Favre sembrase la discordia en el hogar de Alfieri, sino porque él mismo trajo de la mano á su casa al hombre que debía sucederle y ocupar su puesto cuando fuese muerto. ¿Cómo consagrar, entónces, aquel amor que, sin duda, se profesaron la condesa y Alfieri? ¿Cómo conservar á la posteridad más remota, bajo una forma ideal y poética, el recuerdo de aquella mutua idolatría, tan íntima, tan profunda, tan maravillosamente tranqui-

la y serena en que vivieron por tan largo espacio? De ningun modo, desde que sean conocidos todos los hechos á la luz de la verdad.

VIII.

El castigo permaneció, sin embargo, por mucho tiempo ignorado de las gentes. Porque se guardaron de tal modo los respetos debidos, que miéntras vivió Alfieri, y algun tiempo despues de su muerte, todo estuvo de conformidad con el bello ideal soñado por el poeta. La escena pasó, primero en el invisible teatro de la conciencia; despues, concluyó el drama á los ojos de un público numeroso y escogido. Alfieri, á los últimos años de su vida, que fué cuando conoció é introdujo en su casa á Favre, como nada le hacía sospechar las preferencias de que era objeto por parte de la condesa, se interesó por él y cantó alabanzas á sus obras. ¡Qué lejos estaba de pensar, cuando el pintor de Montpellier hacía el retrato de la condesa, el suyo y el de Caluso, y trasladaba al lienzo la escena más dramática del *Saul*, que aquel huésped á quien había recibido con los brazos abiertos, aquel respetuoso discípulo, había de sucederle en el afecto de la que llamó hasta el postrer instante su *incomparable amiga*! Así es que podía escribir con mano firme: «Su corazón se apoya y descansa en el mio para fortalecerse,» y aún añadir con orgullo: «He levantado un monumento al amor; he dado á una reina destronada un sólio más alto y duradero que el de sus mayores, y he unido de una manera inseparable mi nombre al de la reina de Inglaterra. Entre los cantores inmortales del amor, ¿hay alguno cuyo destino sea igual al mio? Ciertamente que no. Lo que causó la locura del Tasso, constituye mi trofeo y mi gloria.» ¿Quién sabe si en uno de esos momentos de exaltacion y delirio amoroso y poético fué cuando hizo poner en un cuadro los retratos en miniatura de los cuatro grandes poetas italianos, dejando en el centro un espacio vacío, rodeado de una corona de laurel con esta palabra: ¡*Digniori!*

Poco digno de ser notado presentan los últimos años de Alfieri, al ménos para nosotros, que ya sabemos lo que vendrá despues.

Apénas había trascurrido un año de la evacuacion de Florencia por las tropas del Directorio, y ya, merced á la batalla de Marengo, quedaba restablecida la supremacía francesa en los asuntos de la Península, entrando de nuevo á ocuparla en 15 de Octubre de 1800 el general Dupont. Mucho debió contrariar al irritable poeta este triunfo de los ejércitos republicanos; pero es lo cierto que, con motivo del restablecimiento del orden, terminaron los apuros pecuniarios, así de la condesa como de él mismo. Porque, hallándose privada esta señora por la Revolucion de la pension que le había sido seña-

lada por el gobierno de Luis XVI, y, á consecuencia del trastorno y novedades introducidas en los Estados Pontificios, de seguir percibiendo ciertas sumas que aún le debía su cuñado el cardenal, quien se vió reducido al extremo de mendigar el auxilio de William Pitt para vivir, no era el estado de su hacienda el más satisfactorio. Pero, devuelta la tranquilidad y restablecido el órden por el primer cónsul, pensionado por el gobierno inglés Enrique Estuardo, repuesto luégo en sus dignidades y en el goce de sus beneficios por el Papa Pio VII, no sólo pudo cobrar la condesa el resto de su créditos, sino las rentas que, tanto ella como Alfieri, percibían en Italia.

Pareció volver por aquel tiempo la condesa á sus antiguas simpatías hácia la Francia, pues saludó con entusiasmo el advenimiento del consulado, felicitó calorosamente á su amiga (1) Josefina de La Pagerie, mujer de Bonaparte, al tener noticia del atentado de la calle de San Nicasio, y se ocupó con gran benevolencia de sus nuevos publicistas. El caballero Baldelli, uno de sus amigos de Florencia, que se hallaba en Francia el año 1802, recibió por aquel entónces una carta suya, en la cual, despues de darle las gracias por las noticias literarias que le trasmitia desde Paris, decia: «He leído con el mayor gusto la obra de Chateaubriand; este libro satisface las aspiraciones del alma. Su autor es grande amigo de M. D'Arbaud, poeta de no escaso mérito, á quien conocí en Florencia. Veo en los periódicos que se traduce cuanto se escribe en otros idiomas... Me parece que el estudio de las ciencias exactas está muy en boga. Tenemos ahora un nuevo sistema de mineralogía que hace mucho ruido; no hacen poco tambien los descubrimientos de la química, que son muy útiles á quien logra realizarlos. Tambien llama mucho la atencion el galvanismo, á pesar de ser italiano el inventor: no hay duda de que los 60.000 francos son un estímulo y no pequeño para los que hacen algun descubrimiento. Hace diez años, estando en Paris, oí decir algo de esto á Vicq-d'Azyr, que se ocupaba del galvanismo y quiso hacer un dia en mi presencia varios ensayos con una rana; luégo nos separaron las tempestades de la Revolucion; yo hallé refugio en Italia; él murió de disgustos en Francia. Aquí nadie se ocupa por ahora de ciencias ni de literatura...» Luégo añade

(1) La futura emperatriz contestó en estos términos á la condesa:

«PARIS, 1801.

Combien je vous remercie, ma chère amie, de l'intérêt touchant que vous nous accordez, à Bonaparte et à moi! Une amitié distinguée comme la vôtre offre des consolations au milieu des idées affligeantes qui naissent des dangers continuels auxquels on est exposé, et l'on regrette moi... de les avoir courus quand ils escitent des temoignages d'une estime aussi pure que celle que vous nous laissez voir.

JOSEPHINE BONAPARTI, NÉE LA PAGERIE.»

con la misma amargura, pensando en la vida de Florencia: «Si no tuviese una gran aficion á la lectura, y los sucesos pasados no me hubieran hecho tediosa la sociedad, no podría vivir en este país; pero paso el tiempo con los libros, y así las horas vuelan.»

Bien puede afirmarse que estas quejas no iban dirigidas á la sociedad florentina, sino á su adusto misántropo amigo, que cada dia, y á medida que la condesa deseaba más vivamente representar en ella el principal papel, era más uraño, esquivo é insoportable. No bien tornó á verse rico, volvió á comprar caballos y á cifrar en ellos su principal recreo, pudiéndose decir que pasaba lo mejor del dia entre la caballeriza y la biblioteca; á caballo, ó guiando un tilburí por los solitarios paseos de Florencia, ó encerrado en su estudio, sobre cuya puerta leían siempre cuantos venían á visitarlo: *El conde no está en casa*. Y como su pasion por el estudio crecía á la par que su odio á la sociedad, y se había propuesto pintar la de su tiempo, es decir, la influencia que sobre ella ejercía la Revolucion francesa, en una serie de comedias aristofanescas, empresa superior á su voluntad por no poderla secundar la inspiracion, se consumía en inútiles esfuerzos. Su salud se resintió entónces gravemente. Caprichoso en su régimen como en todo, y extremado y tenaz en sus propósitos, no quiso alimentarse, tomando sólo de tiempo en tiempo cosas por demas sencillas y ligeras, y aún esto con temor y repugnancia. Temía las horas en que la tiranía del cuerpo impide al genio desplegar sus alas y lanzarse al espacio, y quería encontrarse dispuesto y prevenido en toda ocasion para el trabajo intelectual, sin advertir que no es dado al hombre rebelarse y luchar impunemente contra las leyes de la naturaleza. Así fué que en el otoño de 1801 estuvo á punto de sucumbir de una grave dolencia; se repuso de ella; pero al otoño inmediato cayó con síntomas aún más alarmantes que la primera vez; agravóse luégo de un ataque de gota al pecho, que si bien exigía los más asiduos cuidados, no hacía temer por su vida; y cuando todos lo consideraban mejor, una mañana, á 8 de Octubre de 1803, despues de haber abandonado el lecho por algunos momentos, se sintió mal de nuevo, tornó á recogerse, y, sin agonía ni congoja, exhaló el alma.

El dolor de su amiga fué inmenso en esta circunstancia, porque por más imperioso, altivo y dominante que fuera el carácter de Alfieri; por más molesto é intratable que lo hiciese su egoismo, perdía en él al compañero que por espacio de veintiseis años no se había separado de ella; al artista famoso, á quien podía considerar como su obra, y cuyo nombre oponía al de su marido. Además, si algo podía realzarla á sus propios ojos y justificarla á los del mundo, era la fidelidad que le había guar-

dado por espacio de veinticinco años, la respetuosa sumision, el temor, casi la humildad, la abnegacion con que había ejercido durante un largo espacio con el noble y orgulloso enfermo el oficio de hermana de la caridad. Nada expresa mejor el estado de su ánimo en aquellas circunstancias, afligido con el sentimiento y preocupado con la consagracion poética de sus amores, mezcla confusa de dolor y vanidad, que sus cartas al caballero Baldelli y á M. d'Ansse de Villoison, y la que hizo escribir á Favre para Chateaubriand. «No puedo soportar la vida; estoy sola en el mundo; no hay ya felicidad posible para mí,» dice al primero. «Soy la mujer más desgraciada que pueda existir; no parece sino que, con él, me han arrancado el corazon,» dice al segundo. Y despues añade: «Desde que estaba en Florencia esta última vez había él estudiado sólo la lengua griega, y traducido en verso una tragedia de cada autor griego: *Los Persas*, de Esquilo; *Filótetes*, de Sófocles; *Alceste*, de Eurípides; compuesto una *Alceste* á imitacion de la del último, y una tragi-comedia, titulada *Abel*, para inspirar á los italianos el gusto de la tragedia: estas serán las primeras obras tuyas que haré imprimir para terminar su teatro. Tambien ha traducido las *Ranas*, de Aristófanes, todo Terencio y Virgilio, y la *Conjuracion de Catilina*, y escrito diez y siete sátiras, un tomo de poesías líricas, su vida hasta el 14 de Marzo de 1803, y seis comedias que han sido causa de su muerte.» Antes de concluir la carta, exclama: «En el estado de desesperacion en que me hallo, morir sería para mí un beneficio inmenso: detesto la vida, la sociedad y cuanto veo y pasa en ella, y no puedo separarme de aquí, donde he vivido en compañía de mi adorado amigo y yacen sus despojos.» Nada más patético y conmovedor que estas palabras, de cuya sinceridad, en aquel entónces, no debe dudarse (1). En cuanto á la carta dirigida por

Favre á Chateaubriand de parte de la condesa, revela el temor de que el ilustre poeta frances, iniciado como lo estaba en algunos misterios de la vida de Alfieri, no muy ocasionados á la consagracion ideal de sus amores con ella, los revelase más ó ménos claramente, destruyendo en parte el efecto de la leyenda, objeto de tantos afanes por parte de los dos amantes. Chateaubriand, á la sazón agregado á la embajada francesa en Roma, llegó á Florencia precisamente cuando Alfieri acababa de morir, y lo vió en el féretro momentos ántes de dársele sepultura.

Temerosa la condesa entónces de que personas indiscretas le pusieran al cabo de algunos detalles relativos á la vida doméstica de ambos, se apresuró á prevenirlo en favor suyo y de Alfieri, rogándole que no alterase la leyenda; y para mantener vivo su entusiasmo de poeta, le remitió por conducto de Favre, su secretario particular en aquella circunstancia, gran copia de apuntes entresacados de la todavía inédita *Vita di Vittorio Alfieri, scritta da esso*, especialmente de aquellos pasajes en que el Dante piemontés glorificaba á su régia Beatriz. Chateaubriand se dejó sorprender, y habló en efecto como se había propuesto en un principio, pero poetizando aún más todavía la leyenda.

Por lo demas, la sociedad de aquella época no necesitaba de semejantes esfuerzos para consagrar los amores de la princesa y de Alfieri: unos, los creían casados en secreto; otros, indiferentes á las leyes de la moral, se daban por satisfechos al ver, en medio de la relajacion de las costumbres de aquel tiempo, una tan larga y fiel union. Mme. de Stael llamó á la condesa en una nota de su *Corina* «la respetable amiga de Alfieri»; y esta calificacion ú

(1) Nada más conmovedor tampoco que los epitafios compuestos por Alfieri para su sepulcro y el de la condesa; y que, grabados en un díptico de mármol, pasaron á ser propiedad de Favre, siendo despues legados por éste á la Biblioteca de Montpellier. Dicen así:

Quiescit hic tandem
Victorius Alferius Astensis
Musarum ardentissimus cultor
Veritati tantummodo obnoxius
Dominantibus idcirco viris
Peræque ac inservientibus omnibus
Juvisus merito
Multitudine
Eo quod nulla unquam gesserit
Publica negotia
Ignotus
Optimis perpaucis acceptus
Nemini
Nisi portasse sibimet ipsi
Despectus
Vixit annos... menses... dies...



El de la condesa es como sigue:

Obiit... die... mensis...
Anno Domini MDCCC...

Hic sita est
Aloysia è Stolbergis
Albania comitissa
Genere forma moribus
Incomparabili animi candore
Præclarissima
A Victorio Alferio
Juxta quem sarcophago uno
Tumulata est
Annorum... spatio
Ultra res omnes dilecta
Et quasi mortale nomen
Ab ipso constantes habita
Et observata
Vixit annos... menses... dies...
In Harmonia Montibus nata
Obiit... die... mensis...
Anno Domini MDCCC...

otras parecidas, se creyese ó no en la legitimidad de los vínculos que los unian, fueron, á principios del siglo actual, las fórmulas consagradas por cuantos se ocupaban en aquellas misteriosas relaciones.

Como se ve, todo parece contribuir al buen éxito de la obra cimentada por Alfieri. El monumento levantado á su orgullosa pasion se inaugura, por decirlo así, con el beneplácito de sus contemporáneos y el concurso de testigos famosos. ¿Quién restablecerá la verdad? ¿Quién dará una conclusion moral á esta historia? La misma persona que decía no ha mucho: «No puedo vivir, deseo la muerte, el mundo es un horrible desierto para mí.» Si ella hubiese muerto el mismo año que su amante, tal vez nunca se hubiera descubierto la verdad, velada por las ambiciosas frases de Alfieri, y faltaría á nuestra historia la última parte para completarla é imprimirle un carácter tan regular, tan dramático, tan instructivo como el que tiene. El castigo de Alfieri consiste, y ya es tiempo de manifestarlo, en el mentís dado á sus orgullosas pretensiones por la misma persona á quien, á pesar de sus faltas, puso en un altar é incensó cual si fuera una divinidad, menospreciando las leyes del destino humano y atribuyéndose presuntuosamente una imposible felicidad. ¿Qué será, pues, ahora, de aquella glorificacion? ¿Qué de su famoso monumento, erigido al amor culpable con tan vanidosa complacencia y saludado por tan entusiastas aclamaciones? ¿Cómo será posible creer en la paz, en la tranquilidad, en la beatitud, permítase la palabra, de aquellos amores, cuando veamos á la inconsolable amiga de Alfieri darle un sucesor apenas muere?

M. JUDERÍAS BENDER.

(Concluirá.)

UNA INTENTONA IGNORADA CONTRA GIBRALTAR.

I.

Es ya general en España el convencimiento de que D. Manuel Godoy, el célebre valido de Carlos IV, trató de justificar su elevacion, tan infundada como rápida, con una conducta, si no hábil, patriótica al ménos, y leal para con sus obcecados protectores. La publicacion de sus Memorias y, despues, el juicio de sus actos, haciéndose imparcial á medida del tiempo, han venido á demostrar la pasion con que sus detractores le acusaron ante la opinion pública, exacerbada por la decadencia, cada dia más visible, de nuestra patria.

No era hábil; ni como militar, porque le faltaban instruccion y experiencia, ni como hombre de Esta-

do, debiendo figurar en la categoría de los que ahora se ha dado en llamar *hombres listos*, único fruto que produce, hace mucho tiempo, nuestro desgraciado país.

Esa cualidad le arrastró á lo que á tantos en España, á la política personal; creyéndola, quizás de muy buena fe, compatible con la nacional para cuyo ejercicio se le llamaba al poder, y con la real, sobre todo, que sus favorecedores consideraban no poderse encomendar á manos más hábiles. La adulacion, creando en él la soberbia que llegó á caracterizarle, le indujo más tarde á suponer que en su persona se apoyaba la máquina toda del gobierno de España, y que sólo en él existian fuerzas bastantes para impulsarla y los resortes que debian moderarlas segun las cada dia más difíciles circunstancias en que iba con su impericia comprometiendo á la Nacion.

Y, hay que reconocerlo, la comprometía en razon de la violencia del estímulo que le agujoneaba para ir justificando los favores crecientes de que era objeto, empujándole por el camino peligrosísimo de las aventuras, hácia el que es tan fácil atraer á los españoles, siempre anhelantes de la gloria que, afortunadas ó tristes, proporcionan.

La guerra es uno de esos caminos; y la llamada de la República y la de Portugal demuestran cuán fácilmente se engolfaba en él, á pesar de las dificultades que siempre ofrece y contra los consejos que recibió, los más fundados y sanos. Las alianzas dirigían á otro, que tomaba con una precipitacion y una veleidad rayando en demencia; y los tratados que celebró con la Francia, á la vez que torpeza, y de las más insignes, revelan cómo buscaba el acrecentamiento de su fortuna, procurando ligarla á los intereses de los que con sus hazañosas empresas parecían deber aspirar á la mayor influencia en Europa.

Siempre manifestó aborrecimiento á los ingleses, despues, sobre todo, de la infructuosa empresa de Tolon; y en ese odio, como en el deseo de hacerse popular vengando uno de los ultrajes más crueles que nos han inferido, aun siendo tantos y tan bochornosos, hay que buscar la razon del, para Godoy, brillante y serio proyecto á que se refiere el presente escrito.

Él nos demostrará, así como una candidez en todo hombre de Estado inconcebible, el celo patriótico del célebre valido y sus aspiraciones á con grandes golpes de fortuna hacer olvidar lo irregular de su elevacion.

II.

Era el año de 1804, y reciente el insulto de haber apresado los ingleses cuatro de nuestras fragatas que, confiando en la paz, navegaban en demanda de la Península, ardía en los españoles el anhelo de

vengarlo de una manera tan ejecutiva como gloriosa.

No poca culpa tenía nuestro Gobierno en aquella bárbara hazaña de los insulares, porque en observancia del tratado de San Ildefonso, compraba todavía con subsidios cuantiosos lo que, proporcionándolos, llamaba neutralidad en la anterior contienda de Inglaterra con Francia. Y aun cuando la paz de Amiens se había interrumpido con actos de piratería perfectamente iguales al del cabo de Santa María, habiendo llegado hasta el de 1.200 el número de los buques franceses ó bátavos apresados por la marina inglesa, los españoles, sin recordar el pecado de su alianza con la Revolución, navegaban confiadamente cargados de los fondos mismos que se le destinaban. ¿Por dónde habían de esperar de los ingleses conducta más regular y justificada que la que observaban éstos con una nación á cuyo frente se hallaba el vencedor de Marengo?

Iba á coronarse Bonaparte en aquel inmenso campamento de Boulogne, que, de escuela militar, había pasado á ser base de un establecimiento marítimo destinado á arrojar sobre la costa opuesta de Inglaterra una expedición capaz de resultados más grandiosos aún que los obtenidos por el primero de los Césares al romper las tinieblas en que yacía envuelta aquella isla, tan influyente después en los destinos del mundo.

La gloria ya adquirida por sus armas; la no menor que su administración comenzaba á proporcionarle, y el influjo de su política en el continente, donde intervenía ya con una autoridad que se iba haciendo incontrastable, parecían acusar al gobierno inglés de temeridad é imprevisión. ¿Cuál no sería, sin embargo, el temor que abrigase por el crecimiento futuro del coloso para decidirse á romper con él en tales circunstancias, atropellando la opinión general, favorable sin disputa á la paz, y á la vista de los armamentos formidables con que tan de cerca se le amenazaba!

Y no sólo arrojó el guante á la Francia, sino que á sus aliados también y á los amigos tibios ó enemigos embozados, que de todo había en aquellos días por Europa para la Gran Bretaña.

Se iba á jugar el todo por el todo, á ser ó no ser, decidiéndose Europa por la preponderancia francesa, que era la de la fuerza terrestre, inmediata, despótica, ó por la tiranía de los mares, brutal también, monopolizadora y bochornosa del mismo modo.

Había que elegir entre una y otra para devolver la paz al mundo, tantos años hacía conturbado por aquella lucha colosal, sin semejante en los tiempos modernos.

Al Norte afectaba más el predominio francés, porque todavía no miraban al mar sus grandes po-

tencias; al Mediodía el británico, como eminentemente coloniales las que allí asientan. Formóse así la tercera coalición contra la Francia; y si Godoy se hubiera inspirado en ideas verdaderamente prácticas, habría hecho que España entrara en ella, á pesar de la vecindad de la Francia y de los ultrajes del gobierno inglés, como dos años más tarde lo intentaba, á pesar de Austerlitz y de Trafalgar, y, otros dos después, lo hacía la nación rompiendo con todos los intereses personales y con todos los equilibrios políticos.

Pero en 1804 prevalecían unos y otros; y España, vendados los ojos por el interés ó el miedo de Godoy, ó ciega por la pasión al sentir el azote del 5 de Octubre, hubiera dado por vengarlo hasta su existencia política.

La opinión se manifestó en eso unánime contra los provocadores, y Godoy, creyendo poderla satisfacer con un golpe que, de obtener éxito, le haría el ídolo de la nación, se dispuso á darle lo más rudo que le fuera posible.

¿Cómo?

Se tomarían medidas severísimas contra las propiedades de los ingleses que se hallaran al alcance de nuestro Gobierno; se apelaría al corso para el apresamiento de los buques británicos mercantes ó de guerra allí donde se les descubriera; y, al retirar de Londres la legación española, se darían á luz un *Manifiesto* y una *Proclama* á la nación y al ejército, en que, al poner en su conocimiento los actos de piratería salvaje á que se había entregado la Gran Bretaña, se la declarase la guerra sin descanso ni tregua.

Publicáronse, con efecto, el Manifiesto y la Proclama el 12 y el 20 de Diciembre, causando, como era natural, en España extraordinaria indignación contra Inglaterra y manifiesto entusiasmo para que no fuese aquella estéril, y en la Europa toda continental el convencimiento de que era imposible la paz mediando las ambiciones, á cual más desenfrenadas, de la vieja Albion y la Francia revolucionaria.

Antes, sin embargo, de la publicación de aquellos importantes documentos de la cancillería española, salió del estado mayor del Generalísimo un despacho, hasta ahora desconocido, como todos los que vamos á estampar en el presente escrito, guardados cuidadosamente en el archivo interesantísimo del duque de Bailén. Su fecha, posterior en sólo un mes y tres días á la de la captura de nuestras fragatas, y su objeto bien popular desde la época de otra catástrofe anterior en un siglo, inolvidable para los españoles, revelan el ardor con que Godoy se propuso vengar una y otra ruidosa y satisfactoriamente.

Dice así el despacho:

«Excmo. Sr.: El insulto que hemos recibido de los

»ingleses por la presa de las fragatas, de que se dió
 »aviso á V. E. en el último correo, exige una de-
 »terminacion que nos proporcione el justo desagra-
 »vio.—Las actuales circunstancias de Gibraltar pa-
 »rece que nos ofrecen el medio de lograrle: una
 »tentativa de sorpresa gloriosa nos hará, tal vez,
 »dueños de aquella plaza, empleando para ello
 »hombres desalmados del presidio de Ceuta, dirigi-
 »dos por oficiales de conocido espíritu y arrogan-
 »cia, ofreciéndoles á unos y otros la libertad y pre-
 »mios conducentes; y para que V. E. disponga con
 »la mayor brevedad esta empresa, siguiendo las
 »ideas más oportunas que le sugiera su experiencia
 »militar y los conocimientos que tiene de los puntos
 »débiles de esas fortalezas, he dado mis instruccio-
 »nes al coronel D. Joaquin Navarro, que lleva ésta
 »con el encargo de tratar el asunto con V. E., á fin de
 »llevarlo á debido efecto; en la inteligencia que de
 »estas mis disposiciones sólo son sabedores los jefes
 »de estado mayor de artillería é ingenieros y el da-
 »dor de ésta, pues conviniendo sobremanera el sigi-
 »lo y disimulo, hago esta advertencia para que se
 »conduzca V. E. de modo que ni por la menor cosa
 »pueda sospecharse tiene V. E. entre manos nego-
 »cio tan importante.—Espero, pues, del talento y
 »pericia militar de V. E. que se desempeñará
 »esta accion de suerte que, sin exponer á un com-
 »promiso las armas del Rey, se dé un golpe glorioso
 »para la nacion, para V. E. y para mí, que confio en
 »el buen éxito, poniendo esta empresa al cuidado y
 »disposicion de V. E., cuya vida guarde Dios mu-
 »chos años.—Madrid 8 de Noviembre de 1804.—El
 »Príncipe de la Paz.—Excmo. Sr. D. Francisco Ja-
 »vier Castaños.»

Hé aquí de manifiesto el grandioso plan con que el favorito de Carlos IV se proponía vengar el acto pirático de que se valieron los ingleses para provocar la guerra en España, igual, segun ya hemos dicho, á los varios con que un año ántes habían hecho se rompiese el tratado de Amiens.

En un papel aparte, pero adjunto al despacho dirigido á Castaños, pues que tiene las mismas marcas de fábrica y letra igual, se lee en forma de «Apuntaciones,» lo siguiente: «En Cádiz hay arma-
 »dos tres navíos de guerra; uno idem armado en
 »urca y dos fragatas y una urca.—En Cartagena
 »una urca.—Barbastro está en Archidona; su fuer-
 »za novecientos once hombres; es buen cuerpo.—
 »Barbastro irá al Campo con pretexto del cor-
 »don.—Castaños debe estar prevenido para obrar
 »con su tropa, luégo que cuatrocientos desterrados
 »de Ceuta, ó los posibles hasta cuatro mil que hay,
 »sorprendan la ciudad de Gibraltar, cuya guarnicion
 »será de tres mil hombres; ofreciendo á los presidia-
 »rios lo que hay en la plaza que no sea militar, y
 »además su libertad, irán á la empresa sin resisten-

»cia: este golpe, si no sale cual se desea, no nos
 »compromete, pues no obra la milicia, y nos libra-
 »mos de ese número de vagos.»

Ese papel no resiste á exámen de ningun género, y sobrarían los comentarios si nos decidiéramos á comunicarlos á nuestros lectores.

Debió hacérselos Godoy, porque el 26 del mismo mes de Noviembre aparece un poco variado el proyecto en una comunicacion dirigida á Castaños por D. Antonio Samper y D. José Navarro, del estado mayor del Generalísimo. Ya es un paisano, D. Domingo Soriano, quien, acompañado del sargento de Minadores D. Juan Ruiz, va al Campo á comunicar á Castaños su plan de operaciones para el recobro de Gibraltar.

Se reunirán en la plaza más de 700 hombres re-sueltos, que se apoderarán de los cuarteles, y, bajando despues el puente levadizo y abriendo los rastillos del camino cubierto, abrirán paso á las tropas que deberán apostarse en la inmediacion. «Y si V. E.,
 »dice la comunicacion, hallase conveniente servirse
 »de los desterrados de Ceuta para que tomen la
 »vanguardia, podrá mandar que se reunan en el nú-
 »mero conveniente.»

A Soriano se le ofreció el premio que pidiese, si su plan se realizaba y obtenía el éxito que de él parecia esperar el Generalísimo.

Tenemos, pues, ya por medio un proyectista, en quien habrá que ver muy luégo un petardista del peor género.

III.

Y aquí comienza á aparecer en la correspondencia que vamos examinando la accion del general Castaños; accion, como de él, tan cauta y recelosa que no se deja en ella ni áun traslucir el concepto que le merecía Soriano, ni el valor que pudiera dar á sus proyectos. En comunicacion de 6 de Diciembre, cuya minuta, autógrafa como todas las de este expediente, tenemos tambien á la vista, dice el general Castaños que «Soriano manifiesta cada dia
 »más confianza en el éxito de su proyecto, y que,
 »aunque por razon de no abrirse la comunicacion
 »de la plaza con su puerto no se ha perdido tiempo,
 »tal vez hubiera ocasionado mucha alteracion en las
 »disposiciones el atraso de Barbastro, detenido en
 »Marbella» por falta de caudales para la marcha.

Había fondos en Algeciras, pero el ministro de Hacienda había prohibido su empleo, áun sabiendo que otro batallon, el de Gerona, vivía de prestado en las tiendas de San Roque. ¡Achaque muy antiguo, ciertamente, en España, donde ha sido rara la ocasion, solemne y todo, en que la falta de dinero no haya entorpecido la accion que se meditaba, si era necesario para ella!

Pero con representar esa necesidad y con refe-

rirse á las comunicaciones que á la vez se cruzaban entre Godoy y su emisario Navarro, Castaños salía, sin duda, del aprieto en que le ponían las promesas de Soriano y la confianza que en ellas depositaba el Generalísimo.

Es de sentir sobremanera la falta de la correspondencia de Navarro, porque en ella aparecerían, sin duda, los fundamentos del plan de Soriano y las disposiciones todas de Godoy para secundarlo. Castaños, ya lo hemos dicho, se muestra muy receloso desde sus primeras comunicaciones; y para que se vea cómo se propuso conllevar la responsabilidad que podría haberle en la ejecución de plan tan dudoso en cuanto á sus resultados, allá va su despacho de 20 de Diciembre, espejo fiel de sus sospechas y de su cuidado á la vez para que no pudiera achacársele el fracaso que temía.

Dice así: «Llegó el mariscal de campo Reding con su primer batallón ántes del tiempo en que le aguardaba, habiendo hecho la marcha con mucha celeridad: Tarragona estará mañana en San Roque: si el viento Sudoeste, que reina hoy con mucha fuerza, calma algo, podemos aguardar las cuatro lanchas cañoneras y los efectos pedidos al departamento de la isla: salieron de Gibraltar los dos corsarios que han de conducir los brulotes, y todo cuanto ha pedido Soriano estará pronto para el día 24, en que se asegura se abrirá la comunicación de la plaza, cuya circunstancia se ha considerado siempre como indispensable para la ejecución del proyecto en el que se afirma Soriano, pero sin que hasta ahora haya podido conseguirse verificase mi entrevista con el personaje ni manifestado quién sea, pues sólo entónces se desvanecerán las dudas que pueda infundir la combinación que dice asegura el éxito del plan, al que nada, dice Soriano, perjudica la llegada del nuevo gobernador el general Fox, que desembarcó anteayer, ni el convoy en el que me avisan de Gibraltar vienen 500 artilleros y dos regimientos, que si están al completo, como es regular, debe constarse sobre 600 hombres cada uno. Esta tropa no ha desembarcado aún, y creo la colocan en Punta de Europa; y como nuestro partido en Gibraltar cumpliera sólo con facilitarnos la entrada por Puerta de Tierra, aseguraría á V. E. la posesión de este Peñón, oprobio de la nación, pues aunque en su número serían nuestras tropas tal vez inferiores á las inglesas, estoy tan convencido de la superioridad en espíritu y actividad, que las juzgo batidas en el momento que estemos en disposición de atacarlas. Pronto saldremos de dudas, y ó la impostura ha sido muy grande, ó debemos confiar mucho: entre tanto, no sosiego, y me vanaglorio de que si llega el caso, no desmereceré la confianza que he debido á V. E., cuya vida pido á

»Dios guarde muchos años. Algeciras, 20 de Diciembre de 1804.—Excelentísimo señor Príncipe de la Paz.»

A estas dudas contestaba Soriano con seguridades que hacía llegar directamente á Godoy, quien las trasmitía á Castaños para que «expresase de palabra al mencionado Soriano que no dudaba un momento de su oferta ni que dejara de tener el feliz resultado que deseaba.»

Plan más descabellado no podía, sin embargo, imaginarse. Pensar que en una plaza como Gibraltar, cuyos repetidos asedios desde el día en que cayó en poder de los ingleses revelan el ansia patriótica de todos los gobiernos españoles por recuperarla, se habría de ejercer tan escasa vigilancia que un puñado de aventureros bastara para sujetar á su siempre escogida y nunca débil guarnición, era, con efecto, llevar la credulidad á un punto inconcebible. Pero fiar, además, empresa de tamaña trascendencia á la palabra y á la acción de un hombre oscuro, sin garantía de ninguna clase ni responsabilidad á que contestar el día del fracaso ó el del desengaño, era, no sólo insigne torpeza, sino precipitar el país á una aventura temeraria con casi todas las probabilidades de funesta y de las consecuencias más graves. Porque decir que se fiaba á quienes se hacía el honor de llamar *desterrados* de Ceuta para que no resultasen comprometidas en esa aventura las armas del Rey, es otra candidez de las más inocentes. ¿Quién habría puesto en libertad á esos desterrados? ¿A cuenta de quién obraban armados y en complot tan trascendental?

En 1704, y durante el primer asedio, se puso en principio de ejecución el plan propuesto por un cabrero llamado Simon Susarte que, colocándose en el monte con 500 hombres y ayudado por algunas tropas más de las sitiadoras, quería caer sobre los defensores de la plaza y recuperarla. La energía del príncipe de Armstadt ó la falta de ayuda del general sitiador, pretendiendo dejar el honor de la empresa al mariscal Tessé, ausente todavía, fueron parte al malogro del cabrero.

¿Pensaría Godoy, conociendo este episodio, que había llegado el caso de aprovechar coyuntura semejante?

Pero, aún dando fe, y por entero, á la historieta, ¿podía compararse la situación de Gibraltar en una y otra época, mediando un siglo justo entre ellas?

Ni el estado de las fortificaciones, hallándose cerradas las avenidas al monte con obras de un acceso imposible; ni las condiciones de la guarnición, necesariamente más fuerte cuando no tenían aún asegurada los ingleses la superioridad marítima que ya nadie les disputó desde la fatal jornada de Trafalgar, tenían ni punto de semejanza entre la ocasión, no sabemos hasta qué punto desaprovechada,

del cabrero y la que presentaba Soriano como pro- picia y hasta fácil.

Bien podía decir Castaños que si se le facilitaba la entrada por Puerta de Tierra, aseguraría la posesion de aquella roca, oprobio de la nacion española. El Peñon estaba ya cortado por líneas de obras robustisimas que forman otros tantos reductos para ir prolongando la defensa; y su conquista no era lo fácil que la pintaba el ilustre general, á quien sobraban talento y perspicacia para comprender todos los obstáculos que hallaría; pero bien claro da á conocer tambien en su escrito últimamente copiado que allá en el fondo de su alma se burlaba de la superchería del petardista y de la credulidad del ministro. Veía mucho más remota la ocasion de acreditar su arrogancia que la del desengaño acerca de los proyectos y cábalas del impostor.

A la del 20 de Diciembre sigue otra comunicacion del 24, en que Castaños trasmite una revelacion importante de Soriano. *El gobernador saliente de Gibraltar, M. Trigg, el acabado de relevar por el hermano del célebre orador Fox, era el autor de toda la empresa, «disgustado del modo con que ha sido tratado por el Ministerio y temeroso de los cargos que intentarían hacerle, siendo su primer enemigo el duque de Kent.»*

De modo que, sin la incomunicacion por causa de la peste, y sin los fuertes vientos del Sudoeste que impidieron la llegada de las lanchas y efectos pedidos á la Carraca, Gibraltar hubiera sido nuestro en la Navidad de 1804. ¿Qué había de resistir á la influencia de un gobernador puesto de acuerdo con el jefe de las tropas acantonadas en San Roque?

«Me ha sorprendido, dice Castaños al príncipe de »la Paz, esta declaracion, conociendo el carácter »pacífico é indolente de Trigg, su edad avanzada, y »considerarle con mucho dinero por haber mandado »cuatro años en América; pero Soriano lo dice con »seguridad, y á no ser así, tambien parecía imposi- »ble contar con el plan presentado, en el que las »principales disposiciones dependen en mucha par- »te del que manda.....

¡Ironía más suave ni más elocuente! Parece la de un griego del siglo de Pericles.

»Pero, continúa el despacho, en las noticias que »nos ha comunicado Soriano en estos dias, hallo la »contradiccion de que, segun estas, Trigg se había »fingido enfermo por no entregar el mando, y que »he recibido dos oficios de Fox como estando ya »encargado de él. Encargan de la plaza que se avise »el momento en que lleguen los brulotes y demas »auxilios pedidos á la Marina, para no perder tiem- »po en dar el golpe que consideran como seguro á »pesar de haber llegado Fox; y por lo que pueda »convenir, he noticiado á Soriano que en una carta »del duque de Kent á D. Manuel Viale le anuncia que

»este general trae la órden para remover todos los »empleados por Trigg y variar su sistema, le anun- »cia el mal recibo que tendrá en Inglaterra y la di- »ficultad con que cree responderá á los cargos que »se le harán.»

Y acaba de este modo, altamente característico en el general Castaños, y que cierra por completo tan *habilitosa* comunicacion: «Con tantas confusiones, »dudas y esperanzas, puede V. E. persuadirse la in- »quietud en que estamos y cuán largos parecen los »momentos que difieren el que tenga fin un asunto »de tanta entidad, y en el que es preciso proceder »de modo que nadie llegue á penetrarlo, por las »consecuencias que podrían seguirse, aun en el caso »de haber sido engañados.»

IV.

Con esta comunicacion se cruzaba otra del estado mayor del Príncipe, que principia así: «Considerando »el señor generalísimo príncipe de la Paz que en el »caso de que V. E. se haya apoderado de la plaza »de Gibraltar con las tropas de su mando, segun el »plan premeditado, necesitará V. E. más infantería »para cubrir el servicio ordinario y sostener la po- »sesion de dicha plaza contra cualquier intento del »enemigo, y por si acaso V. E. no ha tenido nuevo »refuerzo además de la tropa de Reding y de Tar- »ragona, que ya llegó á ese destino, segun mani- »fiesta V. E. en oficio de 20 de este mes, decimos »con esta fecha de órden del expresado superior »jefe al comandante general de Andalucía lo si- »guiente.»

Y sin revelar el objeto, con el único *de que se pu- diera defender el territorio* que Castaños tenía bajo su mando *y escarmentar á los enemigos que intenta- sen invadirlo*, se mandaba pasasen *luego, luego*, á San Roque 2.000 hombres de infantería.

De modo que para Godoy era tan seguro el plan de Soriano, que ya podía darse por ocupada Gibral- tar, y era necesario atender á su defensa contra los enemigos que, de seguro, tratarían de recuperarla.

Tal debió ser despues el rubor del desengaño, que el hombre que se detiene tanto en recordar sus actos á la posteridad en las Memorias que dió á luz en 1839, no hace á éste ni la más embozada alu- sion. Por el contrario, como si tratase de desorien- tar á las gentes, con el objeto, sin duda, de no per- mitirlas se detengan á investigar cuáles serían las medidas que, al conocer la catástrofe de las fraga- tas, tomó para vengarlas, dice así en el capítulo XXI:

«Cuerdo y prudente aún más de lo que es dable »tales circunstancias, nuestro Gobierno aparentó »por muchos dias no saber la ignoble hazaña que »estaba cometida, y todo el mes de Octubre se si- »guieron las conferencias, aguardando con flema »propia nuestra que el ministro Frere se expli-

»case él mismo sobre tal conducta. D. Pedro Ceballos le dirigió su postrer nota en 3 de Noviembre, »y esta nota, que ofrecía seguridades al gobierno »inglés cuanto era compatible con el honor de la »corona, se quedó sin respuesta, partiendo luégo »M. Frere atropelladamente. Nuestra declaracion »de guerra se tardó otro mes más, y las explicaciones no vinieron. Disimuló el Gobierno tanto tiempo »y difirió su rompimiento por dos meses, esperando »que la Inglaterra viese en esto nuestros deseos de »paz y la perfecta independencia en que se hallaba »el Gabinete. Desde el primer instante de saberse »la agresion inglesa, nos prometió la Francia su »asistencia: los ingleses lo sabían bien. La prueba »que les dimos de espera y de cordura les debió »hacer tomar mejor acuerdo; mas Pitt quería la »guerra.»

¿Cómo el que tanta memoria ha revelado al descubrir, por ejemplo, las negociaciones en que andaba con D. Domingo Badía, el célebre viajero Alí-Bey; para la conquista de Marruecos, memoria que alcanza á la conferencia con Carlos IV al rechazar éste un proyecto que repugnaba á su honradez; ¿cómo, repetimos, olvida plan tan alto y patriótico cual el de arrebatar á los ingleses la preciada roca por cuya conservacion han hecho y siguen haciendo tantos sacrificios?

No debe, pues, atribuirse á olvido el silencio de Godoy en este punto, sino que, viendo que ninguno de sus detractores se lo había tomado en cuenta, y que en el secuestro de sus papeles no fué encontrado, sin duda, ninguno que á él se refiriese, no tuvo, como al descifrarse los referentes á Marruecos, necesidad de sincerarse de los cargos que se le pudieran hacer. Y no por falta de patriotismo, que ya hemos dicho y está probado que no carecía de él, sino por exceso de candidez, de que está visto también adolecía por aquella época, suponiendo nada ménos que fácil la reconquista de Gibraltar y la anexion del vasto imperio marroquí, á cuya capital consideraba llegarían en muy pocas jornadas nuestras tropas mediante las muchas y calurosas inteligencias establecidas en él por el viajero pseudo-abasida.

Si faltara todavía una prueba del estado en que debía hallarse la cabeza del valido, no tendríamos sino remontarnos un año más en la relacion de sus procedimientos políticos, y hallaríamos aquella fatal proclama de 6 de Octubre, en que se atrevió, aunque sin valor y sin arrogancia por la ocasion y el misterio, á arrojar al rostro de Napoleon un guante que no tardaría éste en demostrar lo había recogido con la misma intencion aviesa que la de su torpe provocador.

De manera que, equivocando la mala fe con la habilidad, así creía Godoy engañar á la Gran Bretaña

con apariencias de una prudencia extremada para arrancarle Gibraltar, como al que todos los dias llamaba su magnánimo protector provocaba en el momento de verle á las manos con los discípulos de Federico, única esperanza entónces de la Europa anti-revolucionaria.

Nuestro hombre andaba de Pitt y Adington á Bonaparte, cual si no fuera como andar de Scilla á Caribdis en las angosturas de la política, en vez de mantenerse en el puerto de una neutralidad sincera ó lanzarse al mar abierto, áun cuando proceloso, de las alianzas. Ha dicho hasta la saciedad el secretario florentino que los débiles no deben permanecer neutrales, por quedar despues á merced del vencedor, enojado con ellos por no haberle seguido en la contienda.

En pago de su torpeza, recibía el Gobierno de Godoy, pues sería hipócrita llamarlo de Carlos IV ni de la nacion española, el ultraje del apresamiento de las fragatas, al que él contestaba con la intentona, que estamos describiendo, contra Gibraltar.

Cuando ya la consideraba realizada, los recursos marítimos que pedía Soriano se hallaban todavía en Sancti Petri detenidos por la tenaz resistencia de los vientos del S. O., lo cual servía al petardista para continuar explotando la credulidad de los que le escuchaban. Sólo Castaños parecía receloso, esperando la accion que debería emprenderse en cuanto llegaran las lanchas de la isla gaditana, ó la manifestacion del desengaño, pues, como decía en oficio del 31 de Diciembre, «tenemos datos para »todo, no siendo pequeño para desconfiar la declaracion que me hizo (Soriano) de ser Trigg el autor, »y que, para ejecutarlo (el proyecto), no entregaría »el mando hasta el dia 1.º de Enero, y se verificó »su embarco y salida para Inglaterra el dia 27, y »como tampoco hasta ahora se ha tratado con más »que con Soriano, debemos estar atenedos á lo que »diga.»

La insistencia de Castaños en sus despachos sobre la conducta atribuida á Trigg, y la incomunicacion en que Soriano le tenía para con los demas conspiradores de dentro del Peñon, era, como todos comprenderán y ya hemos hecho observar, fundadísima. Se conoce que á Soriano debía de apremiársele con observaciones pertinentes á ese punto, porque no hacía más que ir y venir á la Línea á conferenciar con sus amigos, para así, sin duda, entretenir la impaciencia de Navarro y, sobre todo, de Castaños, quien en esa misma comunicacion del 31 continuaba diciendo: «Hoy ha ido á la Línea por aviso »que ha tenido de sus parciales, que dice están impacientes y resueltos á dar el golpe sin los auxilios que se aguardan si no hubiesen llegado en »todo el dia de mañana. Si volviese Soriano, añadí, de su conferencia á tiempo que pueda despa-

»char un alcance al correo, avisaré á V. E. lo que
 »se haya acordado, estando asegurado de que por
 »nuestra parte no habrá atraso ni omision, y que,
 »aunque en todo se procederá con precaucion, no
 »debe ser ésta tanta que siempre que las aparien-
 »cias sean fundadas deje de darse algo á la suerte,
 »que no podrá sernos adversa cuando V. E. es quien
 »dirige esta empresa.»

Y con efecto, como diría un escritor humorístico, el 6 de Enero volvía á escribir Castaños al príncipe de la Paz, no para comunicarle la tan anhelada y fausta noticia de la toma de Gibraltar, sino para inspirarle nuevas esperanzas que el tiempo iría un dia tras otro amortiguando, y las intrigas de Soriano avivando alternativamente. «Había resuelto no escribir á V. E. hasta estar desengañado ó en posesion de Gibraltar, así comienza Castaños su oficio del 6 de Enero del nuevo año de 1805; pero el tiempo ha mejorado y las nuevas seguridades de Soriano me hacen ya consentir en que llega esta época tan deseada: mañana está arreglado debo tener por la noche mi conferencia fuera de la Línea con los sujetos que dicen son cabezas de la conspiracion; se acordará el dia definitivo para dar el golpe, y aunque se había dispuesto ya ejecutarlo sin el importante auxilio de los brulotes y las armas que vienen de Cádiz, ha cesado el furioso y obstinado temporal, por lo que debemos confiar que se verificará el plan completamente.»

V.

Pero ¿qué órdenes habrían llegado entre tanto al campo de San Roque para que su comandante general en una comunicacion, sin fecha en la minuta, pero señalando la del 6 como futura, se opusiera á que se arrojasen á Gibraltar algunas bombas que, al parecer, se creía conveniente regalar á sus habitantes? «Doy parte á V. E., decía, de mi dictámen sobre no parecerme útil ni prudente el tirar sólo algunas bombas á Gibraltar, y además de las razones que expongo, entra tambien la de que hasta verificar el golpe ó desengañarnos no conviene alborotar inútilmente á la guarnicion, siendo tal vez muy oportuna la tranquilidad y confianza en que estamos por parte de tierra para adquirir noticias y poder tener más facilidad para comunicar con los jefes de nuestro partido en la plaza; y sólo desearía que el apostadero estuviese en disposicion de incomodar á cualquier convoy que en lo sucesivamente se presente, pues en cuanto al de la expedicion ya hace dias que no se ve y lo considero muy próximo á su destino.»

¿Quién daría la orden de tal bombardeo? Parece imposible que se creyera útil para el objeto á que se aspiraba un acto que de seguro produciría en

Gibraltar la alarma consiguiente y, con ella, vigilancia, rigor y represalias que inutilizarían la accion de los partidarios de España dentro de la plaza. No sólo tenía razon Castaños al expresarse como acabamos de recordar, sino que se hace hasta increíble el procedimiento que se le mandaba poner en ejecucion. ¿Sería quizás que, habiendo comenzado las negociaciones entre D. Eugenio Izquierdo y Napoleon para dar á Godoy una posicion algo más desahogada que la á que se había encumbrado, algun principado independiente, un cetro ó cosa parecida, querría mostrarse impaciente por el servicio de su nuevo patrono al punto de malograr plan tan maduro ya en su mente y tan próximo á su realizacion como el de su estratagema contra Gibraltar?

Se ignora cuándo tuvieron nacimiento esas aspiraciones; pero si Napoleon dejó deslizar, por los dias á que nos vamos refiriendo, la idea de *proteger á Godoy contra sus enemigos interiores y exteriores si él mostraba energía y celo en favor de la Francia*, algunos pasos habría dado anteriormente Izquierdo en la corte imperial para que se adelantaran ofrecimientos tan significativos y halagüeños. Eran éstos para alucinar una ambicion aún más reservada y cauta que la del poco sagaz valido; y no debe extrañarse que para mantener el calor de tanta proteccion en el ánimo del Emperador, y anhelante por darle muestras de su adhesion, más prontas y quizás más ruidosas que la union marítima ya activa entre las dos naciones, quisiera probarle con un bombardeo prematuro á Gibraltar su entusiasmo por la alianza francesa. Pondrían las bombas de manifiesto su proyecto de reconquista del tan codiciado promontorio; mas iniciados los ménos problemáticos de su grandeza personal, ¿qué le importaban los que, por muy obcecado que estuviera, debía suponer, si no fracasados del todo, á punto de producir uno más de tantos y tantos desengaños como su impericia le iba proporcionando?

Y el de la reconquista de Gibraltar estaba tan próximo, que á una comunicacion de Castaños manifestando cuál *menudeaban los datos que pudieran hacer sospechar que Soriano había prometido con ligereza*, sigue en la correspondencia que vamos examinando un oficio del coronel Orell desde San Roque en que, con fecha del 6 de Marzo, se le decía lo siguiente: «Excmo. Sr.: Queda asegurado Domingo Soriano en un cuarto de mi casa, en cumplimiento de cuanto V. E. me tiene prevenido, habiendo procedido al inventario á presencia de dos oficiales del real Cuerpo de artillería: su ausencia del pueblo está considerada como fuga, cuya voz se ha esparcido: he dado principio á las declaraciones, que pasaré á V. E. evacuadas que sean.—Espero me dispense V. E. las órdenes de su agrado.—

»Dios, etc...» «Excmo. Sr. D. Xavier de Castaños, capitán general de este Campo.»

Ya tenemos aquí descubierto al petardista, y por si nuestros lectores, ignorantes de su procedencia y del fruto que pudo sacar de tantos y tan dilatados enredos, desea satisfacer la que, en efecto, debe constituir su primera curiosidad, pues la del desengaño de sus procederres podía tenerla satisfecha muy de antemano, allá va trascrita la orden de 30 de Abril de 1805, en que los oficiales del estado mayor del Generalísimo descorren el velo de tanta maldad y trapaceria por un lado, y de tanta y tan lamentable ligereza por el otro.

Dice así: «Reservada.—Excmo. Sr.—El señor generalísimo, príncipe de la Paz, en vista de la falsedad de los procedimientos de Domingo Soriano, abuso que ha hecho de la libertad y auxilios que de buena fe se le franquearon, y lo demás que contra él resulta justificado en la sumaria información que V. E. remitió con fecha de 8 de este mes, así y por lo que corresponde al principal asunto que la ha motivado como por su acreditada mala conducta anterior, ha tenido á bien resolver por efecto de benignidad que al expresado Domingo Soriano se destine por el tiempo de ocho años al presidio de Ceuta, manteniéndole allí en reclusion y sin comunicación mientras dure la actual guerra, y que todo se verifique con el prudente secreto que exige el caso.—También ha resuelto dicho superior jefe que se beneficien las prendas inventariadas propias de Soriano, exceptuando las precisas para su uso, y que del producto de ellas y demás dinero en efectivo que se le encontró al tiempo de su prisión se satisfagan nueve mil setecientos cincuenta reales de vellón suministrados para el viaje y subsistencia de la supuesta mujer legítima, las deudas que V. E. conceptúe justo pagar y los gastos que han ocasionado las diligencias practicadas, quedando á favor de la real hacienda la cantidad que resulte sobrante, deducidas aquellas partidas. Lo manifestamos á V. E. de orden del señor generalísimo para el debido cumplimiento, incluyendo la adjunta carta para el gobernador de la plaza de Ceuta, en que se le dice el destino de Soriano, á fin de que V. E. se la dirija cuando lo tenga por conveniente.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Madrid 30 de Abril de 1805.—Excmo. Sr.—Antonio Samper.—Josef Navarro.—Excmo. Sr. D. Francisco Xavier de Castaños.»

Resulta de esta orden que Soriano había salido de las prisiones, *del destierro*, usando de frases anteriores del príncipe de la Paz, para su grande empresa. Si sabía historia, cómo se mofaría de los que, al enviarle á Algeciras, recordaran quizás nombres que un rubor patriótico nos impide trasladar al papel! Que era de acreditada mala conducta an-

terior, aparece también, y no en son de reproche á los que, aun así, creían sacar fruto de las promesas de tal canalla; y consta del mismo modo que, no sólo se le facilitaban sumas considerables para el desempeño de su comisión, sino que se proporcionaban también, y no escasas, para que no careciese de la dulce compañía de una miserable concubina.

No hay, pues, por dónde mirar tal proyecto sin que no nos abochorne como hombres y sin que lastime nuestro patriotismo como españoles. Cuando, al relatarlo, traemos á la memoria aquella noble y hábil y honrosa estratagema que nuestros generales de Flandes emplearon en la conquista de Amiens, valiéndose del celo de un Portacarrero y del valiente y astuto sargento que supo ganarse en ella el tan celebrado título de *Capitan de las nueces*, no puede uno ménos de lastimarse de la inferioridad de nuestros modernos proyectistas. ¿Por qué, después, arrojar un borron tan oscuro como merecido sobre los medios usados por los franceses al apoderarse de las ciudadelas de Pamplona, Figueras y Barcelona en 1808? Que ni los medios deben rechazarse, se nos dirá, ni mirarse los antecedentes de los agentes de que valerse puedan los que tales empresas acometen, y ménos después de ultrajes tan crueles y villanos como el de las fragatas. Hay que rechazar esos medios cuando hayan de merecer, como en los casos acabados de citar, una reprobación universal; y conviene mirar á quiénes se fían, porque de un hombre indigno y estigmatizado por las leyes no puede esperarse ni acción magnánima ni el que le ayude nadie más que para, al explotarlo á él, explotar la credulidad y la ineptitud de quienes en él confían y esperan.

Eso es precisamente lo que constituye la gloria ó el deshonor de una empresa. Los medios pueden olvidarse al recuerdo del éxito; pero ante la desgracia salen á luz todos los errores que un exámen frío y sutil ha debido desechar al poner en la balanza de las probabilidades las necesarias para atraer la fortuna. De un presidiario con los antecedentes de Soriano y con las exigencias que revelan los favores y la consideración de que fué objeto, no debía esperarse otro resultado que el obtenido. Y si á eso se añade cuán sobre aviso debieron poner á Godoy las comunicaciones del general Castaños, nadie habrá que á la de poco digna no agregue, en la conducta del Generalísimo, la calificación de tosca y torpe. No eran terminantes las muestras de desconfianza comunicadas por Castaños; mas cómo darlas, sin la seguridad de poderlas probar, á un hombre enamorado del proyecto del petardista y ahogado por la alucinación de pensamiento tan patriótico y grandioso? Hubiera el comandante general del Campo de San Roque delatado paladinamente á Soriano; hubiera impedido el ridículo que

entonces ó ahora pudiera arrojarse sobre quien apadrinaba proyectos tan descabellados; y, al estorbarlos, como quedaban sin intentarse, y por lo tanto sin realizarse, habría experimentado Castaños toda la ira, la vergüenza y el despecho del omnipotente privado. Castaños era muy hábil para caer en tentación tan funesta para su suerte, y harto hizo con advertir, aunque cautelosamente, de las contradicciones que hallaba entre las palabras y los actos de Soriano con la historia, las condiciones y posición de los que hacía pasar por cómplices suyos en Gibraltar.

La presa era para codiciada; y podíase, por ella, hacer cualquier sacrificio de dinero, de sangre y hasta de punto de honor; pero ¡cuánto mejor camino no era el que ensayaba Izquierdo en París con el lord Yarmouth al proponerle la alianza de España mediante la devolución de las fragatas y la de la isla de Trinidad y de Gibraltar! El diplomático inglés pareció escandalizarse; la Inglaterra, sin embargo, estaba muy impresionada con el armamento de Boulogne y la influencia cada día más grande que ejercía Bonaparte en Europa, y si no todo, porque era mucho, no hubiera dejado de hacer alguna gran concesión por formar una coalición poderosa y acaso decisiva. En ocasión semejante, ¿no la había hecho Jorge I en 1739?

JOSÉ GÓMEZ DE ARTECHE.

(Concluirá.)

BENITO ESPINOSA.

NOVELA.

XVII. *

AMOR Y MUERTE.

Cecilia oraba en la habitación inmediata. Espinosa estaba sentado al lado de Olimpia; los dos amantes soñaban, y sus miradas cambiaban pensamientos profundos.

—Cuando me elevo así á los superiores goces del alma,—dijo Olimpia,—sólo aspiro á la voluptuosidad de la muerte.

También yo,—añadió Espinosa,—sentía esta nostalgia de la muerte otras veces, cuando me entregaba á mis éxtasis religiosos. Quizá es una alusión á este sentimiento la leyenda talmúdica, que hace morir á Moisés por un beso, en el cual absorbió el Señor el alma de su profeta.

* Véanse los números 96, 97, 98, 99 y 101, págs. 514, 529, 585, 426 y 509.

Llamó la atención de Olimpia el giro dado por Espinosa á la conversación. ¿Estaba su espíritu siempre sumido en la meditación? Pretendía quizá con tales frases velar y manifestar á la vez un deseo ardiente de su corazón?

Nada se decían, y Espinosa le suplicó que cantara la melodía que oyó al verla por primera vez. Cantó muy bien, tanto que, reconociéndose incapaz de vencerse y no caer en sus brazos, Espinosa se levantó de pronto, tomó su sombrero y salió. Olimpia cogió la luz y se adelantó en la escalera para alumbrarle. Al bajar Espinosa alargó su mano, ella inclinó dulcemente la cabeza sobre su pecho, y no pudo ménos el judío de abrazarla y sentir la violencia de los latidos de su corazón.

—Querida Olimpia, por lo más sagrado os conjuro á que no me ameís; no lo merezco.

—No puedo dejar de amarte,—contestó ella,—manda á mi corazón que deje de latir, pero nó que deje de amarte.

Temblaba su voz; la estrechó más y se abrazaron ambos en un prolongado beso. Por fin se separó de ella y huyó. Al subir la escalera, Olimpia exclamó alegremente:

—Buenas noches, Sr. Espinosa.

Espinosa se detuvo delante de la casa, mientras las gentes iban y venían en todas direcciones. Nada veía ni oía; le impedía la agitación interior entrar en su casa. Cruzó la calle y fué á sentarse en las gradas de la entrada de la capilla de Santa Olalla. Se avergonzó de sí mismo al verse como un trovador bajo las ventanas de su amante.

—Que no quieres abandonarme,—me decías;—yo te contesto que ni quiero ni debo dejarte: ¿no he sellado con mis labios nuestra unión? Me perteneces para siempre. ¿No era mi madre musulmana y se convirtió á nuestra fe? ¿No estaba yo condenado al Islamismo si no se hubiera convertido?... ¿Quién me compensará todos los goces de su amor, que pierdo por amor á la verdad?... ¡La verdad! ¿debo ser su esclavo? ¡Sólo yo, entre tantos miles de hombres, he de sacrificar mis naturales derechos! ¿Y la profesión de fe católica? Olimpia me ama; necesito salvarla... Más tarde, en tiempos más dichosos, acontecerán las cosas de otro modo; pero hoy debo obedecer á las exigencias de mi tiempo... Y tu padre y Jerónimo... eran judíos creyentes, pero tú...

Tales pensamientos cruzaban por el alma de Espinosa; no notaba nada de lo que le rodeaba, ni siquiera veía que los que pasaban se mofaban de él como de un pobre diablo, que sufría el frío de la noche sentado en las piedras, en vez de estar con su amante. Se levantó y se sonrió involuntariamente al considerar el sitio en que había estado detenido tanto tiempo; estaba delante de la iglesia construida según el modelo del templo de Jerusalem.

—Duerme en paz,—dijo en su corazón, mientras que dirigía su vista á las ventanas de Olimpia;—te he velado. Permanecerás eternamente en mi memoria.

Sonaban gravemente las campanas, llenaban la amplitud de la nave los sublimes acordes del órgano, y una inmensa multitud ocupaba la catedral. Delante del altar estaba Espinosa, colocado entre el doctor Van den Ende y su hija Olimpia, adornada con su traje nupcial. En la galería superior se hallaba el padre de Espinosa, con sus vestidos desgarrados, con mirada fija y figura inmóvil. Al comenzar la misa, se arrodillaron Cecilia y Olimpia, y á su lado Espinosa y Van den Ende. Vestían de monaguillos Chisdaï y el esqueleto del abad; el primero tenía el incensario, y cada vez que se hacía el signo de la cruz, Chisdaï se detenía y los huesos del esqueleto se contraían. Concluida la misa, se adelantó solo Espinosa y se arrodilló delante del sacerdote. Maldijo la madre que le había llevado en su seno y el padre que lo había engendrado, porque no le habían guiado desde su nacimiento al gremio de la iglesia única y verdadera. Salió un profundo grito de dolor de la galería, y se llevaron un cadáver. Recitó con voz muy baja Espinosa el *credo*, después el sacerdote puso las manos sobre la cabeza del catecúmeno, le bendijo, echó con el hisopo tres veces agua bendita sobre su frente, y el órgano comenzó á sonar con una música triunfal.

«Baruch, Baruch, levántate,»—le gritaban.

Todo había sido un sueño; Espinosa estaba en la cama, y delante de él la vieja Chaje con una luz en la mano. Pasó la mano por su frente, inundada de sudor frío, y preguntó:

—¿Qué me quereis?

—Vuestro padre agoniza; todos los vecinos están ya á su lado.

Saltó Baruch del lecho, se vistió precipitadamente y bajó.

—¡Padre mio!—gritó Baruch.

Y no pudo decir más.

—Ruega por mí, hijo mio,—dijo el moribundo con voz imperceptible.

De un momento á otro esperaban que muriera, y los asistentes repetían: «Escucha, Israel, el Eterno; nuestro Dios es el Dios único.» Oraba el moribundo con ellos, y su último aliento se extinguió al pronunciar la palabra *único*.

El rabino S. Morteira abrió una ventana para significar que el alma subía al cielo, y todos repitieron: «Alabado sea el Juez de verdad.»

Se inclinó Baruch hácia el lecho y puso en su frente ardiente la fría mano del cadáver. En la habitación próxima se oía llorar á Miriam y Rebeca; se iban ya á retirar los extraños, cuando abrieron violentamente la puerta.

—¿Ha muerto?—preguntó una voz.

—Paz, silencio, rabino Chisdaï,—contestaron todos.

—Desgracia, y triple desgracia la de esta casa,—exclamó Chisdaï;—sólo él habría podido salvar á su hijo desobediente é impío. Yo mismo le he oído que quiere hacerse cristiano y casarse con una cristiana.

—Si no os vais en seguida,—replicó Samuel Caseres;—si volveis á decir semejantes cosas de mi cuñado, os enseñaré el camino. ¿Quién os ha llamado?

—Ya me llamareis y no vendré—contestó Chisdaï al retirarse.

Había dispuesto Benjamin Espinosa en su testamento que rompieran la espada española y la enterasen con él. No querían los rabinos cumplir esta disposición, porque ignoraban lo que significaba; necesitó su hijo citarles muchas autoridades talmúdicas para que cumplieran la voluntad de su padre. Siguiendo el rito fúnebre judío, tuvo Baruch que arrodillarse delante de su padre y pedirle á él y á Dios perdón de todas las faltas cometidas. Desgarró después su vestido, y cuando el cuerpo estuvo ya en la sepultura, se acercó el hijo á arrojar un puñado de tierra sobre el ataúd.

Durante siete días Espinosa tenía que estar en el suelo, desgarrado el vestido y descalzo. Pero aún estaba más agitado y desgarrado su corazón. ¡Cuántas veces, sentado en el suelo, apoyados los codos en las rodillas y la cabeza en sus manos, cuántas veces había pensado en Olimpia!

Meyer y Oldenbourg llegaron á visitarle en el momento en que estaba sentado en el suelo con sus hermanas, escuchando una letanía que recitaban los rabinos ante la comunidad reunida como una especie de misa mortuoria por el alma del difunto.

Espinosa pensó mucho en los medios para proporcionarse una vida independiente y libre.

XVIII.

SOLEDA D.

Paseaba muy pensativo Espinosa por Kalversstraat, cuando se encontró á Gertrudis Ufmsand.

—¿Cómo estamos?—le preguntó.—No os había vuelto á ver desde la muerte del buen Nigritius, hasta que hace algunas semanas os ví, acompañando á Olimpia Van den Ende. No sé en qué pensabais; pues os saludé y no me oisteis. Habéis envejecido más de veinte años. Después de haber ocupado nuestra habitación un pintor y una viuda, la tenemos desalquilada; está tan bonita ahora; la hemos pintado.

Entró espinosa con ella en su casa y la dijo que deseaba vivir muy alto para tener luz.

—Ved,—le contestó Gertrudis,—este mismo cuarto fué ocupado por Nigritius.

Terminada la division judicial de la herencia, renunció Espinosa su parte; tomó sólo una cama, sus libros y sus vestidos. Todo lo hizo llevar á casa de Gertrudis Ufmsand. Allí logró armonizar su vida exterior con las necesidades de su espíritu. Por la mañana se ponía á trabajar. Al mismo tiempo que cortaba el diamante un pedazo de cristal, concebía discretamente el espíritu de Espinosa una idea de su sistema general; mientras daba al cristal una forma determinada, revestía su idea de más preciosos contornos, concertando así el trabajo manual con la elaboracion de su pensamiento. ¡Cuántos pedazos caerían y cuántas estrias desaparecerían hasta que el cristal y la idea llegasen á ser el espejo de la verdad! Despues de haber ganado su sustento con el trabajo de sus manos, recogía Espinosa, durante la calma sagrada de la noche, á la luz de su lámpara, todas sus ideas para hacerlas más y más transparentes. De este modo trabajaba; de este modo estudiaba BENITO ESPINOSA.

La buena Gertrudis estaba muy descontenta de su nuevo huésped.

—No sé,—le decía,—si os habeis propuesto perder la costumbre de comer, ó si vienen del cielo cuervos á alimentaros como al Profeta en el desierto. No comeis nada.

Espinosa quiso hacer entender á la honrada mujer que sus medios no le permitían más gastos, y que esta manera de vivir le sentaba perfectamente.

—Sí, sí, ya lo sé; pero no ignoro que hay muchos grandes señores que os darían lo que necesitais. El criado del rico Simon de Uries ha venido tres veces á convidaros á comer; pero preferís siempre seguir con vuestras privaciones.

Y decía al bajar la escalera:

—Todos estos sabios tienen la cabeza llena de tonterías.

Contó la conversacion á Oldenbourg, á quien se encontró en la escalera.

Desaprobó Oldenbourg esta reclusion completa. Tenía vivos deseos de que su amigo cambiase de género de vida por muchas razones. Temía principalmente que en esta soledad del alma echase raíces profundas é indestructibles el amor de Espinosa á Olimpia, que él había adivinado con tanta perspicacia. Alimentaba siempre la esperanza de intervenir prudentemente é influir en la vida de este poderoso talento, rectificando su direccion.

—Tambien tiene nuestra época,—dijo un dia á Espinosa,—como las anteriores, apóstoles que recorren todos los países divulgando las nuevas ideas; Giordano Bruno ha recorrido casi todo el mundo civilizado, defendiendo en todas partes sus opiniones; por desgracia, cometió la torpeza de volver á Italia para morir en la hoguera como mártir de la filosofía. Es preciso que viajes, y si no quieres instruir

al mundo, al ménos aprende á conocerle bien. No te faltarán recursos para ello; S. de Uries y yo te proporcionaremos los que necesites. No debes rehusarlos; es un tributo que ofrecemos al amigo y que pagamos á la ciencia y á la humanidad; mucho más haces tú sacrificando tu vida.

—Te suplico,—contestó Espinosa con voz conmovida,—que no me vuelvas á ofrecer dinero; os he dicho á tí y á de Uries que nunca lo aceptaré. Deseo profundizar y fijar las leyes del sér y del pensamiento, y para ello me bastan el libro de la historia y el misterio de mi propio espíritu. Déjame mi vida íntima entre estas cuatro paredes. Aquí tengo siempre delante mi fin, procuro constantemente reunir á mi lado todos los espíritus de verdad; créeme, tengo una excelente sociedad, nunca estoy sólo, y si lo estuviera, podría, entrando más y más en mí mismo, descubrir las relaciones complejas del alma humana. No hay espectáculo más sublime que la contemplacion interior del curso del pensamiento. Si, el que pueda vivir solo con su alma—libre de toda tradicion é influencia—vivirá como en el paraíso, con una felicidad interior y gozando el sentimiento de su unidad con el todo. Cuando llegue á ser maestro para poder enseñar á los hombres, no les prescribiré reglas, no les inculcaré fórmulas; que cada uno halle su propia ley en sí mismo y en el mundo; que en el conocimiento de esta ley natural consiste su redencion y la redencion del mundo.

Se despidió Oldenbourg de Espinosa, casi convencido con las palabras de éste. Le encantaba esta amistad viril, nacida del fondo del pensamiento puro, y cuyos deseos desinteresados implicaban á la vez infinitas alegrías personales. El mismo Espinosa se consideraba feliz en el silencio recogido de su vida solitaria, pues su tranquilidad uniforme parecía una beatitud. Y, sin embargo, pensaba en Olimpia, á quien seguía amando.

XIX.

LAS CONFESIONES.

—Alarmados contra tí los judíos,—dijo un dia Oldenbourg á Espinosa, entrando en su casa con Meyer,—te consideran como un desertor y pretenden obligarte á volver á sus creencias.

—Nada temas,—dijo Meyer;—estás tan alto, que les faltarán fuerzas para llegar hasta tí.

—¿No sería bueno,—dijo Oldenbourg,—que te acogieras al amparo de otra creencia, cambiando así de uniforme?

—¡Y has alabado tanto á Turena por no haberlo hecho!—exclamó Espinosa.—Por lo demas, ignoro qué uniforme me sentaría bien.

—Muy bien dicho,—añadió Meyer;—se necesitaría para ello todo el firmamento. Yo te pondría el sol

y la luna como condecoraciones colgadas á tu pecho.

Los tres amigos celebraron la ocurrencia.

—Pero finalmente,—preguntó Oldenbourg,—¿no estás convencido de lo caduco del judaismo?

—¡Gran pregunta! ¿Cuántas veces quieres que te repita que ninguna creencia positiva puede proporcionarnos esta verdadera beatitud que nace del conocimiento de nosotros mismos y de nuestras leyes necesarias? Hace tiempo que es imposible distinguir por su espíritu los judíos, los cristianos, los mahometanos y los paganos. Se distinguen por las costumbres y usos exteriores, por la Iglesia que frecuentan, por las autoridades que invocan.

—Han tenido siempre para mí los judíos,—dijo Meyer,—algo notable por su maravillosa tenacidad al resistir los más terribles golpes.

—La misión de los judíos ha terminado,—contestó Espinosa.—Deben su subsistencia, que no tiene nada de milagrosa, al odio de las demás naciones y al aislamiento en que han vivido por sus propios usos y costumbres. Pasarán estas costumbres, y se convertirá en amor el odio de las naciones.

—Me enorgullecería ser judío. Al nacer contra la rutina usual, es el judío la personificación inmediata del cisma que divide hoy tan profundamente la humanidad. Emancipado el judío de su propia tradición, es el verdadero cosmopolita; está provisto de todas las armas del espíritu, y tiene, para penetrar la vida de la historia, una libertad de que carecen los demás. Nosotros carecemos de esta libertad de espíritu, porque participamos del gobierno del mundo. Además, nos enseña la historia universal que no ha sido reformado el mundo por ningún pueblo dominador, por griegos ni por romanos, sino que ha sido hallada la ley nueva, que transformó el mundo, por un pueblo despreciado, oprimido y excluido del movimiento histórico. En la antigüedad, la religión era la Constitución, y la Constitución la religión; de modo que se vivía en una unidad completa. Destruído el Estado judío, al nacer el Cristianismo se separa la religión del Estado. Dos poderes diferentes, la Iglesia y el Estado, se han disputado el hombre y roto su unidad. El cristianismo ha intentado reunirlos en el Papado. Ha vuelto hoy, quebrantado el poder del Papado, el antiguo dualismo, y el Cristianismo no contiene ninguna Constitución política.

—Creo que hemos cambiado los papeles,—contestó Espinosa.—El cristianismo se ha dirigido, más que nada, al hombre en general, para proporcionarle la libertad interior; nunca quiso ser una ley exterior. Deben el Estado y la Iglesia constituirse según nuestras leyes naturales, dejando en ambos libre el espíritu crítico, que tiene derecho para ponerlo todo en cuestión; de otra suerte encadenaremos nuestra libertad interior á leyes exteriores. Las

máximas políticas y religiosas atribuidas á la doctrina del Cristo son hijas del tiempo y de las circunstancias. Cuando el Cristo dice: «Si alguno abofetea tu mejilla derecha, pon la izquierda» (precepto ya indicado en las Lamentaciones de Jeremías), lo decía para una época de opresión y anarquía. En otras circunstancias es más conforme al deber y á la razón contestar á un golpe con otro, ó mejor, allí donde exista una ley, acudir al juez para que el vicio no triunfe por medio de la violencia.

—Con tales ideas,—dijo Oldenbourg,—yo no tendría en tu caso dificultad para hacerme cristiano; no necesitas convertirme por convicción dogmática.

—Y si fueras capaz de ello,—replicó Meyer,—yo no te estimaría, porque renegabas de tí mismo. Pero si no me engaño, haces la corte á Olimpia. Hé ahí una mujer cosmopolita. Ha amado primero á un católico, después á un reformista, ahora ama á un judío, y en Kerkering un casi luterano. Cuando acabe con vosotros dos, amará á un turco.

—La ironía es tu pecado original,—dijo Espinosa con tono severo;—pero te suplico que hables con respeto de Olimpia.

—¡Ah! la sapientísima Olimpia,—continuó Meyer riendo,—puede conjugar muy bien el verbo *amar* en pretérito. La he conocido varios amantes; sé cómo ha concluido con todos ellos, y tengo curiosidad por saber cómo terminareis con ella.

—Honro y respeto mucho á Olimpia,—dijo Oldenbourg,—ya lo sabes; pero te aconsejo que no te unas nunca con ella. Siento mezclarme en esta cuestión, y me abstendría de hacerlo si no supiera que tú insistes en tus resoluciones por cima de toda contradicción. Pero en este caso, preciso es que te dejes convencer. No te puede ofrecer Olimpia su primer amor, y tú... tú no sientes por ella un verdadero amor, porque si así fuera no conservarías esta constante igualdad de ánimo.

—¿Necesitas que te repita,—replicó Espinosa,—que todo lo puede abrazar la reflexión con más fuerza que la pasión?

—Ya que estamos en la cuestión, ¿permite el derecho positivo el matrimonio entre judíos y cristianos?

—Ningún rabino podría citar un impedimento positivo. Considerados desde el punto de vista del judaísmo, son los cristianos una secta judía. Aunque ha llegado esta secta en la serie de los tiempos á ser más numerosa que el tronco principal, no se altera por esto el fondo de la cuestión. Por otra parte, existen sectas entre los judíos, y existen también los talmudistas, para quienes la venida del Mesías no es un artículo fundamental de fe. Nada se opone, pues, á los matrimonios de que hablamos.

—Y mientras no se hagan estos matrimonios mix-

tos,—añadió Meyer,—será difícil extirpar las preocupaciones odiosas inherentes al nombre de judío. Casi sería partidario de este matrimonio si con él llegaras á ser el redentor judío. Pero para que cumplas tu mision, es necesario que sigas siendo judío y célibe. El que se entrega á la vida de familia y de sociedad ve á cada instante interrumpida la línea recta y lógica que ha señalado á su vida y á su pensamiento.

Se marcharon los dos amigos, quizá por primera vez con gran contento de Espinosa. El amor es una de las inclinaciones del hombre que tiene más analogía con la fe. La última base del amor reside en la personalidad, que se cree que sólo puede cada cuál apreciar por sí, porque su mérito queda oculto para los demas, á los cuales se acusa de sacrílegos cuando se refieren á ella. ¿Por qué sentía Espinosa un amor rodeado de tal imposibilidad social, que daba á todos, y principalmente á sus amigos, derecho para criticarle? Con una índole ménos sincera, ménos imparcial y ménos amiga de la veracidad interior, esta inmixtion extraña hubiese borrado en él el dulce encanto del sentimiento íntimo, le hubiese hecho más amargo para sus amigos, ó le hubiese hecho dudar de sí mismo.

BERTHOLD AUERBACH.

(Continuará.)

LOS PUEBLOS OCCIDENTALES

DE LA

TURQUÍA EUROPEA Y LA CUESTION DE ORIENTE.

En la extremidad oriental de nuestro continente, entre el Mar Negro, el Danubio, el Mar Adriático, Grecia y el Archipiélago, se conservan los últimos restos del poderío musulmán en Europa. Pueblos desemejantes en raza, lengua, religion y costumbres viven esclavos bajo un gobierno despótico y tirano, algo suavizado en estos últimos tiempos, pero siempre repugnante y odioso para gentes que lo miran como el verdugo de su libertad y de su fe. El ideal de los pueblos sometidos es romper la cadena que une su vida y su historia á la vida é historia del conquistador, su fin inmediato es consagrar todas las fuerzas de su espíritu y de su cuerpo á la obra noble y gloriosa de su independencia: el niño en la cuna se adormece escuchando acentos que rebosan odio contra el opresor; crece, y su juvenil imaginacion se inflama y su sangre hierve de entusiasmo ó de coraje cuando oye relaciones de combates, sorpresas y emboscadas; arde en deseos de empuñar un arma é imitar las hazañas de aquel héroe cuya historia aprendió en el regazo materno,

y el dia en que limpia las armas de su padre ó le acompaña en alguna empresa arriesgada y temeraria, cree que ha alcanzado el colmo de la felicidad. Despues, cuando ya es un hombre, comparte la vida entre el trabajo y la guerra, caza á las fieras del bosque ó al enemigo de su raza, y si éste es fuerte y poderoso, inclina la cerviz, mas su indómito genio no se abate, y espera, sumiso en la apariencia, una ocasion oportuna, porque está acostumbrado á los reveses, y con ellos se forma tenaz y constante, y cuando la ocasion llega, torna de nuevo á la lucha, y lucha de esterminio, en que no concede momento de reposo al déspota.

Esta es la actual situacion de los pueblos que constituyen la Turquía Europea; Bulgaria, Romelia (Tracia y Macedonia), Bosnia, Herzegovina y Albania. Los mas orientales, Bulgaria y Romelia, próximos al Asia y á Constantinopla, aunque no han olvidado las diferencias de raza y de culto que los separan de los otomanos, sufren desde la conquista la accion inmediata del despotismo de sus dominadores, y el yugo, difícil de romper para todos, es inquebrantable para ellos. No así los pueblos que viven al Occidente del Imperio, los bosnios y los albaneses. La aspiracion de los Soliman y los Amurates era dilatar sus fronteras hasta las costas del Mar Adriático, limite natural que jamás alcanzaron, porque la valerosa y tenaz resistencia de los cristianos que vivían en estas comarcas detuvo los progresos de las armas musulmanas. Montenegro permaneció independiente, Bosnia y Albania se sometieron, pero los ánimos continuaron hostiles á Turquía y desde entónces viven á la expectativa y aprovechan toda coyuntura que parece favorable á sus ideas levantiscas. Cuando creen llegado el momento, arrojan á los turcos al otro lado de los montes, y parapetados en ellos, retan con audacia al asesino de sus libertades; una y otra vez son vencidos, pero cada vez la victoria cuesta al vencedor mayores sacrificios, los Alí y los Omer desaparecen, los insurrectos ven crecer sus fuerzas, en tanto que sus contrarios las pierden, encenagados en el vicio, embriagados con los vapores del opio y las delicias del harem, y ya se atreven á bajar al llano y presentar batalla campal á un bajá que manda ejército de hombres amaestrados en las lides de la guerra.

Aquí, en estas tierras que hoy forman los límites occidentales del Imperio Otomano en Europa, detuvieron los turcos sus armas victoriosas: Venecia, dueña del Adriático, tomó bajo su proteccion las ciudades marítimas y las islas; Ragusa y Montenegro se erigieron en cantones independientes, y Austria por sus posesiones de la Dalmacia, é Inglaterra por las Islas Jónicas, levantaron con sus propios intereses una poderosa barrera ante la Media Luna.

Aquí, en las riberas del Drin, del Bosnia y del Narenta, habitan pueblos que há cinco siglos vienen sufriendo el despotismo de otro pueblo extraño á su raza, creencias y costumbres, hombres cuya única mision en la paz es afilar sus armas para esgrimirlas en la guerra contra el turco, y hoy que la Herzegovina se declara en abierta rebelion y recibe auxilios de sus hermanos de Bosnia y de los feroces guerreros de la Montaña Negra, y la Albania, segun los últimos telegramas, se prepara á secundar el movimiento, útil y curioso nos parece recordar, aunque muy á la ligera, los principales rasgos distintivos del genio, vida y carácter de estos pueblos.

La Tribalia ó Bosnia de los Bizantinos forma hoy, con la Herzegovina y la Croacia y Dalmacia turcas, una de las más vastas provincias del Imperio Otomano en Europa. Es comarca muy accidentada, difícil de conquistar y favorecida por la naturaleza con minas de oro, plata, hierro y azogue, y valles, vertientes y colinas donde se pueden cultivar productos en diferentes latitudes. Algunos rios arrastran con sus arenas partículas de oro y se conocen varias minas de plata que eran explotadas ántes de la dominacion turca, porque hoy ni el oro ni la plata se recogen por temor de excitar la avidez de los cristianos. No sucede así con las minas de hierro, donde ocupan más de dos mil trabajadores católicos y bohemios.

La parte otomana de la Dalmacia se llamó Ducado (Herzogthum) de San Sabas, y de aquí Herzegovina. Entre todos los pueblos sujetos á Turquía, los herzegovinos se han distinguido siempre por su tenaz resistencia al yugo otomano, que soportan con verdadera desesperacion. Se sublevan en 1858, vuelven á las armas en 1861, los montenegrinos acuden en su auxilio, y los turcos son exterminados en Piva, Duga y otros lugares; sólo despues de mil sacrificios y pérdidas de consideracion pudo Omer Pachá vencer á Lucas Wucalovich, jefe de los insurrectos, y pacificar por algunos años no más aquel cementerio de turcos. Hoy la Herzegovina ha retado de nuevo á la Media Luna; los bosnios y montenegrinos corren á engrosar sus filas, los turcos sufren sangrientos reveses, la Albania se agita y la insurreccion amenaza extenderse á lo largo de toda la costa occidental del Imperio.

Cuando los slavos invadieron la Sérvia, uno de sus jefes se estableció á orillas del Bosnia, rio que dió nombre á esta comarca. A principios del siglo X, los reyes de la Sérvia, también slavos, incorporaron á su reino este territorio que en los siglos XII y XIII perteneció á Hungría hasta 1339 en que el país volvió á ser conquistado por Estéban de Sérvia. A su muerte, la Bosnia se hizo indepen-

diente, y en 1370 el *ban* Tvartko tomó el título de rey: ya en 1401 los bosnios comienzan á ser tributarios de los turcos, y hácia 1520, y no obstante la oposicion de Hungría, la Bosnia fué agregada al imperio otomano como una de sus provincias. Desde entónces, y en diferentes ocasiones, han tratado los bosnios de sacudir tan dura opresion; jamás sumisas, estas tribus se agrupan para reconquistar su independencia, pero siempre la Media Luna prepondera, y no obstante las peligrosas revueltas de 1851, el levantamiento de los campesinos, las horribles matanzas y escenas de sangre de 1857 á 58 y la insurreccion de 1861 en que bosnios y montenegrinos se unen contra los turcos, la Bosnia continúa agregada al imperio: hoy siente renacer sus esperanzas, y se prepara de nuevo á la lucha, electrizada por el grito de guerra que lanzan ya sus hermanos de la Herzegovina al otro lado de los Alpes Dináricos. Si toda la Bosnia se declara abiertamente en rebelion y, no contenta con enviar pequeñas partidas de voluntarios, armas y municiones á la Herzegovina, secundada ya por el Montenegro, une sus fuerzas contra el turco, y si el egoismo de las grandes potencias no deshace la obra de un pueblo que lucha por su independencia, los turcos serán batidos, expulsados, y aunque despues caigan poderosos ejércitos sobre los vencedores, la naturaleza del terreno, la bravura de los bosnios, la falta de vías militares y la necesidad por parte del invasor de proteger una inmensa frontera, son circunstancias que harán difícil, si no imposible, la reconquista.

El cristianismo no se halla tan profundamente arraigado en la Bosnia como entre sus vecinos del Montenegro. Ciertó que los bosnios, al ser domeñados por los turcos, pertenecían á la comunión cristiana, pero los musulmanes, por política y proselitismo, cuando conquistan un país procuran atraer á su ley á los vencidos á cambio de privilegios y derechos que conceden al renegado, quien desde su apostasía goza de las mismas consideraciones que todo buen musulman; posee bienes raíces, conserva sus armas y puede ingresar en las carreras civiles y militares. De aquí la conversion de muchos jefes slavos. El pueblo continuó siendo cristiano y aún los mismos jefes que abrazaron la religion de Mahoma difieren de los Osmanlis en ideas, costumbres é intereses; tienen nombres slavos, hablan la lengua bosnia, dialecto del sérvio, y no la turca; conservan en la memoria el nombre del santo que era patron de sus antepasados y secretamente suelen llevar algun cura á la tumba de sus mayores para que bendiga las cenizas y ore por las almas.

Son musulmanes y contraen matrimonio con una sola mujer, las jóvenes no se cubren el rostro, respetan á la esposa y á la madre y hay en ellos un espíritu familiar que desconocen completamente

los orientales. Los vicios afeminados, la molición, corrupción y envilecimiento de la raza conquistadora han hecho escasos progresos entre los musulmanes de la Bosnia, que si pertenecen á esta religion es por dos causas. La primera está ya expuesta; el bosnio se hizo musulman para conservar libertad, poder y riquezas; por su conversion podía llegar á ser miembro del gobierno turco, obtener recompensas y mando y seguir en el uso de sus derechos de vasallaje. Además, y esta es la segunda causa, vivían en medio de cultos cristianos degenerados; los bosnios, griegos ó católicos,—éstos últimos en la Herzegovina,—conservan la ignorancia, el despotismo y la superstición de la Edad Media, y maldiciones y anatemas se cruzan continuamente entre sacerdotes de uno y otro culto.

Los bosnios son de estatura más que ordinaria, robustos, implacables con el enemigo, rudos como sus montañas, pero agradecidos, hospitalarios, leales y nobles de carácter; sólo el aislamiento intelectual con el resto de Europa los mantiene en cierto estado de barbarie, y no creemos aventurar mucho al decir que este estado de barbarie durará tanto como dure la dominación de los turcos, por débiles que sean los lazos que sujeten la Bosnia al imperio de Constantinopla. Si las gloriosas conquistas de la inteligencia en los modernos tiempos han de ser fecundas en resultados provechosos, necesario es que estos se hagan patentes en hombres y pueblos rudos y sencillos, que se les vea aprender á vivir individual y socialmente, adquiriendo plena conciencia de la superioridad del espíritu culto sobre la naturaleza, de la razón sobre el instinto ciego y la pasión desbordada. Dos condiciones son precisas á los pueblos de las orillas del Bosnia y del Narenta si han de formar nación independiente; un rayo de luz de los conocimientos humanos y la total expulsión de su suelo de los sectarios de Mahoma.

El Montenegro (Montaña negra, Czernagora en slavo) es un estado independiente que sustenta una población robusta, aguerrida y turbulenta de 200.000 individuos de origen sérvio. Circuido de un muro de montañas, verdadero recinto fortificado con baluartes naturales, há mucho tiempo que hubiera perdido su independencia si la fragosidad del terreno, rocas, desfiladeros, gargantas sin salida, precipicios y escarpadas crestas, no fueran obstáculos formidables capaces de detener á cada paso la marcha de un ejército invasor.

Si en este ligero estudio sobre los pueblos occidentales de la Turquía Europea aparecen los montenegrinos, no obstante ser independientes del imperio otomano, es porque, enclavado su territorio entre la Bosnia y la Albania y mortales enemigos de

los turcos, figuran en primera línea en la historia de estas comarcas; pertenecen á la misma raza que los oprimidos y están llamados á representar un gran papel en los días de la independencia y constitución de bosnios y albaneses.

El Montenegro, Dalmacia Prevalitana en la Edad antigua, fué saqueado por los godos é invadido por los slavos, que formaron allí un extenso reino. Perteneció despues al imperio de Oriente; luchó con húngaros y venecianos que hacían valer derechos sobre este territorio, y cuando los turcos penetraron en Europa, formaba parte del Imperio de los Sérvios. Al ser éstos subyugados en 1389, se declaró independiente bajo un príncipe de la familia real de Sérvia, y desde esta época comienza Montenegro á ser refugio de todos los que odian la dominación musulmana y á distinguirse por su tenaz resistencia á la invasora Media Luna. En 1516, el príncipe Jorge Tchernovitch abandona sus Estados para establecerse en Venecia, trasmitiendo el gobierno al arzobispo metropolitano, y desde esta época el Consejo supremo, reunido en la capital, Cetigne, eligió un uladika ó primer jefe á la vez episcopal y temporal. En 1658 el poder se hizo hereditario en la familia de Petrovich, mas como supremo sacerdote el uladika debía permanecer soltero y el gobierno pasaba del tío al sobrino. A mediados de nuestro siglo el uladika se reservó la autoridad sacerdotal, encomendando la temporal á un Senado elegido por las principales familias: háy además una Asamblea popular formada por todo hombre capaz de manejar un fusil.

En diferentes ocasiones los príncipes del Montenegro se han visto obligados á trabar lucha terrible con los turcos para mantener su independencia; en 1794 rechazaron una formidable invasión, causando á los otomanos una pérdida de más de 30.000 hombres. Pedro II Petrovich (1830-51), educado en San Petersburgo, quiso civilizar á su pueblo, mas sólo logró disminuir el prestigio de su nombre, porque los montenegrinos adoran sus tradicionales costumbres y simpatizan muy poco con las rusas. Danielo, sobrino y sucesor de Pedro (1851-60), recibió la investidura del Czar, y secundando la política de Rusia, invadió la Turquía, derrotó sus ejércitos y en 15 de Febrero de 1853 la Puerta abatió su orgullo y firmó un armisticio. Nicolás (1860) sube al poder en los mismos días de la insurrección de la Herzegovina; los montenegrinos la fomentan, y Omer, despues de dominar á aquella, cae sobre éstos, su talento estratégico obliga á ceder á unos y á otros, y en 31 de Agosto de 1862 se pacta el tratado de Scuari que impone á los montenegrinos la obligación de establecer una vía militar á través de las montañas y construir pequeños fuertes guarnecidos por tropas otomanas.

La tradicion y la costumbre imperan en Montenegro; muy contadas son las leyes escritas. El domicilio es inviolable, mas por un decreto de Pedro II se manda que cuando el criminal se encierre en su casa, se prenda á ésta fuego por el techo, dejando á aquel en libertad de perecer en las llamas ó expatriarse sin más bienes que los que pueda llevar consigo. La pena de muerte se ejecuta por varias personas de todas las tribus, que hacen fuego á la vez sobre el reo; si cae herido solamente, la justicia se da por satisfecha. La mayor parte de los delitos se castigan con multa. Las rentas del Estado consisten en 25 pesetas anuales que cada familia paga, y con gran exactitud, desde que en 1840 se fusilaron dos príncipes por negarse á ello, y 80.000 más, subvencion de Rusia que satisface el cónsul del Czar en Ragusa á título de compensacion de las pérdidas que sufrieron los montenegrinos en las guerras contra los franceses á principios de este siglo.

Los montenegrinos son de alta estatura, ágiles y fuertes; el fusil es su compañero inseparable. Sanguinarios y vengativos, son en cambio leales observadores de su palabra, deliran por la independencia de su patria y conservan incólumes todas las virtudes y pasiones de la raza slava en los primeros dias de su historia. Odian el trabajo, porque desprecian todo lo que no es la guerra; así es inútil buscar en Montenegro zapateros, sastres, carpinteros, etc.; cada uno se corta y cose sus vestidos y se hace el calzado. Sobre rocas escarpadas, á la manera que los señores feudales, edifica el montenegrino sus casas, abiertas por multitud de troneras prontas á vomitar una lluvia de plomo contra el enemigo invasor, y en tanto que limpia las armas ó descansa de las fatigas de la caza ó de la guerra, su esposa desciende al valle á cultivar las tierras. Mas no se crea á la mujer esclava del hombre; el montenegrino es cristiano y respeta y agasaja á la compañera de su vida; ella le da una familia, atiende cuidadosa al buen orden de la casa, lleva las municiones en la guerra, enloquece de felicidad cuando su esposo conquista timbres de afamado guerrero, y cuando ha muerto en el combate, no llora y gime, sino que clava su puñal en el pecho de un otomano y da muerte por muerte. Esta mujer, que se asemeja á la espartana y á la noble matrona de los primeros dias de la República en Roma, está exenta de castigo; sólo cuando asesina es apedreada hasta que las piedras cubren su cuerpo.

El principal, el único mérito de este pueblo de soldados es el valor, porque sin el valor dejarían de ser montenegrinos para transformarse en esclavos del Coram. Su primer deber, y deber sagrado, es combatir al turco donde quiera que lo halle; le odia de muerte y á pesar de tratados y convenios es

continúa la lucha en las fronteras, y en el interior la profunda inspiracion poética de esta raza de héroes se traduce en cantos de guerra, de odio, de exterminio contra el despotismo musulman y la religion de Mahoma.

Su traje consiste en una casaca con mangas anchas, de lana azul ó cenicienta y recogido uno de los faldones en el costado para coger con más facilidad las armas que penden del cinto; pantalon ancho y corto, calcetines de diferentes colores, albarcas en los piés, y en la cabeza gorro griego rojo ó violeta rodeado de un pañuelo en forma de turbante. La mujer viste túnica puesta sobre una camisa con mangas anchas, combinando en el tejido de la lana distintos colores; lleva el cabello trenzado, puñal á la cintura y gran número de sortijas en los dedos.

La religion del Montenegro es la cismática griega; su jefe espiritual el Czar. Sin embargo, son muy supersticiosos; dotados, como toda raza no muy culta, de gran imaginacion, se apasionan por lo maravilloso y sobrenatural, creen en la comunicacion con el mundo de los espíritus, en las almas en pena, en brujas y apariciones, y los sacerdotes, léjos de combatir tales creencias, participan de ellas. El clero, en general de limpias costumbres, es muy numeroso, y los hijos de los curas siguen por lo comun la carrera de sus padres; no se distinguen de los demas montenegrinos ni por el traje ni por las armas; como todos, van al combate y en las grandes festividades el uladika lleva al cinto yatagan y pistolas.

Este es el Montenegro, el único estado independiente en los costas orientales del Adriático, pero que vive amenazado siempre por la cimitara otomana. Por esto los ataques é irrupciones y látroncios en el territorio turco son permanentes; apenas cualquier pueblo sometido á Turquía se levanta para recabar su libertad, bandas de montenegrinos atraviesan las fronteras para unirse á los sublevados, y cuando se rompen las hostilidades y los batallones turcos caen sobre la Montaña negra, se limitan á la defensiva y refugiados en las rocas y gargantas de sus montes, comienzan una guerra de sorpresas y emboscadas que obliga al invasor á retirarse, en tanto que ellos, libres y soberanos, entonan con varonil acento sus cánticos de victoria.

RICARDO BELTRAN RÓZPIDE.

(Concluirá.)

LA PISCICULTURA EN RUSIA.

Difícilmente se encontraría un país más admirablemente dotado que Rusia de aguas abundantes, de lagos, de rios grandiosos y aún de estanques en gran número de parajes: la abundancia del pescado ha sido allí grande por mucho tiempo, como lo indican las costumbres, pues el pescado es uno de los alimentos preferidos por las clases más numerosas y es de uso muy común en el pueblo. Por esta razón ha adoptado el gobierno con ardor los perfeccionamientos destinados á mantener las aguas del imperio en alto grado de fertilidad.

Entre los establecimientos pertenecientes al Estado, existen dos muy notables, tanto por sus proporciones, cuanto por los resultados que ofrecen: la influencia que ejercen desde que se crearon, en el valor y la producción del pescado en los distritos cercanos, es considerable. Estos dos establecimientos son los de Nikolsky y de Sawalki. Entre los privados, uno de los más interesantes es el de M. Zennern, situado á 24 millas de San Petersburgo: en él se cria la trucha para el consumo principalmente de la capital. Desgraciadamente, los establecimientos privados son todavía raros en la Gran Rusia, mientras que son muy conocidos en Finlandia, de donde citaremos: Stokfort, en el gobierno de Wiborg, eclosion; Abotfort, criadero de truchas; Tammerfort, lo mismo; Stwarta, en el gobierno de Newland, trucha-salmon; Ferer; Foneberg, en las orillas del lago Ladoga, uno de los más florecientes; Feksholm, Kiosimene, sobre el rio del mismo nombre, desaguándose en el golfo de Finlandia.

El método húmedo de fecundación usado en Francia no se emplea en ninguno de estos establecimientos, sino que se reemplaza con grandes ventajas desde 1862 por el procedimiento inventado por M. Wrasky. Hé aquí cómo generalmente se procede en Francia: se toma un vaso ó plato poco profundo, que se llena de agua hasta la mitad de su altura; después se hace caer en él, comprimiendo el vientre del pez hembra, una capa igual, pero delgada, de huevos maduros. Tomando entonces el macho, se le hace rociar algunas gotas seminales en la misma agua, se agita suavemente con el dedo, se deja reposar cinco minutos, se arroja el líquido y se lavan los huevos para llevarlos en seguida, ya á los aparatos de incubación, ya á los fondos donde deberán avivarse naturalmente.

El procedimiento Wrasky consiste en hacer salir en un recipiente cualquiera en seco los huevos de la hembra; después se esparce en otra el sémen mezclado con un poco de agua, la ménos posible, vertiéndolo sobre los huevos, con los que se mezcla. No sólo se emplea en todas partes este método

en Rusia, sino que los comisarios americanos lo han adoptado y empleado para sus inmensas repoblaciones, habiendo obtenido un resultado mucho más considerable que por los métodos empleados entre nosotros y los ingleses, que, con corta diferencia, son semejantes. Desgraciadamente, el sábalo sobre que ha operado es de tal suerte sensible, que muere siempre en la operación, mientras que los salmonídeos sobreviven todos.

El establecimiento ruso de Sawolki está situado sobre el rio Ganeza, que atraviesa el lago Wiczera en el canal Augustowa. Es su especialidad la de producir la trucha, el salmon y dos especies de fera, indígenas en las cercanías, pero bastante raras en el lago, donde se las ve aumentar en número. Estas son la *Seya* y la *Seliava* (*Ciregonus marcená* y *albula*), variedades locales de la fera, semejantes á las que encontramos en ciertos lagos de Suiza, por ejemplo, los de Constanza y Cuatro-Cantones. Además del Wiczera existen otros quince lagos pertenecientes al Estado en el gobierno de Sawolki, todos los cuales están en camino de ser repoblados con los alevinos nacidos y criados en el establecimiento, y, además, mediante huevos fecundados sobre el terreno artificialmente. Ya se han obtenido los resultados locales más magníficos, y son apreciables en las pesquerías del distrito, pues que entre 1860 y 1869 se ha visto aumentar los rendimientos en tres por uno en general, llegando en ciertos puntos estos rendimientos á seis y hasta siete por uno. La fera, otras veces rara en esta comarca, como más arriba decimos, se ha hecho desde entonces tan común y tan abundante, que se la sala y se abastece con ella el mercado de Warsaw.

Nikolski ha sido fundado por una compañía de accionistas, entre los que se halla M. Wrasky, y ha permanecido como establecimiento privado hasta 1868, en que lo compró el Estado, siendo hoy un seguro modelo para la piscicultura. Desde esta época se trabaja en él por regularizar la población del pescado en Rusia, es decir, para establecer en ciertas aguas las preciosas especies que abundan en otras y faltan en aquellas, teniendo en cuenta, entendiéndose bien, las condiciones de clima y de naturaleza de los lagos y otras circunstancias apreciables. Evidentemente hay en esto una admirable operación, fecunda en grandes resultados para el porvenir del país, y que se ha hecho tan fácil como posible por la notable posición del establecimiento, que comunica desde luego con cierto número de rios: Pestowka, Javou, Polla y Selijarowka, y después con lagos como los de Pestow, Velio, Henarn, Seligker; en una palabra, que comunica con el Volga por un lado, y con el lago Ladoga por otro.

No podemos entrar en el pormenor de las instalaciones de estos establecimientos modelos, pudien-

do sólo dar una idea de la importancia de las operaciones que pueden realizar, haciendo constar que están organizados en dársenas y en estanques para alimentar y criar 600.000 alevinos por año. Pueden fecundarse en ellos anualmente cinco millones de huevos de fera, dos de truchas y uno de salmones; en fin, pueden venderse en ellos todavía sobre un millón de huevos, sin perjuicio de las necesidades generales. Los precios de venta son curiosos de estudiar, pues muestran cuántos individuos pueden ser criados y guardados sin obstáculo en los estanques de los establecimientos.

Después de la grande empresa de 1852, que consistió en introducir el salmón y la trucha salmonada en el lago Peipus, la operación más importante intentada por el gobierno es, sin contradicción, la que se prosigue en este momento de multiplicar el esturion por la repoblación artificial, y al mismo tiempo de repoblar el Volga por medio de especies mejores de corejones encontrados en el lago de Ladoga. Para esta última operación se halla admirablemente situado el establecimiento de Nickolsky, porque comunica á medio camino con el lago de Seligka, un magnífico campo de aclimatación. En este lago se colocan todos los años muchos millones de feras de 8 á 10 centímetros de longitud; de dos años, criadas en el establecimiento y después son enviadas del lago completamente aclimatadas al Volga, donde no pueden dejar de prosperar.

Entre las diferentes especies de esturiones, el *ar-cipentor ruthenus* es el que sobre todo llama la atención de los piscicultores. En 1859 consiguieron los experimentos de fecundación artificial un éxito tal, que se creyó ganado todo, y que el ministerio de las propiedades del Estado creyó poder disponer de muchos millones de huevos para repoblar los ríos de Escocia. Después, á pesar de los ensayos en los diferentes estanques y lagos, á pesar de todos los esfuerzos de Nikolski, los esturiones, aunque viven en los lagos donde nacen, no se reproducen todavía. Es preciso esperar para juzgar y saber.

H. DE LA BLANCHERE.

(*La Nature.*)

WAGNER.

Ricardo Wagner no es un visionario, no es un loco, no es un ignorante.

Todas las razones fisiológicas, todos los argumentos críticos que para probar lo contrario se presentan, serán infructuosos ante las grandes obras de este hombre singular, y se verán deshechos como el copo de nieve al calor del astro del día. Pero Ricardo Wagner, sin ser un loco ni un ignorante, no

es un Mesías, no es un redentor del arte que le ha hecho célebre.

Con la fe del apóstol, con la insistencia del fanático, ha luchado para lograr un ideal más ó menos aceptable, y se ha fijado un objetivo que en principio no le pertenece y cuya originalidad ha querido hacer suya, siendo en tal sentido tenazmente defendida por sus apasionados.

Meyerbeer ántes que Wagner; ántes que Meyerbeer Rossini; Weber con antelación á éste, y Beethoven, Mozart y Shuman, Chopin y otros muchos, aunque en manifestaciones diversas del arte, trabajaron con igual idea, en el propio sentido que el autor de esa indebidamente titulada *música del porvenir*.

Hacer de la melodía y de la armonía un todo tan homogéneo que no viva la una á costa de la otra, como se ve en casi todas las obras de los autores citados, incluso Rossini en su inmortal *Guillermo*; lograr que el drama lírico (los que le cultivaron) apareciese como tal drama, sin las interrupciones convencionales á que necesariamente daban lugar las formas de las piezas hechas por un *patron cortado*—perdónesenos la frase—y usado hasta la saciedad; dar, en fin, el sentido de la realidad y de la verdad con los colores artísticos á lo que sólo en la ilusión está basado, esta ha sido la aspiración de esos ingenios cuyo brillo no oscurecerán, ante la historia del arte, ni nuevos elementos, ni preclaros sucesores que vengan á recoger las banderas que con tanta gloria aquellos sostuvieron.

Con igual fundamento, por las mismas razones que hoy se apellida música del porvenir á la del maestro de Leipzig, pudiera haberse denominado hace más de cuarenta años á la del *Guillermo*, á la del *Freyschütz*, á la del *Don Giovanni* ó *Fidelio*, ó á los grandes conciertos de Hummel, Chopin y demás autores clásicos que todos admiramos; y aún más recientemente, y fundado en los naturales adelantos hechos por este camino artístico, al grandioso exuberante desenvolvimiento del verdadero drama lírico, tal como lo ha comprendido el gran artista filósofo, el incomparable Meyerbeer.

Los Hugonotes, *Roberto*, *El Profeta*, ¡qué grandiosidad, qué realismo tan perfecto—en el buen sentido de la palabra,—y cuánta novedad, ya en el fondo, ya en las formas de la parte vocal é instrumental!

En algunas de las obras de los grandes maestros italianos, anteriores al desarrollo del ideal de Wagner, se principia á dibujar cierto sello determinante de la necesidad de imprimir nueva forma al drama lírico, pero aún existen en todas ellas los mismos procedimientos respecto á la *fattura* de las piezas, que las hace aparecer como revestidas del mismo aire de familia. La *romanza*, el *duo* con

su *andante* y *allegro* seguido de su respectiva *coda*, la indispensable *cavatina* y *cabaletta* del *aria*, el conocido *rondó*, niño mimado del buen artista, el *concertante* final de acto, los *coros* siempre acompañando á la ceremonia nupcial ó á la régia comitiva, y tantas otras costumbres que la época requería siguiendo sus gustos y no examinando la mayor ó menor oportunidad de ellas, han desaparecido ya en el fondo.

¿Qué nos queda de esas rutinarias costumbres en las obras de Meyerbeer, obras conocidas, aplaudidas y aceptadas con entusiasmo, cuyas concepciones en su mayor parte han salido á la luz del arte ántes de que Wagner hubiera revelado al mundo su manera de pensar y sentir en tal materia?

Todo, y nada. Todo, porque ha habido, hay y habrá siempre *solos*, *duos*, *tercetos*, *quartetos*, *concertantes*, *coros*, etc., con los mismos ó equivalentes nombres; nada, porque su forma, su manera de ser dentro de la acción que el drama representa, no tiene nada de comun con la que ha reinado casi sin rival hasta cerca de la mitad de nuestro siglo.

Meyerbeer, como todo hombre de verdadero genio, comprendió, tal vez hasta sin darse cuenta de ello, que en la ópera no todo había de ser música; que en la ópera, ante todo y primero que todo, se necesitaba un verdadero poema sobre el que se modulase la parte musical, y no retazos literarios mejor ó peor hilvanados, como han sido muchos de los libretos de las más celebradas óperas; idea tan natural como lógica y que ya ántes que el autor de los *Hugonotes* habían tenido Bellini, Weber y otros grandes maestros.

Meyerbeer creía que para detallar ese poema, para embellecer sus detalles, era necesario, aparte de la música, el auxilio de la pintura, de la escultura, de la arquitectura, de todas las bellas artes hermanas, sin olvidar el arte coreográfico ni las demas galas con que hoy vemos exornados la generalidad de los grandes espectáculos teatrales.

El maestro berlinés, que contó con un talento inmenso, con un ingenio innegable, con favorables circunstancias para el caso y con recursos propios en lo material para realizar sus deseos y poner en planta su pensamiento respecto á la manera de ser del drama lírico, redimió al propio tiempo de la esclavitud en que venían presentándose en el teatro, no sólo las formas monótonas de las piezas, sino el secundario papel de la orquesta y del coro, que, salvo raras excepciones y en determinados y pocos casos, carecían casi de vida propia y de la importancia aneja á su gran valer y poderío.

Así vemos que, aun cuando con algunas pequeñas tendencias á lo pasado, que son como el recuerdo de lo que fué, las obras de Meyerbeer constituyen un todo homogéneo, en el que nada ó poco huelga,

y en el que tanto el importante recitado sostenido con igual interes entre las partes vocal é instrumental que viene á indicar el diálogo del lenguaje como en la peroracion ó discurso de cada persona,—usando de una metáfora á nuestro juicio necesaria,—representado por romanzas, duos, etc., y hasta las ideas emitidas por medio del coro que figura una clase ó un pueblo, con el concurso unos y otros de la orquesta, ejército disciplinado, garantía del armónico conjunto, y á veces institucion principal que absorbe por completo la atención del espectáculo artístico, vienen á reunirse en perfecto conjunto para dar un mismo color y una misma vida al desarrollo del poema y de la concepción musical, que no paraliza la acción del primero, sino que, por el contrario, le presta una energía, un atractivo de que por sí solo carece.

Las obras de Meyerbeer han sido, pues, bajo este prisma, no meros ensayos, sino concepciones grandiosas, en las que prácticamente está cumplido el programa de las teorías de Wagner ántes de que éste le dictara, y en la parte que esas teorías tienen de razonable.

La verdad está servida; el conveniente realismo se presenta; las artes todas contribuyen á ello; y en la musical tan necesarias son hoy las segundas partes y el coro, como las principales y como la orquesta, que no es ya aquel *inmenso guitarrón* que acompaña al cantante, aunque tal vez, por desgracia, no tarde en llegar el tiempo en que se pretenda que el guitarrón sea el cantante y la acompañada la orquesta.

Si todo esto es un hecho sobre el cual no hay discusión posible, ¿por qué no se llamó música del porvenir á la de Meyerbeer y por derecho de prioridad ántes que á la de Wagner?

¿Qué tienen las obras de Wagner para que así hayan alborotado el mundo de las alabanzas y de los vituperios?

Lo diremos, no sin temor de equivocarnos, pero con la franqueza característica del que está acostumbrado á expresar siempre lo que siente.

Wagner, que ha seguido á Meyerbeer y á Weber y á Beethoven en el arte dramático y en el instrumental, y á Haendel y Bach en el uso de los corales, y en la varia originalidad y riqueza armónica á Chopin y al mismo Meyerbeer, sin ser tan espontáneo como cada uno de ellos en los referidos conceptos, ha podido aprovecharse de lo que las obras de estos enseñan, y con el talento observador del filósofo, con la vasta ilustración del erudito, con el fino discernimiento del crítico,—que todo esto posee el autor del *Tannhäuser*,—constituir en teoría una escuela que en lo práctico no le pertenece por su novedad; como no le pertenece exclusivamente la originalidad de ella á Meyerbeer ni á ninguno de

los citados compositores, pues que, en nuestro juicio, hay cosas que no son patrimonio de un solo hombre, sino el resultado del modo de sentir, de las necesidades de una sociedad ó de una época, y del desarrollo progresivo del arte en sus múltiples manifestaciones. Wagner ha sido y es, según nuestro criterio, más que artista filósofo, filósofo artista; ventaja incontrastable para dar á conocer sus ideas sobre la ciencia musical y para contribuir á su propagación y á su triunfo.

Diciendo *esto pienso* antes de decir prácticamente *esto hago*; entrelazando lo general de sus teorías con ideas muchas veces tan extraviadas como poco comunes, aunque no nacidas al calor de su ingenio sino deducidas del modo de ser de la música en lo antiguo; valiéndose hasta de las tendencias políticas, tan ajenas al arte, para popularizar sus pensamientos musicales; despreciando las obras y los maestros anteriores á su aparición en el mundo artístico; pretendiendo constituirse en preceptor del más grande ingenio que ha producido el género instrumental; ideando persecuciones imaginarias en contra de sus teorías; amparándose con el concurso de un rey que se distingue por su amor al engrandecimiento de las artes, á quien no por esto ha dejado de combatir bajo el punto de vista político; usando, en fin, de todos los medios que no rechazan nuestros tiempos, poco escrupulosos en materias propagandistas, ha llegado Wagner, siempre contando con la base de su innegable talento, á producir un grande efecto en las regiones artísticas del mundo ilustrado, á conquistar un nombre, á rodearse de una aureola sobrenatural, á suscitar controversias, á crear partidos militantes dentro del arte; todo lo que seguramente no hubiera logrado en tan alta gradación, á seguir el sencillo camino de los Haydn, Mozart, Beethoven, Rossini y demás eminencias musicales.

Si estamos equivocados ó no en nuestras ideas respecto al juicio que nos merece este, por más de un concepto, respetable maestro contemporáneo, pronto podrá el público empezar á juzgarlo por la audición próxima del *Rienzi*, pecado de la juventud de Wagner (según su propio dicho), del que en parte no nos arrepentiríamos si estuviéramos en el caso del maestro alemán, ni por haberle cometido pediríamos perdón á Roma ni al arte.

De esta obra, que con detenimiento hemos examinado y que representa más el triunfo del talento sobre el ingenio que no de éste sobre aquél, siendo una prueba evidente del poder del estudio y la observación, no nos hemos de ocupar hoy en este lugar, por no extendernos demasiado; pero séanos permitido, no obstante, emitir la tal vez arriesgada idea de que el *Rienzi* obtendrá ante nuestro público la acogida que le corresponde, y que, si no en la

primera ni segunda audición, logrará en las restantes un buen éxito, tanto por sus magníficos trozos musicales como por su importantísima parte de recitado, así como también por todo lo concerniente al instrumental, que Wagner presenta en una forma admirable y de grande efecto.

Sin embargo de estas condiciones, no dejarán de recordar los adversarios del maestro, escuchando la propensión que hay en el *Rienzi* á los aires de *marcha* y teniendo en cuenta que estos son en música los más marcadamente ritmados, que Wagner ha criticado duramente la música ritmada, titulándola *música de baile*; mas nosotros siempre celebraremos que en el teatro de la Opera se interpreten las obras de éste á la par que las de todos los célebres autores.

ILDEFONSO JIMENO.

Madrid 1.º de Febrero de 1876.

CRÓNICA DE HISTORIA NATURAL.

EL CAMPANERO.

Existen en las aves, además de los caracteres que se obtienen de la estructura íntima, del esqueleto, del sistema muscular y del aparato digestivo, y que permiten dividir esta gran clase en cierto número de familias naturales, ciertos caracteres exteriores que revelan á primera vista las afinidades naturales de las especies. El mismo Cuvier creyó encontrar en la estructura del pico y de las patas los elementos de una clasificación; pero después de él reconocieron los naturalistas que estos órganos, modificándose según el régimen del animal y el medio en que viven, no ofrecen en el mismo grupo una forma constantemente rigurosa; que se encontraban, por ejemplo, zancudas de patas cortas, palmípedas casi enteramente desprovistas de membranas entre los dedos, y pájaros con pico de aves de rapiña; pero no es ménos cierto que es necesario frecuentemente tener en cuenta la mayor ó menor longitud de las ramas del pico, los surcos que lo recorren, los ganchos que lo terminan, y más especialmente la manera de inserción de los dedos, que unas veces son libres, otras más ó ménos soldados, dirigidos, bien dos adelante y dos atrás, ó bien tres adelante y uno sólo atrás, en tanto completamente desarmados, en tanto provistos de poderosas uñas. Más aún: hasta el plumaje presenta caracteres cuya importancia fisiológica nos escapa, pero que son fáciles de apreciar, y que por esto sólo merecen ser tenidos en cuenta; en efecto, lo mismo que los hombres de raza diferente revelan su origen por ciertas parti-

cularidade: de traje, las aves revelan frecuentemente los grupos á que pertenecen por sus diversas libreas, unas modestas, otras espléndidamente ricas. Las alondras ostentan tintas grises ó amarillentas, que se armonizan con el suelo donde viven; las rapaces diurnas, con el pecho adornado de manchas circulares, motas ó bandas trasversales, recuerdan en cierto modo los mamíferos carnívoros; las rapaces nocturnas y los chotacabras tienen plumas algodonosas, de tintas suaves con estrías irregulares, negras ó pardas; los faisanes tienen collares elegantes y armaduras de acero ó de cobre rojo; los pájaros-moscas brillan con el esplendor de las piedras preciosas y los mi-mangas llevan sobre traje de terciopelo, escudos metálicos de bellissimo efecto. Bajo el punto de vista del plumaje, los Cotingas, que pertenecen al grupo de pájaros dentirostros de Cuvier, y los manakins, sus parientes cercanos, son los más elegantes; los machos tienen mantos de color azul de Ultramar, rojo escarlata, verde esmeralda ó blanco de nieve, sobre los que se destacan capuchones, mucetas y cinturones extraordinariamente ricos; y como si quisieran rivalizar con ciertas aves del grupo de los faisanes, tienen generalmente la cabeza y la garganta adornada de apéndices carnosos, crestas y carúnculas que les dan el aspecto más extraño. Una de las especies conocidas desde más antiguo es el Cotinga carrunculado, cuyo plumaje es blanco brillante, con el pico y las patas negras, y que lleva implantada sobre la frente una carúncula musculosa, cubierta de plumas cortas. Cuando el pájaro se encuentra tranquilo, la carúncula pende negligentemente, pero cuando se encuentra animado por la pasión, se alza perpendicularmente y llega á tener dos pulgadas de alta por tres ó cuatro líneas de circunferencia en la base. Buffon y su colaborador Gueneau de Montbeliard atribuían el alzamiento de esta carúncula al aire que repentinamente podía introducir en ella el pájaro; pero Levaillant vió perfectamente que no existe ninguna comunicacion entre el paladar y la cavidad que tiene este órgano; es por lo tanto indispensable atribuir el fenómeno á una causa muscular. La hembra no tiene carúnculas, y se diferencia del macho por las tintas del plumaje; ésta tiene la parte superior de la cabeza, la nuca, el dorso, el nacimiento de las alas y las coverturas superiores de la cola de color verde oscuro, las plumas de las alas y las rectrices del mismo color, con una lista más clara por el borde externo, el pecho y los costados de color verde pálido, con rayas longitudinales más claras, ocupando el eje de cada pluma, los muslos blanco-amarillentos, las patas negras, el pico negro por encima y gris amarillento por debajo. Esta especie, que llega al tamaño de la tórtola, habita en los bosques de la Guyana y del Brasil; los colonos

ingleses le llaman *Bell-Bird* (pájaro campana), y los españoles Campanero. En efecto, su voz recuerda el sonido de la campana; oyesse por la mañana y por la tarde, pero algunas veces resuena también en los bosques á medio día, cuando el calor del sol ha reducido al silencio la mayor parte de los demás animales.

Al lado del Cotinga carunculado se colocan cierto número de especies, originarias de las mismas regiones, de las que M. Osbert Salvin ha hecho un profundo estudio y que ha reunido en un género particular, el género *Chasmorynchus*. Unas tienen la garganta desnuda y carecen de apéndices sobre la frente, como el *Chasmorynchus nudicollis* de Vieillot, y el *Ch. variegatus*, de Gmelin, que es blanco como el precedente, pero cuya desnuda garganta presenta, en vez de algunas plumas aisladas, un número considerable de carúnculas; otros tienen la garganta cubierta de plumas como el *Ch. niveus* ó Cotinga carunculado de que acabamos de hablar, y el *Ch. tricarunculatus* de Verreaux que es más notable aún. Esta última especie no se conocía hasta 1853. Los primeros ejemplares descritos por los Sres. Julio y Eduardo Verreaux procedían de una localidad llamada Boca del Toro, situada en la base del volcan de Chiriqui por el lado del Atlántico, precisamente en el límite del Estado de Costa Rica y de la provincia de Veragua. Estos pájaros se distinguen á primera vista de todas las especies conocidas por la presencia de tres apéndices de 12 á 14 milímetros de largos, ocupando uno la base de la frente, y los otros dos los lados de la mandíbula inferior; desgraciadamente los individuos estudiados eran muy jóvenes y tenían color verde-oliva, estriado y flameado de amarillo, con las remeras parduzcas y el pico los tarsos negros; y era difícil formarse idea del plumaje del adulto; los Sres. Verreaux se inclinaban á creer que este plumaje debía ser blanco puro, como el de Cotinga carunculado; pero pronto veremos que esta suposición era errónea.

Durante algunos años no volvieron á encontrarse nuevos ejemplares de esta singular especie, y el viajero polaco Warszewicz, que recorrió los bosques de Costa-Rica, encontrando en ellos con magníficos pájaros-moscas el famoso pájaro parasol (*Cephalopterus glabricollis*), no pudo descubrir el Cotinga descrito por los Sres. Verreaux.

En 1861 fué más afortunado el doctor Frantzius, y mandó varios ejemplares de esta especie al museo de Berlin, donde los estudió y describió el doctor Cabanis. En fin, casi al mismo tiempo, M. Arcé consiguió remitir á los señores Godman y Salvin varios ejemplares de *Chasmorynchus tricarunculatus*, muertos cerca del pueblo de Tucurrique en una llanura regada por dos riachuelos que desembocan en el Atlántico y situada á 3.000 piés sobre el nivel

del mar. En aquel paraje reina excesiva humedad, y la temperatura media es de 25° centígrados.

El Cotinga de tres carúnculas no tiene, como creían los Sres. Verreaux, plumaje completamente blanco, cuando llega á la edad adulta; en el macho solamente la cabeza y las paletillas son blancas, y el resto del cuerpo de color castaño oscuro, y en la hembra el plumaje es verde, como en los polluelos, con las estrias longitudinales amarillentas. La hembra se distingue además por la falta de carúnculas, que tan extraño aspecto dan al macho. Sobre las pieles secas es bastante difícil reconocer la naturaleza de estos apéndices; sin embargo, M. Salvin, abriendo las carúnculas de un macho joven, ha podido descubrir pequeños tubérculos fibrosos adherentes á la membrana externa. Es, pues, probable, que estas excrescencias, que ordinariamente están flojas y caídas, pero que pueden alzarse en ciertas circunstancias, no estén huecas y no reciban, como se ha creído, aire en su interior; según M. Salvin, los tubérculos deben servir para evitar el aplastamiento del órgano y que se peguen las caras opuestas de la membrana, y el hinchamiento se verificará por un fenómeno análogo al que produce la hinchazón de las berrugas carnosas de nuestro pavo ordinario. Además M. Fraser ha reconocido que no era posible henchir estos apéndices soplando por las aberturas de la nariz de un Cotinga recientemente muerto.

Las carúnculas del *Chasmorynchus* crecen con grande rapidez, puesto que no aparecen hasta el momento en que el pájaro empieza á revestir el plumaje de la edad adulta, y adquieren todo su desarrollo antes de que el macho haya adquirido por completo su traje de boda. Aparece primeramente el apéndice frontal, y los dos laterales algo despues, creciendo igualmente.

En un grupo de pájaros que tiene relaciones muy cercanas con el *Chasmorynchus*, en los *cefalópteros* ó *pájaros-parasoles* encontramos adornos de la misma naturaleza, pero insertos algo más bajos, en la garganta. Esta está frecuentemente desnuda y tiene color escarlata en el animal vivo; de su centro parte una especie de cordón que concluye generalmente en un ramillete de plumas, y que en ciertos casos puede ponerse túrgido, no por la introducción de cierta cantidad de aire, como se creyó primeramente, sino por afluencia de sangre y el juego de ciertos músculos particulares. El resto del cuerpo está cubierto de plumas negras con reflejos bronceados, y la cabeza ostenta una especie de plumero inclinado hácia adelante y que da al pájaro un aspecto muy extraño, aludiendo á esta particularidad tanto el nombre vulgar de *pájaro-parasol* como el científico de *Cephalopterus*. Una especie de cefalóptero, el *Cephalopterus pendaliger*, que habita en los

bosques más profundos de la América tropical, recibió de los españoles el nombre de *Bocinero* ó *Trompetero*, á causa de su canto, que recuerda completamente el ruido que hacen los indios al chocar una concha con otra. Parece que al cantar el pájaro dilata los apéndices de la garganta formando una especie de rosa de tres pulgadas de diámetro, y deja caer hácia atrás las plumas de la cabeza, cuyos cañones blancos aparecen claramente.

Un macho de *Chasmorynchus nudicollis*, que trajeron vivo á Inglaterra y que vivió algun tiempo en el jardín de la Sociedad Zoológica, no gozaba aún de la plenitud de sus medios; sin embargo, su voz cubría fácilmente los discordantes gritos de los loros colocados cerca de él; los sonidos que lanzaba tenían mucha analogía con los que se obtienen golpeando un yunque pequeño con una barrita de acero. En el *Chasmorynchus tricarunculatus*, que es el objeto especial de este artículo, el timbre de la voz es más rudo, pero el canto tiene el mismo carácter, componiéndose de una serie de notas parecidas á campanadas que se repiten á cortos intervalos y que justifican plenamente el nombre de *campaneros* con que se distingue esta especie y sus congéneres.

E. OUSTALET.

(*La Nature.*)

MISCELÁNEA.

Espectros de las estrellas errantes.

M. Nicolás Koukoly ha publicado en el *Astronomische Nachrichten* interesantes observaciones sobre los espectros de las estrellas errantes. Ha examinado cerca de 130 meteoritas, observando que el núcleo ha dado un espectro continuo, predominando en este el color que aparece á la vista natural. La cola de los meteoros *amarillos* da solamente rayas de sodium, la de los *verdes* las da de magnesium, y la de las estrellas errantes *rojas* manifiesta rayas de *strontium* ó de *lithium*. Las rayas de sodium se manifiestan en todos.

En algunos meteoros grandes supone el autor la presencia del espectro del *hierro*. Este es un complemento muy útil á los análisis químicos de los aerólitos.

Nuevo yacimiento de azufre.

En el distrito de Humboldt, á cien metros próximamente del ferro-carril central del Pacífico, acaba de encontrarse un yacimiento de azufre, suficiente, según dicen, para suministrar esta materia al mundo entero durante muchos siglos. Esta aglomeración se encuentra en las inmediaciones de las minas

de plata de la cadena de Humboldt. Pero debemos decir, sin embargo, que estos vastos depósitos no son bien conocidos aún, si bien se sabe que cubren una parte del valle de Humboldt, y varias excavaciones han puesto al descubierto toneladas de azufre perfectamente puro, presentándose con un espesor de varios piés. Lo más notable de este yacimiento es la pureza del mineral, que no está mezclado con ninguna ganga, y que inmediatamente que sale de la mina puede entregarse al comercio.

Longevidad de la raza hebrea.

En una comunicacion dirigida al Congreso de la ciencia social, en Brighton, el doctor Richardson ha manifestado que la vida media de los judíos es siempre más larga que la de los pueblos entre quienes viven. Neufville ha demostrado que en Francfort, donde la vida media de la poblacion ordinaria es de 37,7, la de los judíos es de 39,9. En la misma ciudad, la mortalidad de los niños de ménos de cinco años es de 24,1 por 100, y entre los judíos de 12,9. El doctor Richardson hace observar tambien la inmunidad de los judíos relativamente á las enfermedades, lo que atribuye al cuidado especial con que examinan su alimentacion animal, y sobre todo á su notable temperancia.

Cera artificial.

Los Sres. Pauvert, Moussay y Chauveau han imaginado un procedimiento de fabricacion de una cera destinada á reemplazar la de abejas. La base de este nuevo producto es la colofana ó el galipodio. La colofana se diferencia de la cera por contener menor cantidad de hidrógeno ó por una proporción más considerable de carbono ó de oxígeno; resulta de esto, segun los autores, que se puede convertir en cera por dos procedimientos: adición de hidrógeno ó sustracción de carbono y de oxígeno. Para lo primero se funde la colofana con la mitad de su peso de parafina, sin pasar de 108°; la composición del producto que resulta se parece mucho á la cera. Para lo segundo, se funde la parafina con $\frac{1}{3}$ de sebo ó de ácido esteárico, y despues se purifica por la potasa. Puede añadirse al producto copal ó cera vegetal.

Los progresos de la astronomía.

El *Academy* de Lóndres manifiesta que la creciente perfección de los grandes telescopios, así como los pacientes esfuerzos de los astrónomos de todos los países del mundo, han dado excelentes resultados en estos últimos años. Así, pues, el número de los planetas ó asteroides que verifican su re-

volucion entre Marte y Júpiter, que en 1872 era de 121, se eleva á 154. Este aumento ocasiona sin duda mucha complicación en los cálculos astronómicos actuales, pero en cambio ofrece la agradable perspectiva de que podrá llegarse á determinar con mayor exactitud, por una parte, la masa de Júpiter y de Marte, y por otra, la distancia del sol.

Los árboles de piedra y los árboles gigantes de la Exposicion de Filadelfia.

Entre las curiosidades más extrañas que figuran en la Exposicion internacional de Filadelfia, podemos mencionar un enorme tronco petrificado, procedente del bosque petrificado que se encuentra en el desierto del Noroeste de la comarca de Humboldt (Estado de Nevada). M. David Rideout, encargado por la comision para preparar y llevar á Filadelfia el tronco, refiere que el bosque se encuentra á unas treinta millas de la cordillera de Rocas-Ne-gras. La mayor parte de los troncos se encuentran aún de pié y han sido transformados en rocas extraordinariamente duras en las que se distingue muy bien la corteza, los nudos de la madera, el corazon y todas las rayas que sirven para dar á conocer aproximadamente su edad en el momento en que dejaron de crecer. Algunos de estos gigantes que tal vez vivieron hace millares de años, cuando el clima de Nevada era sin duda alguna más favorable á su desarrollo, llegan y aún exceden de las dimensiones de los árboles más grandes que se encuentran en California. Miden en la base 15 y hasta 26 piés de circunferencia. Registrando el suelo á poca profundidad, encuéntranse ramas y tallos de árboles completamente petrificados. M. Rideout ha empleado con dos hombres doce dias para desarraigar el ejemplar que destina á la exposicion, y que mide un metro de alto y seis de circunferencia. El trozo de árbol gigantesco que M. Vivian ha elegido en la selva de Tularé para enviarlo á la Exposicion de Filadelfia, tiene cinco metros y medio de largo, siete de diámetro en un extremo y diez y nueve en el otro. M. Vivian solamente llevará el corazon de este tronco, que pesa 20.000 kilos, y que tendrá que dividir en ocho trozos para poder trasportarlo con alguna facilidad, y necesitará dos wágones. El árbol que ha cortado M. Vivian, dice *El Explorador* de donde tomamos estas noticias, era conocido con el nombre del general Lee, media noventa y dos metros de alto, y ha suministrado setenta mil metros cúbicos de ramaje. El árbol llamado general Grant, que aún se encuentra en pié, es el más grande que se conoce. Mide ciento ocho metros de alto y doce metros de circunferencia en la base.